

Nosotras...  
y la piel

*Selección de ensayos de*  
**Alfonsina Storni**

*Compilación y prólogo*

**Mariela Méndez**

*Profesora de inglés (Instituto de Educación Superior O. Cossettini,  
Rosario), Master (C.) en Literatura comparada, University of  
Massachusetts, Amherst*

**Graciela Queirolo**

*Profesora de historia (UBA)*

**Alicia Salomone**

*Profesora de historia (UBA), Magister (C.) en Historia,  
Universidad de Santiago de Chile*

ALFAGUARA  


---

# ALFAGUARA



© 1919, 1920, 1921, Alfonsina Storni  
© 1998, Mariela Méndez, Graciela Queirolo, Alicia Salomone  
© De esta edición:  
1998, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.  
Beazley 3860. (1437) Buenos Aires

- Santillana S. A.  
Juan Bravo 38. 28006 Madrid, España
- Aguilar Chilena de Ediciones Ltda.  
Dr. Anibal Ariztía 1444, Providencia. Santiago de Chile, Chile
- Ediciones Santillana S. A.  
Javier de Viana 2350. 11200 Montevideo, Uruguay
- Santillana de Ediciones S. A.  
Avenida Arce 2333, Barrio de Salinas, La Paz, Bolivia
- Santillana S. A.  
Prócer Carlos Argüello 288, Asunción, Paraguay
- Santillana S. A.  
Avda. San Felipe 731 - Jesús María, Lima, Perú

ISBN: 950-511-433-8

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

© Diseño de colección:  
gráfica futura

© Logotipo de colección: José Luis Fajardo

Diseño de cubierta:

Paula Rodríguez

Fotografía de cubierta:

agencia Super Stock

Fotografía de contratapa:

gentileza de Alejandro Storni

Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

Primera edición: noviembre de 1998

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser  
reproducida, en todo ni en parte,  
ni registrada en o transmitida por,  
un sistema de recuperación de  
información, en ninguna forma  
ni por ningún medio, sea mecánico,  
fotoquímico, electrónico, magnético,  
electroóptico, por fotocopia,  
o cualquier otro, sin el permiso previo  
por escrito de la editorial.

---

## Índice

Prólogo	9
Agradecimientos	15
Selección de ensayos	17
<hr/>	
REVISTA <i>LA NOTA</i>	19
<hr/>	
Feminidades (28/3/1919)	21
Compra de maridos (4/4/1919)	25
<hr/>	
Nosotras... y la piel (25/4/1919)	28
<hr/>	
Feminismo perfumado (2/5/1919)	32
<hr/>	
Un baile familiar (9/5/1919)	34
<hr/>	
Diario de una niña inútil (23/5/1919)	38
<hr/>	
Historia sintética de un traje tailleur (30/5/1919)	44
<hr/>	
Un libro quemado (27/6/1919)	49
<hr/>	
Las poetisas americanas (18/7/1919)	52

PQ  
7797  
.574  
A6  
1998b

Un acto importante (25/7/1919)	58
Carta de una engañada (29/8/1919)	65
¿Quién es el enemigo del divorcio? (5/9/1919)	69
Los detalles; el alma (19/9/1919)	76
A propósito de las incapacidades relativas de la mujer (10/10/1919)	83
Los defectos masculinos (24/10/1919)	92
En contra de la caridad (14/11/1919)	96
DIARIO <i>LA NACIÓN</i>	99
Las crepusculares (30/5/1920)	101
Las mujeres que trabajan (20/6/1920)	105
La impersonal (27/6/1920)	109
La costurerita a domicilio (5/7/1920)	112
La madre (11/7/1920)	117
La médica (18/7/1920)	122

La emigrada (1/8/1920)	125
El amor y la mujer (22/8/1920)	129
La irreprochable (5/7/1920)	133
¿Existe un problema femenino? (26/9/1920)	137
Las lectoras (17/10/1920)	142
La complejidad femenina (14/11/1920)	146
Un simulacro de voto (5/12/1920)	150
¿Por qué las maestras se casan poco? (13/3/1921)	154
La mujer como novelista (27/3/1921)	159
La mujer enemiga de la mujer (22/5/1921)	163
El varón (12/6/1921)	167
Tijereteo (19/6/1921)	171
Una carta (24/6/21)	177
TRAZOS BIOGRÁFICOS	183

---

*Prólogo*

Los trazos de Alfonsina en estos ensayos inéditos que aquí reunimos y prologamos asumen hoy una relevancia que a la vez sorprende y confunde. Sus reflexiones aparecen atravesadas por una lucidez crítica frente a un discurso moderno que relega a las mujeres al lugar de un "otro", anclado en el cuerpo, la naturaleza y el mundo doméstico/privado. Alfonsina se ubica dentro de una contracorriente de voces femeninas y feministas que surge desafiando tales encasillamientos y se manifiesta en la búsqueda de la inclusión plena de las mujeres en el espacio público, desde un rol de sujeto activo.

Los artículos de esta antología corresponden a la primera etapa de una escritura ensayística que Storni prolongó a lo largo de toda su vida y de la que poco se sabe; producción que toma forma en colaboraciones periodísticas, comentarios literarios, conferencias y entrevistas<sup>1</sup>. De ese primer período, hemos seleccionado una serie de artículos que se publican entre 1919 y 1921, en las secciones *femeninas* de la revista *La Nota* y del diario *La Nación*. Estos espacios de enunciación, restrictivos e ideologizados en rela-

---

<sup>1</sup> Un listado de su obra ensayística puede consultarse en *Bibliografía argentina de Artes y Letras*, Fondo Nacional de las Artes y Letras, Buenos Aires, 1963.

ción a lo que se considera *femenino*, son los que Alfonsina busca constantemente subvertir. Ella se apodera de esos lugares y desde ahí comienza, oblicuamente, una tarea de disección —de *demolición*<sup>2</sup>— de representaciones de lo femenino y lo masculino, de costumbres, de instituciones, en definitiva, de las ideas y prácticas dominantes acerca del “ser” y “deber ser” de cada género-sexual en el contexto de su época.

En crisis, con contradicción, Alfonsina desarticula el guión pre-escrito y busca afianzarse en un nuevo saber-mujer, un nuevo escribir-mujer. Voz a contramano, escribe desde y hacia las mujeres, desde su *experiencia de la diferencia sexual*<sup>3</sup>, apelando a una serie de estrategias discursivas múltiples y heterogéneas. Una de ellas consiste en echar mano de esos géneros que el canon literario considera *menores*, como las crónicas periodísticas, cartas, manifiestos, relatos autobiográficos; géneros que, por su carácter ambiguo, limítrofe, entre la ficción y la realidad, entre lo público y lo privado, históricamente han permitido la instalación de discursos críticos de mujeres en el seno de la cultura androcéntrica.

<sup>2</sup> Alfonsina usa este mismo término para aludir a la desconstrucción que hace de sí misma y de su obra poética en un comentario crítico de 1930. Cfr. Alfonsina Storni, “Autodemolición”, *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, Año 11, Tomo 20, N° 21, págs. 329-331, junio de 1930.

<sup>3</sup> Patricia Violi destaca la importancia de trabajar sobre la forma en que las mujeres, en el contexto de una cultura que históricamente niega su palabra, son capaces de dar cuenta de su *experiencia de la diferencia sexual*, es decir, de la formación en los discursos y en la conciencia de una identidad sexual. Cfr. Patricia Violi, *El infinito singular*, Cátedra, Universitat de Valencia, 1991, pág. 155.

Simultáneamente, Alfonsina se desliza de uno a otro texto asumiendo múltiples voces, desdoblándose y construyendo nuevas identidades. En ocasiones es Tao Lao, en otras es Alfonsina; a veces, Julieta, Mercedes o una niña. Construye así su discurso desde una perspectiva dialógica, polifónica, en el sentido de Bajtin<sup>4</sup>, jugando con lo que él mismo llama *reacentuaciones* paródicas e irónicas del discurso masculino dominante.

Es a través de estas estrategias como Alfonsina inscribe una mirada provocadora, irónica, política, frente a una cultura que subvalora la producción intelectual de mujeres o la encierra dentro de una literatura *femenina*, en la que sólo se percibe la expresión de lo íntimo/privado. De esta manera, Alfonsina resiste el intento de apropiación, de dominación de la mujer como “otro” por parte del discurso masculino hegemónico. Es por esto que la consideración de sus textos en prosa, su gesto subversivo, puede también ser un camino para reinterpretar la producción lírica desde la cual se canoniza a Alfonsina como *poetisa del amor*.

Ahora bien, ¿de qué habla Alfonsina en sus textos? En muchos de ellos, se refiere al cuerpo femenino, presentándolo a través de imágenes que evidencian su carácter político: es el cuerpo bello que hay que ofrecer en el mercado matrimonial, es el cuerpo encorsetado por la moda, es el cuerpo-traje desgastado de la mujer trabajadora, es el cuerpo descubierto que amenaza la moral pública. Así, Alfonsina pro-

<sup>4</sup> Mijail Bajtin, *Problemas de la poética de Dostoievsky*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

blematiza, ironiza los discursos disciplinarios que circulan desde el ámbito médico, político, publicitario, y ubican al cuerpo femenino como factor desestabilizante, en el contexto de aguda conflictividad social de la segunda década del siglo<sup>5</sup>.

Alfonsina recorre, asimismo, los espacios urbanos de la naciente modernidad porteña. Su mirada femenina, *minoritaria* (en el sentido de Deleuze-Guattari<sup>6</sup>, que hace minoría frente al poder) muestra otras cartografías posibles. En estas nuevas topografías, pone en escena, asumiendo un rol de mediadora, a esos sujetos excluidos de la "fiesta de la modernidad"<sup>7</sup>, cuyas voces no están representadas o están subvaloradas en el mundo de la alta cultura. Su mirada descubre o desvela cuerpos ocultos y cuerpos sociales opacados o estereotipados por el discurso dominante. En este sentido, estos textos completan la mirada que nos ha llegado del período a través de la visión sesgada, por ejemplo, de Evaristo Carriego o el tango, y que la historiografía aún no ha revisado. Así desfilan ante nosotras/os, la costurerita a domicilio (imposible eludir la ironía dirigida a Carriego y su *costurerita que dio aquel mal paso...*), las maestras que se casan poco, las telefonistas, las mu-

<sup>5</sup> Kathleen Newman, "The Modernization of Femininity: Argentina 1916-1926", en *Women, Culture, and Politics in Latin America. Seminar on Feminism and Culture in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1990, págs. 74-89.

<sup>6</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Kafka. Por una literatura menor*, Era, México, 1978.

<sup>7</sup> Esta expresión surge como un desplazamiento de la idea de "brindis de la modernidad" que utiliza Marshall Berman. Cfr. "Brindis por la modernidad" en Nicolás Casullo, *El debate modernidad-postmodernidad*, El Cielo por Asalto, 4ª edic., Buenos Aires, 1993, págs. 67-91.

jes migrantes, las empleadas domésticas, las acuarelistas de pincel menor, las científicas y profesionales, las artistas y las intelectuales.

Pasando por la reinterpretación de los cuerpos y de las topografías sociales de la ciudad, su discurso también se ancla en el compromiso con una política feminista que, sin embargo, escapa a un fácil encasillamiento. Ésta se enmarca en un determinado contexto, signado por la lucha a favor de los derechos civiles y políticos femeninos y el reconocimiento de la equiparación intelectual de hombres y mujeres. Su propuesta, no obstante, va más allá de la mera reivindicación y apunta a un cambio sociocultural más amplio que dé lugar a una nueva sociedad, más democrática y justa, tanto en términos de género sexual como de clases sociales.

Podemos concluir así que los ensayos de Alfonsina cobran intensa vitalidad en un momento como el actual, en que los *estudios de género* nos proponen una nueva vía para releer la historia de nuestra sociedad y su cultura. En este sentido, trascendiendo su época, Alfonsina se asoma a los debates que nos ocupan en este fin de siglo.

Mariela Méndez, Graciela Queirolo y  
Alicia Salomone

## BIBLIOGRAFÍA

- MIJAIL BAJTIN, *Problemas de la poética de Dostoievsky*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- MARSHALL BERMAN, "Brindis por la modernidad", en Nicolás Casullo, *El debate modernidad-postmodernidad*, El Cielo por Asalto, 4ª edic., Buenos Aires, 1993.
- Bibliografía argentina de Artes y Letras*, Fondo Nacional de las Artes y Letras, Buenos Aires, 1963.
- JUDITH BUTLER, "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault"; en Seyla Benhabib y Drucilla Cornella, *Teoría feminista y teoría crítica*, Edicions Alfons El Magnánim, Valencia, 1990.
- GILLES DELEUZE y FÉLIX GUATTARI, *Kafka. Por una literatura menor*, Era, México, 1978.
- GWEN KIRKPATRICK, "The Journalism of Alfonsina Storni. A New Approach to Women's History in Argentina", en *Women, Culture, and Politics in Latin America. Seminar on Feminism and Culture in Latin America*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, 1990.
- DELFINA MUSCHIETTI, "Mujeres: feminismo y literatura", en David Viñas (director) *Historia social de la literatura argentina*, Tomo VII: "Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916-1930)", Contrapunto, Buenos Aires, 1986.
- KATHLEEN NEWMAN, "The Modernization of Femininity: Argentina 1916-1926", en *Women, Culture, and Politics in Latin America. Seminar on Feminism and Culture in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1990.
- JOSÉ LUIS ROMERO y LUIS ALBERTO ROMERO (directores), *Historia de cuatro siglos*, Abril, Buenos Aires, 1983.
- BEATRIZ SARLO, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.
- JOAN SCOTT, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marta Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG-UNAM, México, 1996.
- PATRICIA VIOLI, *El infinito singular*, Cátedra, Universitat de Valencia, 1991.

*Agradecimientos*

Queremos manifestar nuestra gratitud hacia Alejandro Storni por el material que nos facilitó y por autorizarnos a publicar los textos de Alfonsina. Mario Salomone fue una persona clave en nuestro trabajo, así como Liliana Maghenzani, quien nos permitió consultar el archivo del diario *La Nación*, y Pablo De Rosa que, con una enorme paciencia, nos enseñó a operar la "máquina de los microfilms". Reynaldo Sietecase y Valeria Satas nos aconsejaron en la preparación de la edición, el doctor José María Monner Sans nos asesoró legalmente. Darcie Doll y Natalia Cisternas aportaron ideas para el prólogo. Agradecemos también a la doctora Carmen Norambuena Carrasco, directora del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, quien dio apoyo a este proyecto. Finalmente, Erick González Lozoya y Gustavo Wymerszberg nos brindaron conocimientos informáticos y apoyo moral; sin su ayuda este libro no habría sido posible.

---

Selección de ensayos

---

---

REVISTA *LA NOTA*<sup>1</sup>

---

---

<sup>1</sup> Los artículos seleccionados fueron publicados en la sección  
Feminidades y Vida Femenina.

---

**Feminidades**, 28 de marzo de 1919

El día es gris... una lluvia persistente golpea los cristales, además he venido leyendo en el camino cosas de la vida de Verlaine... A la pregunta ¿es usted pobre? que me han dirigido, siento deseos de contestar: Emir, hago versos... Pero en ese preciso momento miro la luz eléctrica y me sugiere una cantidad de cosas: la época moderna, el siglo en que nos movemos, la higiene, la guerra al alcohol, las teorías vegetarianas, etc.

En un instante he comprendido que debo vivir en mi siglo; mato, pues, el romanticismo que me han contagiado el día lluvioso y Verlaine y escogiendo mi más despreocupada sonrisa (tengo muchas), contesto: Regular Emir... voy viviendo.

Entonces el Emir me propone: ¿Por qué no toma usted a su cargo en *LA NOTA* la sección "Feminidades"?

He dirigido al Emir la más rabiosa mirada que poseo (tengo muchas).

También de un golpe he recordado: Charlas femeninas, Conversación entre ellas, Femeninas, La señora Misterio... todas esas respetables secciones se ofrecen a la amiga recomendada, que no se sabe dónde ubicar. Emir —protesto— la cocina me agrada en mi casa, en los días elegidos, cuando espero a mi novio y yo misma quiero preparar cosas exquisitas.

Es el Emir entonces quien entra en fastidio; me habla, me dice no sé cuántas cosas... Creo que mezclados a sus explicaciones vienen unos discretos elogios. Me he convencido de que el Emir, para su sección "Feminidades", quiere un genio. Pienso que ese genio soy yo misma; me miro en mi espejo de mano para comprobar si yo soy yo. Noto que, en efecto, estoy sin modificación.

Bien, pues: me resuelvo por la sección "Feminidades".

No quiero echar culpas a nadie. Los orientales son fatalistas; Martín Fierro también lo era... luego el sexo femenino es resignado por hábito.

\* \* \*

Si os hubieran dicho, hace dos meses, que en las próximas elecciones una mujer sería votada, hubierais reído, porque no hubierais sospechado jamás que, de pronto, así como un hongo brotado después de la lluvia, la doctora Lanteri hubiera puesto a prueba la galantería masculina.

La doctora Lanteri, persona de mi amistad y mi respeto, es mujer que ha dado pruebas de una gran originalidad.

Siendo médica, y teniendo su consultorio siempre atestado de clientes, resolvió un buen día cerrarlo e irse a vivir de lo que le producía un criadero de gallinas que ella atendía personalmente.

Mujer capaz de este rasgo no ha trepido en exponerse en las plazas públicas a la malevolencia de una buena parte del pueblo elector.

Yo soy una curiosa nacida.

Así, pues, cuando vi anunciada la candidatura de la doctora Lanteri, resolví investigar caso por caso la opinión personal de la mayor parte de los hombres que conozco.

Amigos tengo a quienes su rasgo pareció digno de todo encomio, otros lo hallaron grotesco y ridículo.

Sin embargo, entre mis amigos personales, yo no cuento con un buen muchacho de veinte a treinta años, de cintura de avispa y brillante cabellera, de pocas letras y gentiles modos, primera figura de sa-raos, dulce acariciador de manos blancas al compás de un bailable.

Anduve, pues, a la pesca del hombrecillo perfumado, ardida en amor cívico, deseosa de penetrar a través de opiniones distintas el pensamiento del país, hasta que tropecé con él.

Conocerlo e irme directamente a satisfacer mi curiosidad fue uno.

—¿Qué opina usted de la doctora Lanteri?

—Que es fea —me contestó.

Me hizo tanta gracia que me estoy riendo todavía.

\* \* \*

Las señoritas telefonistas están de huelga. Creo que es una huelga justa. Estas pobres muchachas ganan una miseria y tienen un trabajo antipático.

Sin embargo, nosotras debiéramos estar resentidas con la señorita telefonista. Nos consta que a las personas del sexo femenino nos atienden con cierta displicencia.

Tengo una amiga que, cuando quiere obtener comunicación rápida, la hace pedir con su hermano... es verdad que su hermano tiene una voz bien timbrada y que, posiblemente esa voz adquirirá, a través del hilo, sonoridades simpáticas.

Pienso también que la pobre muchacha que atiende el conmutador, agriado el carácter por la misma tensión nerviosa de su trabajo, se ha de sentir molestada cuando una voz femenina, aguda o hiriente, le da en el tímpano.

Debe ser por eso que, de vez en cuando, si una persona femenina espera comunicación, en vez de aquélla, suele sentir una descarga, en el tubo del teléfono, capaz de dejarla sorda.

Sería de desear que esta huelga arreglara hasta esa pequeña antipatía de sexo.

Nada le costaría a la señorita telefonista no hacer esas picardías molestas y a la persona femenina ser menos impaciente y gritar menos al pedir comunicación; esto es si no tiene a mano un hermano de dulce voz, cosa difícil de fábrica, así, en un momento y para tan liviano uso.

Sea como sea, deseamos toda clase de mejoras a la señorita telefonista.

*Alfonsina Storni*

---

### Compra de maridos, 4 de abril de 1919

Amigas: Las cosas valen por su escasez. Imaginaos a cuánto pagaríamos el litro de agua si no abundara y qué profundo desprecio tendríamos por el oro, relumbroso y feo, si se lo encontrara como los terrones o las piedras.

Cualquier cosa, la más bella, llega a hacerse vulgar, cuando es abundante, y a pasar desapercibida. Cualquier cosa, la más pobre, la más vulgar, adquiere un valor extraordinario cuando muchos la solicitan y no alcanza para todos. El valor de las cosas pues, es una cuestión de relatividad y puede regirse por la demanda y la oferta.

¿Os acordáis de aquellos célebres ratones del sitio de París?

No es mi propósito hacer aquí una enumeración histórica de los valores fabulosos que han alcanzado, en ciertos momentos, determinadas cosas, pero recuerdo, de paso, lo que todos sabemos (sin intentar comparación con el objeto que motiva estas líneas ¡oh, no!) para justificar, siquiera con un hecho, lo que afirmo.

Y es, oh mis buenas amigas, que después de esta guerra hemos quedado en abrumadora mayoría femenina... Y es que... los hombres están a punto de adquirir el valor de aquellos terribles roedores.

Andan palabras amenazadoras por el ambiente; algunos han dicho: "poligamia" y el eco ha contestado recatadamente: "¡Cruz diablo!".

Yo no sé, francamente, qué es lo que haremos.

Algunas amiguitas mías piensan que la palabra "solterona" debe desaparecer del diccionario, porque es la más antipática de cuantas se les ocurrió incluir allí a los venerables padres y maestros de la Real Academia; nada hay que las consuele de sospecharse largas y estiradas, con un par de lentes montados sobre la nariz, una dulce bolsita de bilis a mano y dedos ágiles para pellizcar sobrinos.

Otras piensan lanzarse por las sendas de la actividad masculina y olvidarse por completo de los ratones y de los hombres. (Se entiende que, de los hombres, como maridos.)

Un buen número, sin embargo, confía aún en cierto juego de ojos, sonrisas y manos, de resultado infalible, que habrá de conducirlos, pese a la escasez, al florecido altar, entre melodiosos acordes, angelitos rubios y virginal corte de preciosas muchachas y más interesantes muchachos.

Yo, por mi parte, sin comprometer opinión definitiva, pienso que también esto puede resolverse en gran parte, por el procedimiento de la demanda y la oferta, resultando así favorecida la poseedora de mejores caudales.

Creo que no será difícil que mañana veamos un aviso así: "Joven poseedora de medio millón de pesos, alta, elegante, de fina educación y mejor cara, compra un marido...".

No dudo que, llegado esto, se formarán asociaciones de muchachas pobres para... tirarse al río.

*Alfonsina Storni*

Siguen las estrellas en el firmamento, la tierra continúa dando vueltas; después de la noche viene el día; al día lo sucede la noche... van los ríos por la misma pendiente... a los hados gracias, los Andes están de pie todavía...

Creímos, por un momento, que habían ocurrido cosas fundamentales pues habréis de ver que algo nuevo hay bajo el sol: se ha descubierto no sé qué íntima relación entre la moralidad femenina y la piel; se lo ha descubierto ahora, en pleno siglo veinte, cuando ya nos permitíamos, las osadillas, decir en voz alta que conocemos a un escritor que se llama "Monpassant". ¡Oh desgracia!

Correremos desde hoy mismo hacia las tiendas, pediremos muchos metros de tela para hacernos vestidos especiales, usaremos pesado velo en la cara, nos pondremos guantes de dos centímetros de espesor en las manos... ¡Oh desgracia mayor!

Iremos al teatro con aparatos para taparnos los oídos y lentes ahumados en los ojos... iremos al teatro llevando en las manos los cuentos de Blanca Nieve, Barba Azul y la Cenicienta por la calle sin alzar los ojos, no miraremos a ningún lado cuando vayamos por las aceras e inmoladas en ese púdico sacrificio caeremos víctimas de un auto veloz.

¡Oh romántica y pura muerte de una niña del siglo veinte!

Todo esto nos lo ha sugerido primero una disposición municipal prohibiendo a los bailarines que aparezcan en el tablado con las piernas sin mallas y segundo una liga de señoras contra la moda, para evitar los excesos del descubierto.

Resulta, pobres de nosotras, que mucha parte de la dignidad y el pudor femeninos lo tenemos en la piel, a la que no podemos ni lucir ni mirar sin que nuestra moral sufra descalabro.

Nunca hasta hoy se me había ocurrido pensar que fuéramos una cosa tan amorfa como lo que aquel hecho da a entender.

Hasta hoy yo había pensado que la moral femenina era mucho más profunda, más valiosa, más completa.

Me había permitido soñar que podíamos ir a una sala de espectáculos y resucitar a la Grecia maravillosa en un púdico desnudo... había creído que teníamos el derecho de ir a los museos y olvidarnos de todo ante la presencia de un mármol perfecto, había soñado con que eso era tan nuestro como el agua que bebemos... Había creído que de esa sensación de arte resurgiríamos elevadas y dignas, capaces de entender la divinidad, capaces del perdón, del sacrificio, de todos los más grandes sentimientos humanos, y he aquí que los hombres descubren en la piel y en el desnudo las propiedades de Satán y quieren salvarnos, oh protegidas mujeres, de sus maléficos peligros, poniendo entre Satán y los ojos una malla de seda muy transparente, muy fina, muy sugestiva...

¿Y esta magnífica liga contra la moda?

Es una especie de frazada de lana para ahogar las llamas que pueden desprenderse de un cuello terso...

Gentiles señoras: yo opino que lo peligroso es el cuello, y si su piel delicada y bella es un estorbo para la tranquilidad del mundo, hay que hacer una liga para cortar todos los cuellos hermosos, pero las frazadas están mandadas a guardar...

Reunirse en un salón, hacer una lista de la comisión directiva, tomar una taza de té, hacer un inofensivo comentario, es cosa que todos los días hacen las mujeres y los hombres, porque algo debe hacerse para que pase la vida lo más rápidamente posible.

Pero emprenderla en cátedra severa contra la moda, por ejemplo, mientras se descuidan problemas fundamentales de la vida, en el sentido económico y educacional, me parece lo mismo que ponerse a vaciar el mar con un mal jarrito de niño.

Oh, el mundo está muy perdido; eso lo sabemos ya. Hace siglos que se repite...

Pero no hay que confiar en regeneraciones realizadas entre cuatro y cinco de la tarde, a palabras sonoras y buenas intenciones.

Las regeneraciones, si vienen, se anuncian mal: rayos y truenos las preceden, diluvia mucho.

Las regeneraciones van al corazón, a los pulmones, a los órganos vitales de la economía humana, y de por sí, la piel se regenera.

Es frecuente que para curar barros y granos de la piel, se atienda al aparato digestivo o a la composición de la sangre.

La moda, señoras, es un simple y liviano sarpullido, inofensivo las más de las veces.

Pero si el celo nuestro es tanto, es bueno consultar la opinión de los médicos y analizar prolijamente el organismo.

*Alfonsina Storni*

---

**Feminismo perfumado**, 2 de mayo de 1919

Las épocas de transición han dado siempre productos híbridos de aspecto desagradable. Hay un animal que sirve de eslabón entre los mamíferos y las aves: el ornitorrinco. Posee este animal pico de ave, pone huevos y es mamífero.

Este feo producto zoológico me ha hecho recordar, por asociación de ideas, a cierto producto híbrido del feminismo.

Por defensora que sea de los derechos de la mujer, no puedo menos que encontrar desagradable cierto elemento que emerge del feminismo y que, bien considerado, no es más que una combinación torpe de la vieja habilidad femenina con retazos intelectuales.

Este perfumado feminismo pone feos borrones en una causa que necesita un sobrio valor moral para imponerse.

Pongamos por caso: una señora se siente llena de vigor masculino; quiere viajar como periodista, y consigue, de un diario, un carnet que la acredita como repórter del mismo.

Esta señora no ha hecho en su vida otra cosa que lustrarse las uñas, pero posee una ilustración suficiente para no hacer un del todo deslucido papel.

Sale esta señora de su país y va a los límites, a cuya prensa saluda, en visita personal, en nombre del diario que representa.

La señora es bella y cuando el talento se le acaba, emplea graciosamente los ojos, dice cuatro cosas nebulosas, inventa extravagancias, se le escapan estulteces... En fin, su persona femenina triunfa en nombre de un feminismo que ella se inventa, pues tales artes nacieron con Eva, y el verdadero feminismo que busca la dignificación de la mujer, que tiende a elevarla por sobre el instinto, sufre una baja, mientras que la activa dama logra un artículo en un diario o revista, y el mundo sabe que existe.

Casos como el presente no son la excepción; muchos así o muy parecidos suceden; sin embargo, consuela pensar que en todos los movimientos humanos ocurre y ha ocurrido y ocurrirá lo mismo.

Mientras los convencidos luchan por imponerlo sería y noblemente, elementos de especulación los aprovechan para su lucimiento personal.

No creo, desde luego, que la mujer, por el hecho de salir de su hogar haya de perder su natural gracia femenina; pero, de que la conserve sin violencia a que la maneje oscuramente, sesgando el feminismo, hay una larga diferencia que los menos avezados cazan al vuelo...

*Alfonsina Storni*

---

**Un baile familiar**, 9 de mayo de 1919

Celebra la familia de Paglota, un acontecimiento de nota: las bodas de plata de los troncos principales de esta sagrada asociación: la familia.

Desde las primeras horas de la mañana, las dos niñas de Paglota, con los rizos atados, bajo una linda cofia de muselina, han movido de un lado a otro trastos y muebles.

El amplio comedor de la casa ha sido transformado en sala de baile; sillas de dos o tres clases rodean el perímetro de la habitación; sobre la pared principal luce un plano negro torturado a diario por los blancos dedos de las gentiles muchachas.

Una de las habitaciones da al patio, en donde se han distribuido macetas con helechos y plantas de adornos; otra conduce a la pieza donde se ha dispuesto el lunch, dormitorio habitual de las niñas de Paglota, que han debido correr sus camas desarmadas hasta la despensa.

Quince días hace que la feliz noticia corre entre las amiguitas del barrio; el diario de la parroquia lo ha anunciado en noticias sociales. Se sabe que concurrirán muchachas y muchachos de buenas familias.

Las niñas de Paglota estrenan vestidos, si bien no han podido hacer lo mismo con los zapatos, a los que les han dado una mano heroica de cera negra.

Las medias de seda han sufrido también una ligera reparación: algunos puntos "escapados" han sido hábilmente compuestos con una aguja de crochet.

Desde las 6 a las 7 de la tarde han empleado en el peinado, que, en verdad, resulta elegante.

La mamá y el papá, modestos burgueses, se han puesto sus mejores galas.

La confitería vecina ha traído un buen lunch; nada falta; están brillantes los rostros e impacientes las almas.

A eso de las nueve empieza a sonar con frecuencia el timbre... llegan las chicas de la otra cuadra, las primitas de Flores, la familia de Rossi, algunos muchachos solos, etc... Poco a poco el grupo se agranda, la casa se llena de gente...

A las diez y media estamos "au grand complet".

En la sala de baile unas quince chicas de lindas cabezas, empolvadas caras y trajes claros, están sentadas en fila, charlando en voz baja.

En un ángulo, cerca del piano, como hojas viejas corridas por el viento, se han agrupado algunas mamás en trajes, generalmente negros. En el patio, asomando las caras, oh, entre insípidas y juveniles, unos veinte muchachos fuman y hablan de caballos, de tangos, de filos y otras cosas.

Entre las niñas concurrentes, cuatro o cinco tocan el piano y una de ellas arranca con un tango brioso que pone a los muchachos del patio con las piernas como sobre pilas de Volta.

Dirigen las muchachas insinuantes miradas hacia la puerta que da al patio... Asoman por ella seis o siete rostros, pero la atracción es aún insuficiente para moverlos y el tango pasa, acaba, sin ser bailado.

Después de un momento de charla se hacen nuevas presentaciones, entran algunas personas más, y la misma niña hace saltar el piano bajo un fox-trot.

Esta vez el joven Paglota elige una compañera e inicia la danza. A la tercera pieza hallan ya tres o cuatro parejas, y a las once y media, no caben ya en el salón y algunas salen al patio.

Se turnan las chicas en la ejecución de las piezas bailables que se reducen a tangos, two-step, fox-trot y algún vals Boston.

Danzan hábilmente la mayor parte de los concurrentes; de vez en cuando se advierte a un muchacho empeñado en comunicar agilidad a su pesada y torpe compañera, o a otro revelar, a pesar de sus esfuerzos, sus hábitos de cabaret.

Si se mira a un muchacho no hace falta mirar a los demás: todos dan un aspecto de uniformidad especial...

Es el mismo cabello tirado hacia atrás y bien lustrado y dominado a base de sustancias grasas; es la misma corbata, el mismo talle, la misma conversación, las mismas ideas.

¿Hijos acaso de un saca bocado que los recorta de un golpe de la vida y los arroja a los bailes familiares?

Las chicas, por lo menos, tiene cada una su pequeña personalidad... Ésta tiene una linda sonrisa; aquélla maneja bien el piano, la otra atrae por su cabeza rubia; al olfato simple dan la sensación de haber iniciado su propio capullo...

Nos quedamos pensando por qué esta diferencia, cuando son de los mismos hogares, de la misma educación, de iguales costumbres...

Hallamos una respuesta sencilla: una mujer de 18 años es ya una mujer; un hombre es una cosa insubstancial a esa edad, y ni siquiera tiene lo que aquélla posee por instinto: la gracia.

De nuevo seguimos a los bailarines, infatigables, cadenciosos, heroicos.

A eso de las doce y media se pasa al lunch.

Allí los muchachos adquieren verdadera personalidad... y no es extraño que algunas muchachas pierdan la suya.

Dos horas más de baile y un caliente chocolate reconfortador y oportuno.

Después, de nuevo el tango, el two-step, el fox-trot, la muchacha pesada, el muchacho que casi sofoca a la compañera. Empiezan a pesar los párpados de las graves señoras de negro; unos primeros, otros después, inician el desbande.

Pero aún quedan ocho, diez parejas que no ceden ante la fatiga...

A las seis de la mañana la sala de baile está vacía.

Las sillas en desorden, el piano abierto, algunas flores caídas en el piso...

Flota en el aire un olor a polvos, a perfumes, a cosméticos, a brillantina, a seres de raza blanca...

Sueñan las muchachas cosas raras; comentan los muchachos pequeños detalles.

Nada.

Un baile honesto de familia.

Más peligrosos que esto suelen ser ciertos versos de mujer...

*Alfonsina Storni*

---

**Diario de una niña inútil, 23 de mayo de 1919**

Esta mañana al levantarme me he acordado de que alguien dijo que un hombre completo debe en la vida tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro.

Yo no suelo ser muy afecta a seguir los pensamientos de nadie, pero éste me ha gustado... Son tan verdes las hojas de los árboles... tienen tantas hojas... Algún día me voy a entretener en contar las hojas que tiene un árbol.

He pensado también que una mujer completa debe escribir su diario: todas las grandes mujeres lo han hecho así; más aún, algunas se hicieron grandes después de publicar su diario...

Desde hoy, pues, empiezo a escribir mi diario; pondré en él todos mis pensamientos íntimos, mis temores, mis afanes... lo más importante que me ocurra.

Empezaré por hoy...

¿Qué me ha ocurrido hoy?

Nada.

He estado contenta todo el día...

No me he aburrido...

¡Ah, me olvidaba! A las tres de la tarde sentí una fuerte puntada en un pie.

¿Será esto de mal gusto?

¿Tendrá algo que ver el buen gusto con la psicología?

Lo pensaré seriamente.

---

Primavera de 191...

He recibido esta tarde, de mi amiga Mochita, un decálogo interesantísimo. Resulta que se ha constituido una "Asociación secreta de las niñas inútiles pro defensa de sus intereses".

La Asociación ha formulado un programa completo y sus sometidas deben aceptar este decálogo:

1º Cazar novio sobre todas las cosas.

2º No ponerse a la caza en vano.

3º Santificar las "fiestas".

4º Honrar Oro y Lujo.

5º Matar callando.

6º No hurtar a la amiga un novio pobre.

7º No estornudar (sobre todo delante de los hombres, porque las chicas se ponen muy feas).

8º No deslizar falsos testimonios sino en un elogio y no mentir cuando una pueda ser descubierta.

9º No desear el marido de la amiga antes de que aquél enviude.

10º No codiciar más que aquello que se pueda obtener salvando el honor.

(Aquí siguen accesorios del decálogo, con detalles muy interesantes.)

Medito:

El decálogo no está mal, pero esta Mochita es un poco descocada... ¿A quién se le ocurre prohibir que se robe un novio pobre?

¡Hay cada deseo de hacer ganar dinero a los fabricantes de tinta!

Y escribo esto porque creo que esta franqueza mía expresa mi íntima psicología y no debo olvidar-

me de la receta para transformar una niña inútil en una gran mujer...

Noviembre 4

Vengo de la reunión secreta: he salido convulsionada...

Tengo 25 años...

¡Horror!

Desde mañana heme a la caza de un hombre, pequeño o grande, delgado o grueso, rubio o moreno... el país necesita mi concurso maternal.

Dios mío, inspírame.

Noviembre 6

La elección del traje es una cosa muy importante para la caza del novio (esto dicen los accesorios del decálogo). Así, pues, para la fiesta de mañana debo elegir bien: el rosa me queda monísimo; mis ojos brillan más, resalta la negrura de mi cabello...

¡El blanco!... Oh, el blanco me queda divino... parezco uno de los angelitos que danzan en el cielo bajo los árboles llenos de panecillos de oro...

Pero el lila... el lila es mi color predilecto... lilas eran las ojeras de Margarita Gautier.

(Podemos hablar de Margarita Gautier porque se arrepintió.)

Esto no entra en el decálogo, pero ¿por qué no hemos de hacerle unas escapadas al decálogo?

¿No dicen que en las mujeres todo son "escapadas"?

Me decido pues por el vestido lila... Ah, pienso ahora que tiene un escote demasiado pronunciado...

Voy a consultar los accesorios del decálogo: "Es preferible que el escote sea discreto: la gasa es muy importante en la caza del novio."

Sí; le añadiré dos centímetros de gasa al escote, porque colijo (esta palabra es muy poco usada entre las niñas), porque colijo que los centímetros son cosa muy grave en la vida femenina. ¿Si habré escrito yo halago digno de una gran mujer?

Noviembre 7

Ah, he sufrido una rabieta...

Creí anoche haberlo apresado ya... lo creí por momentos.

Usé con discreción de las nociones adquiridas en la Asociación secreta...

Pero estoy convencida ahora de que tropecé con un tilingo.

Después de las primeras escaramuzas empezó a observarme como si me tuviera debajo de un microscopio.

¡Uf! Estos profesionales son unos insoportables. Se les ha dado ahora por las grandes cosas.

Han perdido la sencillez de corazón. No son capaces de sentir, así, a primera vista, una pasión avasalladora, ciega.

¡Quién me diera hallar hombres como los de otros tiempos!

¡Entonces sí que el decálogo!...  
Oh, pero no desespero de hallar mi media  
mitad.

Me vengaré...  
Odio a los hombres con bisturí y microscopio.

Noviembre 9

Hace algunas semanas que no toco mi diario... los días van pasando uno a uno... estoy un poco aburrida.

Ayer vino a verme Mechita; me dijo que el decálogo le ha dado gran resultado...

Se casa este verano.

Y se casa bien.

¡Qué encanto de chica!

Hace días hizo poner como lema de la Asociación secreta esta sentencia: "la mujer ha nacido para desarrollar una acción moral y educadora".

¡Ya lo creo!

Diciembre 20

Estoy nerviosa, febriciente... un mes más y empiezo los 26 años...

¡Qué tarde estúpida!

Llueve.

Diciembre 25

Tengo un gran programa... a las sierras nos vamos... y va con nosotros... ¡Oh!, me guardo el nom-

bre... hay cosas que no deben ser profanadas... Sobre todo, el pudor...

Ayer nos han dado en la Asociación secreta nuevas lecciones; las cosas todas se vuelven cada día más difíciles...

Hay que avanzar...

Las cosas se modifican. Es imposible no seguir el conjunto de estas cosas...

Enero 15

¡Eureka!

¡Lo pesqué... lo pesqué!

Es un hombre; oídlo... sabedlo, humanidad venidera; es un hombre lo que he pescado...

(Oh, dioses, os ruego que no lo confundáis con un grillo.)

Enero 25

Diario mío; me despido de ti por unos meses...

Al decálogo me debo...

He dejado ya de ser una mujer; soy un decálogo en acción.

Día a día, noche a noche, me debo a la repetición sagrada: el 1º: Cazar novio sobre todas las cosas... El 2º: etc., etc.

Por la copia.

*Alfonsina Storni*

---

**Historia sintética de un traje tailleur,**  
30 de mayo de 1919

Cierta mañana la epidermis de una oveja empezó a esponjarse en inmaculados vellones.

Poesía pura, pues, es mi abolengo, si bien a través de máquinas, tintas, tijeras y agujas haya perdido mi condición primitiva para convertirme en un elegante traje tailleur.

Catalogado, marcado a precio fijo, me colgaron de dos brazos de madera y viví apretujado entre otros vestidos unos cuantos días.

Pronto empezaron a sacarme con frecuencia de mi encierro.

Cuando lo hacían escuchaba voces femeninas y pasaba a cubrir brazos perfumados y tibios.

Un buen día me arrollaron, me envolvieron, me ataron y fui transportado a través de la gran ciudad.

Cuando me vi libre de mi incómodo encierro, fui colgado nuevamente en dos brazos de madera y me dieron por habitación un ropero muy mono, donde me decidí a continuar aburriéndome.

Al día siguiente de mi encierro vi que, frente a un espejo, una dulce mujercita rubia se cubría conmigo.

Yo me sentí feliz porque tuve la intuición (los trajes somos muy perspicaces) de que me echaría a correr mundo y podría ver muchas cosas interesantes.

Cuando yo era pequeño y vivía adherido a la epidermis de una oveja, oí decir a un pájaro que no conocía cosa más curiosa que el género humano.

Este pájaro (como todos los pájaros) se reía de los hombres que era un portento; por eso cuando me vi sobre una representante de aquél, me sentí profundamente alegre y me dispuse a no perder ninguna enseñanza.

Con esta dulce mujercita rubia yo no aprendí casi nada; salía conmigo, por las mañanas, a hacer compras, nada más, y nada me fue revelado en las frases que en esa tarea le oía.

Después se me encerraba en el ropero y todas mis observaciones quedaban vedadas.

Sin embargo, aprendí con ella cosas muy interesantes sobre el alfiler.

Sí; pude observar que el alfiler es una cosa aguda como una lengua, liviana, reemplazable, barata, abundante.

El alfiler cambia un pliegue sin alterarlo, acorta un vestido sin cortarlo, cubre momentáneamente un imperfecto irremediable.

El alfiler cose sin coser, arregla sin arreglar, ata sin atar; el alfiler es una cosa de quita y pon, según el momento y la oportunidad; según la hora y el tiempo.

El alfiler se hunde en el tejido sin dejar señales de ello... No hay cosa más irresponsable que un alfiler; su hermana, la aguja, es mucho más seria; deja puntada y sobre todo, nudo; me detengo en ello porque yo soy hijo de la puntada y la conozco bien; en cambio, soy apenas hijastro del alfiler, ya que éste me toma y me deja, me ajusta y afloja con verdadera impiedad.

He pensado alguna vez si mi primera dueña, aquella dulce mujercita rubia, se parecería en algo a los alfileres, pues los tenía en abundancia y parecía amarlos; pero no pude darme una respuesta, pues al poco tiempo de tenerme experimenté los honores de la imprenta y, bajo dos discretas iniciales, fui puesto en venta en la sección "señoras" de un gran diario.

De las manos de aquella dulce criatura pasé a otras no menos blancas si bien algo más descuidadas.

Desde el momento que estuve en ellas empezaron a darme un fuerte traqueteo: cargaban conmigo a la mañana y no me abandonaban hasta la noche, sino uno que otro día a la semana, sobre todo los domingos, en que sufría las torturas de la plancha y la bencina.

Andaba en tranvía cuatro veces por día y en las conversaciones que allí escuché, hube de cerciorarme de que los pájaros tenían razón al hallar sumamente curioso al género humano.

Desde el primer momento noté en mi nueva dueña una cosa a la que no estaba acostumbrado; su resistencia a sujetarme con alfileres.

Una noche entera me tuvo cosiéndome y descosiéndome broches, hasta no necesitar de un solo alfiler.

Mi curiosidad quedó picada y resolví atisbar en sus conversaciones el por qué de esta resistencia.

Una vez oí decirle a una niña que debía ser su hija, pues la llamaba mami: "Desde que tu papacito murió, no me queda tiempo para entretenerme con alfileres y tú debes aprender desde ahora a no usarlos; el alfiler es tan inmoral como una mentira; lo que no quiere decir que a veces no sea necesario un alfiler para prender cosas que han de tirarse luego, como

una flor, por ejemplo, pero cuidadito con que vuelva a encontrarte un alfiler en una enagua".

Si bien los trajes suelen ser perspicaces, no logré entender del todo estas palabras; pero me conformé pensando en la opinión que los pájaros tienen de los hombres.

En compañía de esta señora observé cosas muy raras: como un traje ve por los cuatro costados, hube de notar que mi dueña provocaba a su espalda sonrisas indefinidas.

Una vez oí decir: "¡Viuda y de treinta años!".

Otra vez escuché: "Regresa a su casa a las nueve de la noche".

Mi dueña tenía una singular manía: y era un movimiento de cabeza de derecha a izquierda; observé que los comentarios se producían sistemáticamente después de aquel movimiento.

Como tampoco esto lo entendiera bien, resolví requerir, una vez que estaba en una plaza, la opinión de un pájaro, pero éste, despistado acaso por los procedimientos febriles a que yo había sido sometido, no reconoció el vellón de lana de su amiga, la oveja, y se alejó de mí en un despreciativo silencio.

He de confesar que fui presa de profunda tristeza al lado de esta mujer: lloraba con frecuencia y apretaba sobre su pecho dos cabezas rubias de las cuales me quedaban adheridos cabellos.

A los dos años de usarme fui descosido, cortado y rehecho de nuevo, y me encontré vistiendo a una adorable chiquilina...

Ésta es la época más feliz de mi historia. Los trajes son sensibles a la inocencia como nadie puede figurárselo.

Cerca del corazón sin dobleces, los trajes sienten deseos de ser la virtud misma para hacer la inocencia incorruptible.

Correteando con la niña, muchas veces, por los campos, he encontrado a las blancas ovejitas y he mirado el cielo azul cuando vivía adherido a su epidermis...

Lo único que me apenaba en aquella época era ver que cada día resultaba más estrecho para mi poseedora, que crecía de manera extraordinaria.

Un día no pudo ya usarme... Lo sentí mucho, porque me había acostumbrado a quererla y a tenerle piedad. ¡Era tan inocente y tan bella!... Y cómo recordaba yo las sonrisas indefinidas... las conversaciones de los tranvías...

Desde que la niña me abandonó, además, se intensificó mi decadencia; partido en pedazos, deshinchado, viejo, he ido pasando poco a poco al cajón de la basura.

Ahora me encuentro entre montones de desperdicios: a veces un papel escrito me hace compañía y entonces me entretengo recordando a los hombres... algunos pedazos míos se han podrido del todo en la tierra y vuelven a entenderse con los pájaros sosteniendo animadas discusiones sobre el género humano; pero los pájaros no quieren cambiar de opinión.

*Alfonsina Storni*

### Un libro quemado, 27 de junio de 1919

La palabra feminista, "tan fea", aun ahora, suele hacer cosquillas en almas humanas.

Cuando se dice "feminista", para aquéllas, se encarama por sobre la palabra una cara con dientes ásperos, una voz chillona.

Sin embargo no hay mujer normal de nuestros días que no sea más o menos feminista.

Podrá no desear participar en la lucha política, pero desde el momento que piensa y discute en voz alta las ventajas o errores del feminismo, es ya feminista, pues feminismo es el ejercicio del pensamiento de la mujer, en cualquier campo de la actividad.

Es pues la razonadora antifeminista una feminista, pues sólo dejaría de ser tal, no teniendo opinión intelectual alguna.

Es curioso consignar que en los países de habla castellana las primeras feministas —suprimidas reinas y damas de corte influyentes en política— han sido monjas, las que, por dedicarse a una vida de silencio y de cultura religiosa, pudieron enriquecer su espíritu en las lecturas sagradas y escribir y publicar sus oraciones, versos, o comentarios.

Pero el prejuicio antifeminista es antiguo.

A Teresa de Jesús, que se había permitido comentar el *Cantar de los Cantares* en páginas inmortales, su confesor hízole quemar aquel libro y sábase

de las maravillas literarias que contenía, por algunas copias aisladas que en poder de una monja quedaron.

Dice de esto Fr. Gerónimo Gracián:

"Entre otros libros que escribió (se refiere a Teresa de Jesús) era uno de divinos conceptos y altísimos pensamientos del amor de Dios y de la oración y otras virtudes heroicas, en que se declaraban muchas palabras de los cantares de Salomón, el cual libro, como pareciese a un su confesor cosa nueva y peligrosa, que mujer escribiese sobre los cantares, se le mandó quemar movido con celo de que (como dice San Pablo) *callen las mujeres en la iglesia de Dios*, como quien dice, no prediquen en púlpitos, ni lean en cátedras, ni impriman libros.

.....

"Bien creo que si este confesor hubiera leído con atención todo el libro y considerado la doctrina tan importante que tenía, y que no era una declaración sobre el *Cantar de los Cantares*, sino conceptos de espíritu que Dios le daba, encerrados en algunas palabras de los cantares, no se lo hubiera mandado quemar. Porque así cuando un señor da a su amigo un precioso licor, se le da guardado en vaso riquísimo, así cuando Dios da a las almas tan suave licor como el espíritu, le encierra, las más veces, en palabras de la Sagrada Escritura.

.....

"Permitió el Divino Maestro que una monja trasladó del principio de este libro unas pocas hojas de papel, que andan escritas a mano y han llegado a mis manos con otros muchos conceptos espirituales

que tengo en cartas que me envió escritas de su mano la misma venerable Madre y muchos que supe de su boca, en todo el tiempo que la traté como su confesor y prelado, que fueron algunos años, de que podría hacer un gran libro..."

He aquí cómo una gran obra literaria ha sido perdida para el espíritu humano por un prejuicio netamente antifeminista.

Sabemos ya que desde el punto de vista moderno, filosófico, diré, las Sagradas Escrituras son antifeministas, y las leyes por las que nosotros nos regimos, inspiradas en gran parte en aquéllas, antifeministas también.

Pero toda mujer que entrara a considerarlas, en pro o en contra se volvería feminista, porque lo que por aquéllas le está negado es pensar con su cabeza y por algunas de éstas, obrar con su voluntad.

No entro a discutir aquí los fundamentos de esta prohibición...

Me limito a exponer un caso sensible de destrucción, en el campo del arte.

*Alfonsina Storni*

---

**Las poetisas americanas**, 18 de julio de 1919

En nuestro continente la poesía se parece a la vegetación tropical: si no muy útil, si no muy sobria, es abundosa y desaliñada, rica en ramas y hojas y preparando, claro está, algún fruto.

Esto es en la poesía, que es la rama de las letras cultivadas con más éxito por la juventud pensante del continente: otras ramas están a medio regar todavía, aunque algunos brotes aislados apuntan.

Y hay razones para que así sea: una poesía se hace en un momento dado, se la pule luego, si se la pule, y el trabajo está terminado. La novela, el drama, exigen ya una dedicación constante, un trabajo de conjunto, una disciplina mental más severa, y el ambiente no está para eso: se vive a saltos, se adquiere una cultura liviana, se distribuye la vida en distintas sollicitaciones amenas, y el cerebro se unta de pereza y se rebela ante trabajos de aliento para los cuales tampoco hay estímulo.

En mujeres y hombres acontece ello; más visiblemente aún, en mujeres que en hombres.

De las que escriben o escribieron en el continente, las que han tenido, hasta ahora, resonancia en estas tierras y en España han sido las que lo han hecho en verso, nos referimos a algunas, por cierto.

Empezaremos por el Uruguay: tiene éste a Delmira Agustini, tan ampliamente difundida y comentada como poco comprendida.

Delmira Agustini con toda la apariencia verbal de una fuerte sensualidad femenina, es profundamente espiritualista:

*Ah, tu cabeza me asustó. Fluí  
De ella toda la vida, parecía  
No sé qué mundo anónimo y nocturno*

dice la magnífica poetisa en un hondo pensamiento, que es la consecuencia de una conmoción espiritual. La sensualidad pura no podría dictarle jamás estos versos nacidos de una contemplación pastoral, depurada a través de las más finas mallas que pudiera tener un alma femenina.

Y esta frase:

*Mi alma es frente a tu alma, como el mar frente  
al cielo.*

Y esta otra:

*Ah, los cuerpos cedieron, mas las almas trenzadas  
Son el más intrincado nudo que nunca fue...*

Y tantas otras, y toda su obra que expresa una naturaleza vigorosa y profunda, pero cuya finalidad es sorprender el espíritu, aislado a través de la materia.

En la misma vecina República están María Eugenia Vaz Ferreira, de temple masculino y fuerte cerebración, y Luisa Luisi, que hace versos dulces y

sentidos, aunque su actividad mental halle campos más propicios en la crítica y en trabajos metodológicos.

Y finalmente acaba de surgir Juana de Ibarbourou, que publica su primer libro de versos "Las Lenguas de Diamante". La prologa Manuel Gálvez que, si no acierta en todo lo que dice, le rinde justicia y la señala al continente como una revelación.

He aquí una de sus más características composiciones.

## FUGITIVA

*Glotona por las moras tempraneras  
Es noche cuando torno a la alquería  
Cansada de ambular durante el día  
Por la selva en procura de moreras.*

*Radiante, satisfecha y despeinada,  
Con un gajo de aroma en la cabeza,  
Parezco una morena satiresa  
Por la senda de acacias extraviadas.*

*Mas me asalta el temor ardiente y vivo  
De que me siga un fauno en la penumbra  
Tan cerca que mi oído ya columbra  
El eco de su paso fugitivo.*

*Y huyo corriendo palpitante y loca  
De miedo, pues tan próximo parece  
Que mi gajo de aroma se estremece  
Rozado por las barbas de su boca.*

Sigue Chile, con Gabriela Mistral, que no ha publicado aún ningún libro, lo que nos impide com-

pletar juicio sobre ella. Por lo que suelto hemos leído la ubicamos en primera línea también.

En Chile están, con la Mistral, Sara Hubner, de la que tampoco conocemos más que alguna cosa aislada; Aída Moreno Lagos, que me ha honrado espontáneamente con su amistad y de la que poseo, manuscritos, exquisitos y dulces versos; sé de otras aun, cuyos nombres he visto comentados pero cuya obra no he tenido oportunidad de conocer.

Y llegamos a nosotros ¿por qué no?

La modestia nuestra no ha de ser tanta que nos prohíba hablar de las argentinas.

Está Delfina Bunge de Gálvez, que se aparta de todas las demás porque escribe en francés y por ser espíritu cristiano militante.

Delfina Bunge de Gálvez es indudablemente un espíritu sutilísimo, hondo: el perfume que desprenden sus versos aquietta tempestades, dulcifica dolores; en *Simplement* y en *La nouvelle Maison*, sus dos libros de poesía, el alma de un poeta íntimo nos conmueve y nos sustrae al ruido bullanguero de las calles; entramos con ella al templo, y paganos sentimentales, sabemos arrodillarnos, si no ante su Dios, ante su alma sensitiva, transparente.

De ella hemos traducido algo que aquí reproducimos:

## INSOMNIO

*La ciudad en silencio ya reposa dormida,  
Yo sola estoy despierta, porque, porque mi vida!*

*Oh, luna que te dices mi hermana; depón  
Entonces, tus consuelos sobre mi corazón.*

*¿Pero qué!... No me escuchas y tu amarilla cara  
Escondes en la nube más sombría y más rara.*

*El viento como un alma huye, desaparece;  
Nada siento en la noche; ni una hoja se mece.*

*Oh silencio de tumba, oh silencio que aterra...  
¿Por qué llenas de luto la desolada tierra?*

*Ruidos... escucho... Un perro escuálido que ahora  
En la sombra nocturna, sin porqué, llora y llora...*

*Oh yo quiero pensar, saber, y no sé nada,  
¿Por qué llora ese perro en la noche entutada?*

*Yo no sé qué dolores el pobre perro llora.  
¿Será acaso la Muerte? Bien puede ser la hora...*

*Oh el estúpido insomnio qué malo y frío es!  
Ensayemos de nuevo así... uno... dos... tres...*

Rosa García Costa es también un espíritu que  
acierta en sus expresiones en versos.

Culta, ágil en la manera de versificar; su primer libro de poesías *La humilde canción* fue recibido con aplausos por la crítica.

Sus estrofas que expresan ideas elevadas, temas de belleza pura, finos sentimientos la insinuaron como una promesa: y estamos hoy a la expectativa de un libro que ha de aparecer en breve.

Quedan algunas otras: Amanda Zucchi, que se inició bellamente publicando un libro a los diez y siete años y no se ha dejado oír otra vez; y apuntan firmas precoces, aisladas, que en estos momentos están fermentando su levadura: esperaremos.

*Alfonsina Storni*

---

**Un acto importante, 25 de julio de 1919**

Alguien ha dicho que morir es el acto más importante de la vida... oh, estamos en un todo de acuerdo... morir debe ser mucho más importante que toda cosa humana, a juzgar por la aparatosidad de que la muerte ha sido rodeada en todos los tiempos.

Si se lee lo que es la muerte en un libro de medicina la cosa no parece grave: la muerte, dirá, es un fenómeno fisiológico que se caracteriza por la terminación de toda vida orgánica; o cosa así.

Nada; una intoxicación, la ruptura de un vaso sanguíneo, un mal golpe, asfixia, cualquier cosa de éstas, y un sueño que ya no termina.

Parecería lógico que al laconismo de la explicación científica correspondiera la tranquilidad del deudo, la reposada tranquilidad del viviente que no ignora que él ha de fincar en el mismo punto.

Pero no: morir es un acto gravísimo; primero hay que llorar, si es posible, a grandes gritos; después hay que traer cosas negras, largos cirios, llenar la casa de silencio y plegarias, oír graves palabras, golpearse el pecho, en fin, toda una serie de cosas que hacen pensar en que el hombre está más cerca de la locura de lo que a primera vista parece.

Después de todas estas cosas ceremoniales ha de venir el luto: los hombres trajes negros, sombrero y/o corbata ídem, con distintivos especiales... las mu-

jerer —oh, siempre las pobres mujeres— han de cambiar totalmente de indumentaria y de manera mucho más visible; el pesado merino, las largas caídas de crespón, los zapatos de cuero opaco y hasta cosas fútiles; porque también hay futilidades que indican luto; como ser ciertos collares negros de borlas opacas.

Y el encierro; las personas que están de luto no pueden reírse más que de puertas adentro... la música que es siempre una cosa elevada no debe ser ejecutada: se cierran los pianos, se adormecen las gargantas; para una muerte, ocho, diez, veinte personas deben hacerse los muertos por una temporada, la que según el curioso código de los hombres debe ser suficiente en todos los casos, para poner de manifiesto su dolor y su respeto al ido.

¡En fin! Buena y bella vida esta... No basta a un ser humano sentir en carne viva la desaparición de un ser querido, ha de manifestar a los demás que la siente y para ello usará un distintivo; miradme, que he perdido un miembro de mi familia, irá diciendo a cada uno de los desconocidos que encuentra por la calle.

En los casos en que es más necesaria la expansión, la comunidad espiritual, los pequeños alicientes de la vida, el manto negro lo cubre todo, lo ahoga todo, y lo ahoga con hipocresía en la mayor parte de los casos, y a costa de sacrificios en otros, que el luto es caro y en muchas familias este gasto imprevisto crea deudas y trastornos.

A la mujer, más que al hombre, interesa la transformación de esta costumbre ya fuera de nuestros días; es ella la que resulta agravada por el luto, que el hombre tiene siempre algún rincón donde su luto pase desapercibido.

Pero mucho temo de excederme en este comentario: cuando las cosas están arraigadas por una larga costumbre la innovación se toma como un acto de impudicia; se imagina que quien la preconiza sufre de cierta amoralidad y al final de cuentas primero es una la impúdica, después son diez, después son cien, después son incontables y por impúdicas que sean las cosas, si los incontables son impúdicos, la impudicia desaparece.

Pero no hay tal impudicia al presente: hay una sensación de cierta cosa inútil que llena apariencias, de cierta moda antinatural, y un poco tétrica, cuando no cómica, que no beneficia a nadie y perjudica a muchos.

¿Por qué no sería un simple brazalete, como en los militares, la señal del luto?

¿Por qué no habría de abstenerse la sanción social y dejar que cada uno reduzca el término de su dolor o de su ensimismamiento a la medida de tiempo que esté de acuerdo con su naturaleza o con su clase de duelo?

¿Será esto más difícil de lo que parece?

Toda esta cuestión del luto está enredada con la vida del más allá; los hombres son muy duchos; después que los seres han muerto ellos también intervienen con su voluntad para negociarles el alma desde la tierra; y una serie de supersticiones lo ensombrece todo.

En los tiempos antiguos cuando el pensamiento humano se mantenía en planos inferiores la muerte era ya motivo de serias inquietudes y ritos.

Los hebreos, cuando asistían a entierros de sus seres queridos, se arañaban la cara y el pecho para

demostrar cuán intenso era su dolor; esta costumbre motivó una prohibición severa de tales actos (Levítico; cap. XIX).

Créese que los judíos imaginaban que derramando su sangre por los muertos conmovían las furias infernales y las aplacaban. También se raspaban la cabeza, se ensuciaban aquella con cosas como polvo y ceniza, se encerraban en sus casas y cantaban de una manera lastimera y triste; pero el duelo duraba poco: eran siete días.

Esta costumbre no deja de tener un parecido con la costumbre de las "lloronas" de nuestras provincias, pagadas para que lancen ayes y se arranquen los cabellos.

En Roma, las mujeres usaban el traje blanco como luto; esto era en la época de los emperadores; en los funerales de los magistrados una cosa denotaba duelo y era ésta: llevar los lictores con las fasces al revés; también el duelo, como en nuestros días, se señalaba con el cierre de todos los lugares públicos, cuando la muerte de un gran personaje enlutaba la patria.

Al apoderarse la iglesia de las ideas dispersas del cristianismo, algunos Padres de aquella se dieron a modificar las ceremonias del luto, porque cambiando el cristianismo el significado de la vida y de la muerte, ésta debía, naturalmente, variar sus ritos y duelos.

Como el cristianismo dogmatizado expresa la supremacía de la muerte sobre la vida y la eternidad de la vida del espíritu, sobre la fragilidad de la carne, del "barro humano", la separación del espíritu de este barro debía ser un motivo de alegría, por consi-

guiente el luto debía animarse de colores brillantes y alegres.

Pero en la Edad Media, la edad tétrica por excelencia, la edad de muerte para la belleza humana y la preciosidad de la luz; la edad del claustro, y el subterráneo y la tortura, el luto fincó en la tela negra en los pueblos occidentales, y desde entonces, cambiando solamente de formas, se ha prolongado hasta nosotros.

Los germanos no usaron lutos, y consideraban con cierta vergüenza el llanto en el hombre; esto era sólo permitido a las mujeres.

Cosas curiosas han sido indicadas también como señal de luto: cuando murió Juan II, rey de Portugal, se prohibió a los habitantes de Lisboa que se afeitaran, por un período de seis meses.

En la corte del Rey de Francia se usaba como luto el color rojo.

El uso de los vestidos de lana blanca fue adoptado como luto en la corte de España y Portugal y duró esta moda hasta fines del siglo XV.

Sin embargo, ya a mediados de este siglo, el protocolo quería que los nobles vistieran de negro en los funerales del rey; dicese, sin embargo, que terminados éstos se ponían ropajes rojos como en Francia.

El color negro es el luto adoptado actualmente por los países latinos y americanos; en Egipto un verde muerto, en el Japón se usa el blanco.

Como se ve el luto es una simple cuestión de modas en sus aspectos y una cuestión de superstición religiosa en el fondo.

Numerosos trastornos ha ocasionado el gusto del luto a punto tal de estar reglamentado por bulas

y decretos, debido a la frecuencia con que el luto ha servido como pretexto de lujo.

El Rey Felipe II en Madrid dio un decreto sobre cómo debía usarse el luto; he aquí algunos párrafos:

“Ordeno y mando que de aquí en adelante los lutos que se pusieren por muerte de Personas Reales sean en esta forma: los hombres han de traer vestidos negros de paño o bayeta con capas largas y las mujeres de bayeta si fuera en invierno y en verano de lanilla; que a las familias de los vasallos, de cualquier estado, grado o condición que sean sus amos, no se les permita tener lutos por muerte de Personas Reales, pues bastante se manifiesta el dolor y tristeza de tan universal pérdida con los lutos de los dueños.”

En España está legislado que el gasto de luto de una viuda se saque del caudal que pertenece al esposo muerto, lo que vendría a justificar que este asunto del luto tiene su gran importancia, sobre todo económica.

En países democráticos, libres y fuertes, en países modernos, esta costumbre del luto tiende a desaparecer y a simplificarse.

La modificación del concepto religioso y social, la amplitud de obrar según la propia conciencia, la necesidad de libertar la vida de trabas excesivas, de costumbres rutinarias, concurre a este fin.

Entre nosotros también el luto ha sufrido sus modificaciones; ya la viuda no se viste toda la vida de negro como era una costumbre muy generalizada y las cargas de velos tienden a aliviarse.

Ahora se ve con frecuencia al dolorido crepón sirviendo de manga transparente sobre un brazo rosado.

¿No es preferible, pues, adoptar un distintivo cualquiera, que hacer del luto un nuevo motivo de modas y coqueterías?

Bastaría que una liga de señoras se propusiera hacerlo para que muchas personas se beneficiaran con esta innovación.

Y los que quisieran continuar usando el riguroso negro, pues en buena hora, que lo uno no impediría lo otro.

Lo grave es que una sanción social, fútil, intervenga para producir trastornos económicos, en estos tiempos en que chicos y grandes no andan con pie muy seguro.

Y cómo serían de felices los hombres si lograrán dar a su alma la elasticidad de las circunstancias; si fueran capaces de modificarse, por inteligencia pura, con el conjunto de las cosas...

Pero la vida es una carrera pesada... hay que tirar desganadamente de ella, por las viejas huellas...

*Alfonsina Storni*

### Carta de una engañada, 29 de agosto de 1919

Mi querida Tula:

Tu carta la esperaba; sé que todo ha trascendido, por mucho que hayamos querido echar tierra sobre el asunto todo el mundo lo sabe. Pero todo el mundo lo sabe mal. Sé que circulan las más horribles hipótesis. Se ha hablado de nuestra separación. No hay nada de eso. Nuestra vida continuará, ¡ay! como hasta ahora, por lo menos así lo deseo. Roberto está ya fuera de peligro; le extrajeron la bala con felicidad y su convalecencia es rápida.

Aquí estamos, hablándonos lo menos posible. Frecuentemente él me besa la mano con que lo sostengo, entonces me siento a punto de morir de dolor. ¿Quién podrá comprender todo lo que he sufrido en estos días? ¿Quién podrá penetrar en la mezcla de sentimientos que me han sacudido?

Cuando Roberto intentó matarse yo lo ignoraba todo. Pero con ese olfato que las mujeres tenemos, imaginé toda la verdad. Fue un golpe con una luz repentina. Me vinieron a la imaginación 50 mil detalles en los que no había hasta entonces puesto mi análisis. ¡Oh, qué horrible fue eso! Mi primer impulso, como comprenderás, fue salvarle la vida. Acaso más que por la vida de él, por lo que yo esperaba saber. Qué de atisbar en sus menores palabras, en sus más

breves gestos... Después, hice bajezas de todas clases; le revolví libros, papeles, documentos; hice saltar cerraduras hasta que hallé, oh Tula, unos borradores hechos pedazos: juntarlos, leerlos, morir de desesperación, fue todo uno.

¡Y qué desesperación! ¡Sabes que te engañan; crees ser lo que más aman en la tierra, y una coqueta los lleva a la muerte y lo que es más tremendo aún; sabes que lo que es tuyo ha sido despreciado, vejado por una cualquiera!

Más que el dolor de verte engañada, te duele la miseria del ser a quien amas, su debilidad, su extravío.

Tú sabes cómo es cosa mía Roberto. Tú sabes cómo he torcido su vida; tú sabes todo el sacrificio que me ha costado cuidar su permanente debilidad, apartarlo de medios peligrosos.

Pues bien, todo está en el suelo, empolvado, sucio, destruido.

Pero, yo no puedo odiar. Ni a él ni a ella. ¿Quieres creerlo?

Cuando pienso en esa mujer, el gran dolor mío es que lo haya despreciado, es que haya jugado con él hasta llevarlo a este estado.

¿Celos? Ya ves que no. Celos vulgares, no. Pobres celos de la materia, no. Celos infinitos, acaso, de un ser espiritual que yo he creído formar y no he formado. Celos infinitos, mortales, como los que tendría una madre, orgullosa de un hijo digno, si comprobara que el afán del robo lo tienta.

Celos de haber sido superada la belleza moral por la fuerza moral del instinto.

Ah, todo está destruido.

Roberto me ha hablado; me ha pedido perdón.

Antes de que me lo pidiera yo se lo había concedido.

Entiendo.

Le he prometido ser para él lo que era antes y me ha prometido olvidarlo todo.

Más aún, me ha pedido que lo ayude a olvidar.

¿Pero es que entienden los hombres lo que hay dentro de algunas almas de mujeres, que hasta llegan a pedir que les ayuden a olvidar?

¡Ayúdame a olvidar! ¡Y te lo dicen con una inconsciencia, con una tranquilidad de espíritu, con una seguridad tal, que sólo esta inferior condición de mujer puede tolerarlo! Sí, inferior digo.

Inferior porque recogemos todo lo deshecho, lo manoseado. Inferior porque pasamos la vida construyendo lo que el hombre destruye. Inferior porque el sentimiento nos maniatada, inhabilita y ciega para la crueldad.

¿No te has fijado tú en que todas las grandes cosas se hacen a base de crueldad?

Ah, perdóname. ¿Ves cómo salto de una cosa a otra sin orden? Es que mis pobres nervios no están bien.

¡Qué vacío tengo en el alma! ¡Cómo quisiera huir de mí misma, de mi bondad, de mi altura moral, de todo esto estúpido!

¡Ah, tomar la vida entre las manos, despojarla rabiosamente del sentimiento; echarse a bucear la primavera, los cielos azules y cálidos, las bellas rosas perfumadas... Sentir bajo los pies la tierra redonda que

cede a tu paso y saltar de alegría en alegría, rojos los labios, liviana el alma!

Aquí estoy, en cambio, al lado de un hombre pálido y taciturno, que tiene el pecho agujereado y el alma roída, a quien día a día debo lavar la herida del cuerpo y cicatrizar la del alma. Este hombre es mi marido, mi marido que quería suicidarse por una vulgar que no quiso seguir siendo su amante.

¿Qué pensarás de mí? Déjame decir lo que se me ocurre. Todo esto no es, acaso, más que pura rabia disimulada.

¿Cuándo volverán los días pasados? ¿Los días de crearme dulcemente amada, finalmente preferida? ¿Cuándo volveré a tener un alma en mis manos para imprimir en ella los moldes míos?

Acaso ya nunca. Hoy siento que aquello no será ya resucitado. Siento repugnancia, fastidio, por las cosas trizadas. Y quizás espiritualmente no pueda sobreponerme a este concepto estético.

Dicen que el tiempo... A este pobre viejo le dan demasiados talismanes los felices. Hoy no espero nada. Nada que no sea seguir entendiendo, es decir, seguir anulándome.

Escríbeme. Besos. Mercedes.

*Alfonsina Storni*

### ¿Quién es el enemigo del divorcio?,

5 de septiembre de 1919

En nuestro país —bien lo sabemos— no existe el divorcio. Feliz o infeliz, la pareja matrimonial debe soportarse lo mejor que pueda, o aborrecerse lo mejor que pueda, también.

Verdad es que existe la separación de bienes y de cuerpos, especie de mala regadera, completamente estéril para la fuerte sequía espiritual en que deben consumirse dos seres que se repudian, atados para toda la vida.

¿Por qué no existe el divorcio en la Argentina?

Porque tiene un enemigo declarado; la propia mujer.

No ha habido vez que se haya hablado de divorcio, con alguna seriedad, que elementos femeninos influyentes no hayan tendido sus redes, oculta o abiertamente, para hacerlo fracasar en proyecto.

Y lo han conseguido.

Bien es verdad que por detrás de las blancas manos que tendían hilos asomaban hombres habilísimos que moldean a placer el espíritu de las mujeres.

Se me ocurre pensar: ¿sólo eso? ¿Toda la opinión femenina del país era ésa?

Acaso no; no debemos olvidarnos que sólo una parte de la población, la nativa, está representada

en el Congreso, y acaso, sólo cierto grupo de las mujeres nativas, precisamente el influyente, sea el firme enemigo del divorcio.

A propósito de una encuesta celebrada entre los políticos del país, en una revista semanal, recuerdo el esqueleto de un pensamiento emitido por un diputado nacional; decía éste, con cierta puerilidad, que la familia argentina, en virtud de su tradición de honestidad y decoro, no necesitaba el divorcio.

En fin, en un trazo, este distinguido político borraba en la familia argentina toda vida propia, todo accidente psicológico, toda fuerza personal, para estereotiparla en un molde inmovible.

Afortunadamente, la familia argentina vale mucho más que todo eso: no queremos creer que no necesita entrar a considerar el divorcio; supondremos, cuando mucho, que, necesítándolo, no está en condiciones ideológicas de sostenerlo contra ciertos principios religiosos que lo condenan.

No habrá mujer, dominada por estos principios, que no sea su enemiga declarada, en contra de toda lógica, de toda verdad razonada y hasta de todo argumento moral.

No será posible llevar al convencimiento de aquel espíritu esta cosa sencilla: el matrimonio es un contrato civil.

Todo contrato puede ser anulado por voluntad de los contratantes. El contrato matrimonial no debería escapar a esta norma legal.

Verdad es que considerando el matrimonio bajo su faz puramente ideal, la palabra contrato parece pedestre, privada de bella elasticidad sentimental.

Y sin embargo el matrimonio es un contrato. Es un contrato con cláusulas legales fijadoras de castigos para los contrayentes que las violen.

Lejos está pues el matrimonio actual de ser la cosa poética e idealista que une dos almas y no razona sobre sus pequeños o grandes intereses, y no se anticipa a momificar sus sentimientos.

Pretender pues disimular su carácter de contrato bajo un manto de idealidad pura, es revestirlo falsamente, darle un pasaporte adulterado a sabiendas, complicar los sentimientos, ofuscar la vida.

Nada tan falso, ante la naturaleza, como el matrimonio. Todo en él es absolutamente convencional.

Cuando menos, entonces, que el divorcio pueda beneficiar a los que no hayan podido amoldarse a este convencionalismo práctico-sentimental.

El divorcio es singularmente beneficiador para la mujer.

Frecuentemente ésta no lo cree. Es decir: la mujer que se basta a sí misma, sí lo cree; la mujer de cierto carácter, de cierta línea, de cierta ideología, sí lo cree.

La mujer que vive con ideas prestadas y tiene poca confianza en sí misma, le teme.

No se vaya a creer que siempre exista un temor sentimental; frecuentemente es un pobre temor económico, social. ¿Y si mi marido me abandona? Piensa la mujer. Y prefiere vivir sin horizontes espirituales algunos, dejar deslizar la pobre vida del cuerpo que descender al fondo de su ser y encontrarse.

En provincias, principalmente, conocemos, todos, un tipo de mujer a quien el divorcio haría temblar.

Es una mujercita acicalada, que se viste de arriba abajo con alfileres, que vive de murmuraciones, que es tan ignorante como agraciada, y que, al casarse abandona, en cuanto la maternidad la solicita, toda coquetería prudente; y cuyos hijos, en manos de pobres sirvientas, han pasado por todas las calamidades de las colitis, gastritis, dispepsias, ataques, etc.

Es indudable que a una mujer así el divorcio es de todo punto inconveniente; y es que, tal mujer, no está capacitada para formar severamente una familia.

La mujer que tiene conciencia de lo que esto significa no teme el fracaso: lo previene y se adelanta a él. Y si el fracaso sobreviene por razones personales, imposibles de ser sospechadas, su vida existiendo el divorcio no está mutilada. Aún quedan horizontes legales.

El hombre, bien lo sabemos, siempre tiene horizontes. Si no son legales a nadie preocupa.

Se ha insistido también sobre el problema de los hijos. Las mujeres, madres en primer término, han querido ver en el derecho de los hijos la mayor razón sentimental en contra del divorcio.

En verdad que el asunto de los hijos es una cosa grave siempre, con o sin divorcio.

Desde que la civilización creó en el hombre la idea de responsabilidad entre lo divino o, simplemente, ante el conjunto de cosas que componen lo que el hombre llama su conciencia, los hijos creados por voluntad expresa pesan sobre ésta: de allí los principios de la educación paternal que procura realizar en el hijo un ser de provecho.

¿Todos los hogares, legalmente constituidos, y de vida aparentemente normal realizan esto?

He podido comprobar que es escasa la pareja matrimonial que vive dedicada a atisbar en los niños su íntima naturaleza, desarrollarla con inteligencia, amoldarse, sin perder la autoridad paternal, a la personalidad del niño.

Por lo general he comprobado una educación rutinaria, que lo mismo puede darla la madre que la institutriz, el padre que el tutor.

Esto, cuando no he presenciado dentro de los matrimonios toda serie de actitudes, destemplanzas y amoralidades, que los hijos reciben día a día dentro de la sagrada institución del matrimonio; escuela negra esta, para el tierno corazón infantil, que de entrada a la vida encuentra frente a sus ojos alegres la sombría expresión de dos enemigos: sus padres.

Considerado así, los hijos alejados del hogar primero no han de ser más desgraciados que los que en aquel ambiente se desarrollen y, sobre todo, si los hijos lo son de padres perversos, cualquiera sea la forma en que la vida de aquéllos se oriente, han de sufrir su desgracia.

No ocurrirá lo mismo si se trata de bellos espíritus, que, a pesar de todo esfuerzo, no hayan podido realzar en la vida práctica la conjunción de sus temperamentos.

Yo diría, pues, que el divorcio no agrava nada en la vida actual de las sociedades, donde el hombre y la mujer saltan frecuentemente por sobre los frenos legales con mayor ventaja, indudablemente, el primero que la segunda.

En cambio quedaría como puerta abierta para muchos casos donde el problema de los hijos no existe, o encuentra frente al sentimiento de los esposos una estimable solución.

Si la facilidad del divorcio propicia la perversidad de un ser de poca conciencia, debemos también convenir que en la actual legislación matrimonial esos perversos encuentran serios filones: tales son las fortunas femeninas de que el hombre se adueña mediante el matrimonio para administrarlas a placer.

Verdad es que, tanto la mujer como el hombre que se amen de veras, deberán abandonarse menos en sus mutuas atenciones y deberes; pero esto, lejos de ser un mal, puede contribuir a embellecer la vida matrimonial por la obra del arte, pues que, quizás dentro del matrimonio concebido como ideal, todo sea un delicado y minucioso arte.

Por lo demás, en cuestión de innovaciones sociales, nada tan práctico como observar los resultados de su aplicación.

Bien se ha visto que en los países en donde está implantado, ninguna amoralidad especial ha sobrevenido.

Las enemigas del divorcio deberían pues ejercitar su tolerancia en beneficio de tantas mujeres a quienes puede ser útil.

Si como una llama divina alienta en ellas la virtud del sacrificio, el heroísmo de la resignación, la pureza de la vida espiritual, razón demás para estar capacitadas para entender que sólo la verdadera bondad puede alcanzar esta virtud.

El divorcio, para quienes de él deseen aprovechar los beneficios; y la resolución privada perso-

nal, respetabilísima, de puertas adentro, de ser a solas con su conciencia, o con sus prejuicios, o con su heroísmo, o con su cobardía.

Es la tolerancia, por excelencia, la que expresa el grado de cultura de un pueblo.

Nuestras mujeres son muy inteligentes. ¿Por qué no darán a su inteligencia la elasticidad preciosa de las ideas?

*Alfonsina Storni*

---

**Los detalles; el alma**, 19 de septiembre de 1919

Las mujeres se visten hoy con grandes diferencias respecto de los hombres.

Mientras éstos han evolucionado hacia un traje práctico, de cierta severidad, sujeto por la moda a pequeñas variantes, los trajes femeninos permanecen estacionados, defendiendo rabiosamente las graciosas inutilidades, los detalles complicados.

Una mujer elegante de hace tres siglos no cargaba muchos adornos más que una dama moderna.

El hombre ofrece, por el contrario, en la actual manera de arreglarse, marcando diferencias: peinado, zapatos, medias, sombrero, cuellos, puños, apenas si conservan reminiscencias de la antigua coquetería masculina.

¿Y esto?

Bien sencillo.

Al referirnos a las modas pasadas nos ocupamos puramente de determinadas clases sociales, las que tenían vida propia, los libres; es decir, las clases elevadas.

Bien pues; estas clases, suprimidas las guerreras, vivían ociosas; era pues indispensable preocuparse de cualquier cosa: el atavío, la vida galante, el detalle complicado, la novedad trivial.

La simplificación del traje masculino es hijo de la democracia.

Mezcladas en cierto modo las clases sociales, repartida más equitativamente la propiedad y el trabajo, la indumentaria masculina igual, en sus formas, para todas las clases sociales, consulta una serie de necesidades de la vida moderna.

Lo probarían la cantidad de bolsillos de los trajes masculinos, bolsillos cuya cantidad nunca fue mayor en anteriores costumbres.

La mujer, en cambio, por mucho que se haya mezclado a la actividad moderna no ha perdido, todavía, ciertos aspectos, trabas, particularidades de antiguas modas.

Sea que en verdad es mucho más conservadora que el hombre, sea que las cosas menudas, ligeras, delicadas, exaltan su feminidad, sea que le agrada cubrirse, en el traje, de numerosos, complicados y frágiles velos, como por herencia se cubre el alma, sea por lo que sea, la indumentaria femenina no ha evolucionado casi nada y sigue siendo incómoda, poco higiénica y a menudo antiestética.

En ciertos pueblos avasallados por la actividad femenina se está dejando sentir, sin embargo, una transformación del vestido de la mujer.

Esto no es, por el momento, muy alarmante; no hay que asustarse.

Una elegante mujer con su traje *tailleur* sencillo y práctico no está, todavía, tan masculinizada, como afeminado estaba un sedoso caballero de peluca y pantalón corto, caballero que, como elegante era aceptado, y ante cuya dama un hombre vestido como en nuestros días no hubiera podido presentarse sin ser corrido a burlas.

El taco alto del zapato, por ejemplo, que mujeres y hombres han usado, es uno de los detalles del chic femenino que las mujeres han defendido más tenazmente, mientras que los hombres lo han reducido a cierta medida lógica.

Pero no siempre, por cierto, hombres y mujeres llevaron tacos.

Los antiguos egipcios, los griegos, los romanos, los persas, los asirios, que desde tiempos remotos usaron calzado, ya en forma de sandalias, esarpines, especie de sacos de un solo pedazo de cuero, y aun de semibotas guerreras, no conocieron el taco.

Su uso data desde hace sólo algunas centurias.

A principios del siglo XVI parece iniciarse con cierta timidez para cobrar audacia a fines del mismo siglo, siendo las mujeres, en virtud de la pequeñez con que favorece al pie, las que lo usaron desde entonces con más atrevimiento.

Los zapatos de los hombres fueron, sin embargo, tan complicados como los de las mujeres y no sólo los llevaron de cuero negro y oscuro sino de los más brillantes colores y extravagantes modelos.

El zapato que usaba Luis XIV, por ejemplo, conocido con el nombre de zapato Molière, por haberlo usado este personaje, se sostenía sobre un alto tacón y en forma de semicírculo o abanico, un lazo grande se abría sobre el empeine.

Los que llevaba el clero, menos en tiempos de los dos reyes que a aquél siguieron, tenían el taco revestido de tafíete colorado y se sabe que mujeres, en tiempos de Luis XV, los llevaron hasta de diez centímetros de alto.

En España, durante el reinado de Carlos III, se usó también en el taco rojo la hebilla cargada de pedrerías. En Alemania este mismo taco estuvo de moda en el siglo XVIII y en Italia en tiempos de Luis XVIII.

Desde el siglo pasado el hombre usa, a la estética gracias, solamente botines de cuero de distintas clases, discretas formas y bajos tacos.

La mujer, todos lo sabemos, continúa usándolos de seda, telas bordadas, de colores vistosos, para fiestas, y con frecuencia de tacos terribles.

Este taco alto tan combatido por los higienistas y tan dulce a nos, tiene la bella tarea de desviar la columna vertebral echando el cuerpo hacia adelante, con el objeto de hallar el centro de gravedad necesario al equilibrio; molesta, además, y muy seriamente, delicados órganos contenidos en la cavidad abdominal, amén de producir esos graciosos espectáculos callejeros de damas que danzan sobre sus elegantes zancos un tembloroso minuet.

Únense a las delicias del taco las del corsé, que deforma la caja torácica hundiendo las últimas costillas y presionando, de tan mala manera, los pulmones.

El mismo corsé comprime el estómago, dificulta los movimientos intestinales y afecta el funcionamiento general de casi todos los órganos internos.

¿Qué pensamos mientras tanto de estos tiranos que deforman día a día la belleza femenina y empobrecen su vitalidad?

No pensamos nada.

Estamos muy preocupadas con el feminismo que, por lo visto, intenta destruir una feminidad ya destruida.

Y es que, en verdad de cuentas, la mujer hasta ahora ha tenido como principalísimo fin agradar.

Todo en ella, hasta sus más grandes sentimientos, han sido avasallados por esta su pasión de agradar, alrededor de la cual, desordenada y vertiginosamente han zumbado todas sus demás tendencias.

Todas las cosas inútiles de que la mujer se carga al vestirse no son más que trampas, más o menos inocentes, más o menos razonadas, con que desea atraer la atención masculina, lograr sus alabanzas, conquistar su admiración.

El citado corsé no tiene más objeto real que exaltar ciertos encantos físicos y modelar otros.

Pero no se crean culpables las mujeres modernas de algún grave delito; ellos así las quieren, así las exaltan, así las buscan.

Además no son las mujeres modernas las que han inventado sus actuales armaduras.

De otras Evas les vienen; junto con la herencia espiritual del sexo, han llegado las herencias materiales.

Como su cómplice el taco, el corsé emballeado data del siglo XVI, aunque en diversas formas, pero sin listones, se haya llevado desde antes de la civilización cristiana.

Catalina de Médicis lo extendió en Italia, al transportarlo de Francia, y su uso se generalizó bien pronto en toda Europa.

Desde entonces, y a pesar de toda voz alarmante, esta recia prenda no ha abandonado a la mujer.

Por más que se haya dicho que la efisema vesicular, la tuberculosis, la dilatación cardíaca, la úlcera

redonda del estómago, la dispepsia y otras distintas enfermedades pueden provenir fácilmente del uso abusivo del corsé, la mujer no se resuelve a perder su actual elegancia ficticia, convencional, exterior.

Acaso, mucho más que el corsé y los altos tacones, favorecieran la elegancia femenina sanos ejercicios, prudentes masajes, arte tan exquisito y saludable como la danza clásica, practicada como ejercicio.

¡Voy muy allá!

¡Es todo esto muy confuso!

Bien puede ser que yo tenga de las cosas un concepto demasiado personal.

Es que acaso sienta hoy una gran piedad por la mujer, es que acaso la ame ideológicamente tanto, que me vea obligada a atacarla para defenderla, para exaltar la mujer futura.

Es que desearía para ella la fuerza de un atleta, la delicadeza de una mariposa, la claridad del agua, el entendimiento de un filósofo, la gracia de una ninfa.

Es que la quisiera mucho más idealista de lo que es, y sobre todo, mucho más pura, mucho más completa.

¿Pero cómo puede ser puro el ser que anda siempre cargado con su máscara, porque la máscara es su mejor arma?

¿Qué lógica existe en el sujeto femenino que se desespera ante el hijito muerto, cuando ella misma ha impedido su libre desarrollo con tacos, corsés, etc.?

¿Qué claridad es la actual claridad femenina?

¿La de la ignorancia? Eso no vale nada.

¿La del recato? Este su recato a medias, con pequeñas restricciones, con pseudas ingenuidades, me

resbala por el alma como una cosa viscosa, blanda, incolora.

¡Qué embarullado está todo esto de la mujer!

¡Cuánta difícil tarea para golpearle en el alma; cuánta incompreensión masculina; cuánta torpeza amontonada!

A veces cierro los ojos y me pregunto angustiada:

¿Qué será de todo esto?

Termino.

Observo que hoy por hoy no se me podrá tachar de poco romántica.

Con una elasticidad realmente femenina he saltado, sin darme cuenta, del taco y el corsé a la lágrima.

¿Está demasiado mal?

*Alfonsina Storni*

### **A propósito de las incapacidades relativas de la mujer, 10 de octubre de 1919**

Heme embarcada de nuevo en este tema, bien burgués, bien moderado por cierto; incapaz, por ahora, de hacer descolgar la luna del firmamento que, un poco vieja y desdentada, sigue rodeando a la tierra sin saber que existe un país, el nuestro, donde entre muchas cosas raras existen unos códigos —fantasmas, misteriosos, que, como cosas sagradas, permanecen impenetrables desde hace varias décadas—.

Estos códigos, con sus disposiciones fósiles, hacen recordar cierto curioso hecho leído en uno de los tantos ratos de aburrimiento por que se atraviesa en la vida.

En tiempos de los últimos reyes de Francia (no recuerdo cuál) paseando por uno de los jardines palaciegos, observó un cortesano que, día a día, un hombre, parado en un mismo sitio, hacía guardia a algo, para él invisible.

Picado en su curiosidad, interrogó al hombre, recibiendo esta respuesta:

—Señor, hace años, en este sitio hubo un banco, al cual, en un día equis, le dieron una mano de pintura.

”Para evitar que las personas que por este jardín paseaban pudieran sentarse descuidadas, manchándose los trajes, se me dio orden de permanecer de guardia y dar voz de alerta.

"Pues bien, el banco se secó, y luego fui retirado de aquí, pero como nadie ha levantado mi consigna hace años que día a día hago guardia en este sitio."

De nuestros códigos podría decirse algo parecido, es decir, que hace años se dictaron resoluciones muy oportunas pero que, como el hombre de esta anécdota, están haciendo guardia a estados sociales desaparecidos.

El código penal, por ejemplo, está lleno de aberraciones inspiradas en un concepto dogmático del delito, concepto anquilosado que no consulta para nada la inquietud espiritual de nuestros días, las nuevas maneras de entender la naturaleza humana, los más modernos principios éticos y filosóficos.

El código civil, por su parte, consigna una inferioridad moral de la mujer bien molesta, aun cuando sólo la afecte en detalles.

El hecho de que la mujer no puede ser testigo en los instrumentos públicos probaría que se la sospecha incapaz de una autodisciplina severa, de un acto acabado de lealtad.

Verdad es que a veces la mujer peca del dulce defecto de zarandear a diestra y siniestra el rosado apéndice que las estrellas le han puesto en la boca para que encante la vida con sus deliciosas tonterías y sonoras risas, pero justo es reconocer que cuando este bello y ligero ángel es tocado por el entendimiento superior de las cosas, cuando se da a ejercitar toda la responsabilidad, el rojo apéndice se limita, se contiene, y palabras sensatas reemplazan el susurrante parloteo con que nos aturden las gentiles cabecitas huecas.

Aquí no hay más que una pequeña diferencia y es ésta: que hace algunos años, cuando los hombres envueltos en lúgubres sacos negros intervenían con su influencia directa e indirecta en el espíritu de los legisladores, se sospecharon éstos una cosa realizable; en parte ya realizada: la transformación de la mujer en un ser más útil, más responsable, más comprensivo, más severo. Y en todas formas, en el concepto público y privado, en la sanción social y en la letra de la ley nos castigaron, ¡oh mujeres! Por culpa de aquella Eva indecente y mal criada que no sabemos todavía qué cosas terribles ha tramado debajo del célebre árbol bíblico.

Bien, pues; nos declararon incapaces para ser testigos en los instrumentos públicos, para administrar nuestros bienes siendo casadas, aun cuando estos bienes fueran heredados, y así pasamos del papá al esposo buscando el "ardid" para vencer la letra de la ley.

Pero nada más que incapaces para estas, en realidad, pobres cosas materiales; nada más que incapaces para trabajar por nuestra cuenta, tener una libreta de ahorros, ser escribano público (una cosa que, por lo visto, debe ser muy grave y requerir alguna honestidad privilegiada), ser tutora de nuestros hermanos menores o sobrinos, etc.; nada más, vuelvo a decir, que para determinadas cosas que atañen a la vida inferior de nuestro ser.

Ay de nosotras, en cambio, si no fuéramos capaces de administrar algo mucho más importante que nuestros bienes: nuestra conciencia, nuestra vida íntima, nuestra persona toda, el conjunto de cosas que los hombres llaman nuestro honor.

Entonces nuestra incapacidad no existe. Para administrar, si así puede llamarse, nuestros sentimientos se nos supone toda la capacidad; en este sentido nos creen más capaces que el hombre puesto que, a mayor conciencia del delito corresponde mayor castigo, y todo castigo, en las fallas de esta administración, cae sobre la mujer.

A propósito de esto dice Bourget: "Uno de los cinismos más singulares del hombre consiste en pretender que la falta cometida por la mujer, es peor que la suya, porque la de aquélla puede tener consecuencias de procreación, como si de esta procreación no fuera él su causante".

¿Pero a qué seguir escribiendo? Voy a ponerme a levantar montañas y se me van a quebrar los brazos.

Cuando una mujer echa su alma afuera y no tiene miedo a la verdad y dice lo que todas las demás piensan, pero callan, caen sobre ella los veinte siglos acumulados de un hermoso pensamiento que los hombres han torcido, enmarañado, explotado: el Cristianismo.

Los hombres más claros, las mujeres más inteligentes no pueden substraerse a ciertas ideas, principios, orientaciones, sobre los que tienen construida su íntima naturaleza, y de los que están impregnados la literatura, el ambiente, las artes todas.

Estas simples incapacidades que la ley consigna destiñen sobre las cosas.

¿Las borrará nuestro Congreso?

¿Harán nuestros legisladores honor a la mujer argentina, a quien tanto ensalzan, suprimiendo del viejo código las palabras que la deprimen?

¿Querrán así empezar a destruir un prejuicio no digno de la América libre?

Y aparte de la ley ¿podrán los hombres de hoy ayudar de buena manera a la transformación de la mujer?

Acaso pueda hacerlo, únicamente, quien recuerde con dulzura que es hijo de una mujer, que su esposa es una mujer, que sus hijos pueden ser mujeres.

Ambos sexos debiéramos marchar unidos en la vida, unidos de bella manera. No se trata de competencia de sexo a sexo. No se trata de rivalidad intelectual e industrial.

Se trata de ponerse en la verdad sirviéndose, para ello, de los elementos espirituales que la civilización ha dado al hombre.

La mujer y el hombre han nacido libres. Frente a la naturaleza pura ellos son dos seres complementarios cuyo objeto es perpetuarse y que son, por igual, responsables e irresponsables —si alguno de ustedes quiere aguzar el sentido filosófico de la vida— de los hijos que engendran.

Esta igualdad que le ha sido quitada a la mujer, por circunstancias largas de enumerar, le debe ser devuelta en buena forma, en dulce forma, y por el hombre mismo. Con dulzura, no me canso de repetirlo, con entendimiento y afecto humano.

¿Quién no ha oído por las calles decir frases groseras a una mujer próxima a ser madre?

Esta horrible malicia que el muchachote pone en su frase obscena, me ha herido al escucharla dirigida a una mujer, en forma realmente violenta. Es que esa frase es nuestra época. Ah, no pasamos toda-

vía de ser un sexo al que vivimos permanentemente atadas, deprimidas.

Las mujeres que entendemos esto, que sentimos la vergüenza de esto ¿cómo no hemos de querer que la vida de nuestro espíritu ocupe un plano luminoso y que se nos olvide, lo más que sea posible, en toda esa cosa turbia, dislocada, contradictoria, cruel, que hace de la mujer el ídolo y el demonio, la causa de todas las locuras masculinas y todos sus desprecios?

Claro está que aspiramos a ser la amiga del esposo, su más íntima amiga, la que comparta con él todas las responsabilidades de la familia, capaz de hacerse cargo de los hijos si él desaparece. Esta desigualdad actual con que la ley afecta a los dos componentes de la familia no sólo perjudica a la mujer, perjudica al hombre en sus hijos, favoreciendo en ella la tendencia al ocio, a la vida social, a la frivolidad, y en él la codicia, la falsa autoridad, la disipación.

Hay que dar a la mujer toda la libertad económica posible, facilitándole el acceso a todo trabajo lícito para liberarla de la mala vida.

Hay que borrar el absurdo prejuicio que desprecia a la mujer que es madre, fuera de la ley.

Hay que borrarlo siquiera por interés social, por patriotismo, por humanidad; hay que borrarlo en nombre del hijo que es un ser de quien la sociedad ignora lo que puede recibir; hay que borrarlo para que este ser pueda ser educado libremente por la madre, sin trabarle la vida económica, señalándola vergonzosamente, obligándola con frecuencia al crimen.

Amigas mías: aires nuevos pasan por el mundo. Bello es abrir los pulmones al aire oxigenado,

llenarse el pecho de perfume, mirar la vida con claridad desde los planos superiores del pensamiento; la honestidad es una cosa íntima e intangible; ni la ley la aprisiona, ni el concepto público, por vil que sea, la destruye.

El concepto público sólo podrá hacer una víctima más; basta de víctimas; estamos hartos de víctimas. Piedad queremos.

Hay una gran piedad en el fondo de cada ser; lo que cuenta, lo que es difícil, es levantar las pesadas capas con que esa piedad se cubre. Lo que no siempre se puede hacer es llegarse al alma desnuda del hombre, despertarlo de su mal sueño, decirle dolorosamente y en voz baja: mírate; te crees libre y estás cargado como un pobre esclavo. Estas cadenas que no ves pero que arrastras, son las ideas inútiles con que otros hombres te mantienen; esta sed insaciable que te mantiene a ras de tierra, tu egoísmo, que es tu mayor torpeza; este paño negro que te venda los ojos, tu cobardía, que te impide ponerte frente a la verdad y despojarte de un golpe de tanta pesada armadura bajo la que mueres, pequeño y vulgar.

A esta maltrecha vida, tan bella en su idealidad, tan enorme en maravillas, tan rápida en su curso no hay que entenebrecerla; piedad, comprensión, tolerancia, igualdad, amor; he aquí la primavera espiritual que debiera llenarnos el camino de rosas.

¿Quién no ha pensado que no somos más que la llama pequeña que el viento apaga, que la gota minúscula que la tierra traga, que el relámpago luminoso que la tormenta consume?

¿Quién no ha pensado que todas nuestras tragedias no valen ante la naturaleza más que el peñas-

co insensible que se derrumba, o la tierra inconsciente que se agrieta?

¿Quién, en una noche límpida, con los ojos clavados en el cielo, no ha sentido descender a un corazón una gran piedad humana, una lástima profunda por todo lo que vive?

¿Quién no ha sospechado que detrás de lo que sus ojos alcanzaban, un conglomerado inmenso de mundos, de seres, de vidas invisibles, misteriosas, eternas, hervía en el infinito?

Y quien ha pensado esto, y quien lo ha sentido ¿no bajó de golpe a la vida material de los hombres, como a un pozo donde el oxígeno falta, como a una cárcel estrecha y miserable?

¿No sintió acaso deseos de entrarse a los códigos espada en mano y tajar, como un ángel vengador, todas las monstruosidades que los prejuicios humanos han acumulado en ciertas leyes?

Mientras más se eleve el hombre en la concepción general del universo, en la alta filosofía de la armonía cósmica, más convencido estará de la necesidad de revolucionar las cosas de aquí abajo.

Y a mí, como mujer, la mujer me interesa principalmente ya que ésta viene soportando una sanción artificial que la ha señalado casi siempre como la prueba viva del deshonor, la fuente malsana del pecado, y el individuo zoológico que soporte, en determinados casos, la maternidad como una vergüenza.

Por algo hay que empezar: la expresión de las incapacidades legales que afectan a la mujer ya es un paso; nuestra voz debe llegar hasta el Congreso, donde están quienes nos representan, y exigir con la entereza y tranquilidad con que saben hacerlo los pueblos dig-

nos esta primera prueba de que la civilización es un hecho, esta sanción de la ley, que ya tendería, en lo que abarca, a devolver a la mujer su condición primitiva de ser nacido libre y, sobre todo, muy capaz de hondas noblezas, de extremas dulzuras, de férreas disciplinas como lo han probado siempre que se les ha hablado en serio, que se ha creído en ellas, como lo han demostrado en los momentos más amargos que los hombres sufrieron.

Ojalá entiendan, quienes pueden, cómo sería de dulce entre los humanos toda la justicia.

*Alfonsina Storni*

---

**Los defectos masculinos**, 24 de octubre de 1919

No os asustéis, mujeres: no son muchos ni muy feos. Pequeñas tonterías, así como las vuestras; cosas que salen al ir viviendo, se encadenan...

Una encuesta realizada en Francia (vosotras sabéis cuán sagaz es la mujer francesa) os dará un cuadro curioso: el orden en que aquéllas han clasificado defectos del sexo-rey.

Aquí los tenéis:

En primer lugar: el egoísmo.

En segundo: los celos.

En tercero: la infidelidad.

En cuarto: la intemperancia.

En quinto: la cobardía.

En sexto: la inmoralidad.

En séptimo: el despotismo.

En octavo: la cólera.

En noveno: la fatuidad.

En décimo: la pereza.

Si creyéramos aquello de que "vox populi, vox Dei" tendríamos, simpáticas mujeres, que el más terrible defecto de los hombres es el egoísmo.

Claro está que este egoísmo no se refiere a cosas materiales, como el dinero por ejemplo: indudablemente las mujeres que contestaron a la encuesta se han referido al egoísmo específico del género hombre.

Así entendido era indudable que al defecto clasificado como el más importante en el hombre siguiera el de los celos que será un derivado directo de aquél, una de sus formas más visibles.

Recuerdo haber oído decir a un hombre de altos sentimientos que lo más bello que el hombre tenía era su feroz egoísmo para con la mujer.

Pretendía que todo profundo amor a la mujer suponía ese egoísmo. ¿No es así?...

En cuanto al tercer defecto, la infidelidad, es también otra rama del primero.

¿Por qué es infiel el hombre?

Sin entrar a analizar la naturaleza verdadera del ser humano, lo que nos haría cambiar el valor de los términos, tomemos las cosas tal como las circunstancias quieren que sean.

Cuando dos seres se prometen amor, va sobrentendido que se prometen fidelidad.

Dentro de las alternativas que puede sufrir un sentimiento de esta naturaleza es frecuente que el mayor número de las mujeres sean fieles a su juramento y el mayor número de los hombres no lo sean.

Es lo primero, en la mujer, un aspecto de su naturaleza que la hace sacrificar una crisis del instinto a un juramento sentimental.

En el hombre triunfa, generalmente, el egoísmo de la especie.

¡Este egoísmo, que acaso dentro de la naturaleza sea una alta virtud creadora, es ante el mundo espiritual femenino un gran defecto; ya lo veía, el tercero en lista!

Sobre la intemperancia masculina, cuarto defecto, según la encuesta, se ha escrito mucho.

Conocida es aquella teoría de que el hombre es más intemperante que la mujer, porque sus pasiones son mucho más violentas. Sin embargo, ocurren cosas curiosas: médicos amigos me informan que las mujeres resisten el dolor físico mucho más que los hombres; pareceríamos observar con esto que hay cierta fortaleza femenina cuyo grado de voluntad resistente tendría un punto invariable de comparación: el dolor, igual en hombres que en mujeres.

Sin embargo, oh bellas mujeres, debo daros un disgusto: hay también para esto otra teoría; que el sistema nervioso femenino percibe menos dolor, en iguales condiciones y circunstancias, que el sistema nervioso masculino.

Ya veis, dulces mujeres, cómo hasta en la ciencia hay política.

En cuanto a los demás defectos apuntados con excepción de la fatuidad, carecen de línea propiamente masculina.

A propósito: la fatuidad ocupa en la encuesta el noveno lugar; me parece que está un poco trasmano.

Hay más hombres fatuos que hombres despóticos, o coléricos.

La fatuidad es en el hombre una especie de instinto de la ridiculez muy característico.

El hombre suele nacer ridículo como la mujer suele nacer coqueta.

¿Cómo han olvidado en la encuesta este defecto?

En fin, exacto o no, queda como curiosidad de lo que piensan las mujeres francesas sobre los defectos masculinos.

*Alfonsina Storni*

---

**En contra de la caridad**, 14 de noviembre de 1919

La vizcondesa de Astor, que aspira en Inglaterra a un puesto en la Cámara de los Comunes y que es multimillonaria, se ha pronuncia en contra de la caridad.

Para una mujer esta opinión es ya mucha cosa, para una millonaria es verdaderamente pensamiento excepcional.

Sabido tenemos que hay un concepto bien generalizado en las organizaciones sociales defectuosas; crear el pobre para darle la limosna.

Es que acaso haya alguna fruición en dar limosna al miserable: tal hecho, por comparación, haría paladear así la propia situación privilegiada.

Ha dicho la condesa de Astor que la caridad no sólo rebaja a quien la recibe sino también a quien la hace.

Este pensamiento que no es original, pues pertenece a todo corazón bien puesto, y responde a un sentido claro de lo que debería ser una perfecta organización social, merecería ser colocado en grandes carteles en nuestras ciudades donde una escasa —“oh, muy escasa”— conciencia de los derechos humanos, y donde un sentido bien rudimentario de la hora presente hacen creer a grupos crecidos de buenas gentes que las colectas, incluso la última gran colecta nacional, hecha a grandes palabras, realizada a fuertes

tirones, a lentas insinuaciones persuasivas, a esperanzas célicas y horrores al azufre, como también todo el largo cortejo de listas, tómbolas, ligas y festivales podrán llenar los huecos enormes que dejan nuestras pésimas instituciones nacionales.

Yo no digo que estas cosas no puedan ser bien intencionadas. Lo serán con frecuencia. Lo que creo firmemente es que son vergonzosas.

En una República, es decir, en un gobierno donde el pueblo es responsable de sus gobernantes la limosna, la caridad, debían ser desterradas.

Una sabia legislación emanada de los representantes del pueblo está en la obligación de dar a cada hombre lo que dentro de una democracia le pertenece.

Pero si la mayoría no entiende esto, ni se da cuenta de esto, ni le importa esto y no aquilata en forma precisa que tiene en las manos el medio formidable de conseguir aquello: el voto, es, en verdad una mayoría digna de la caridad y la limosna que le dan sin ningún pudor, sin ninguna duda, y que recibe también sin ninguna preocupación.

*Alfonsina Storni*

---

DIARIO *LA NACIÓN*<sup>2</sup>

---

---

<sup>2</sup> Los artículos seleccionados fueron publicados en la sección Bo-  
cetos Femeninos.

---

**Las crepusculares, 30 de mayo de 1920**

De 17 a 18 de la tarde, a la hora elegante en que la luz huye de las calles de Buenos Aires, y se encienden los focos de las grandes casas, por la calle Florida se mueve una romería de gente.

Ellas, las refinadas porteñas crepusculares, caminan por las aceras: ellos van por la calle.

En las esquinas, frente a los negocios, al lado de los escaparates, numerosos grupos de jóvenes miran ondular a las muchachas sobre sus altos tacos.

Los pies de aquéllas son una especie de extendida epidemia en marrón, en azul o en topo: los zapatos se han enfermado de estos tres colores y las medias dóciles se dejan contagiar también por los tonos de moda.

Transportan estos zapatos a sus dueñas, dos o tres veces a lo largo de la calle Florida y las depositan frente a las grandes tiendas de vistosos escaparates.

Allí están las sonrientes muñecas con las plantas rígidas dentro del muerto y frío zapato, vistiendo lujosos kimonos, regias salidas de teatro, severos vestidos tailleur, graciosos visos de seda, bordados y espumosos peinetones, etc.

Y las muñecas dicen, así, tan tontas como parecen:

—Entre usted, señorita paseante.

Arriba las hay de carne y hueso y se pasean, y llevan espléndidos vestidos que se pueden apreciar por los cuatro costados. Por la derecha, señorita, tome usted un ascensor, ¿se anima?

Y los zapatos azules, marrones o grises transportan entonces a sus dueñas hasta un ascensor, en el cual pende un cartelito que dice: modelos a tal, tal, y tal hora.

### El piso codiciado

El ascensor, que es inteligente, sabe que de 17 a 18 deberá detenerse muchas veces en un piso especial.

Los zapatitos en epidemias lo han golpeado nerviosamente mientras hacia allí los transportaba, y él ha aprendido el lenguaje de sus suelas.

Es por eso que, a la menor presión del botón, se para y deposita su preciosa carga en el codiciado lugar de las muñecas de carne y hueso que ofician de modelos.

Y a su vez allí, los zapatos vuelven a pasarse de un lado a otro y se detienen, ya frente a un reloj, ya frente a un maniquí, ya delante de una muñeca de porcelana.

Entonces se dan cuenta de que en el piso, y aguardando también, hay una gran cantidad de zapatos. Se miran unos a otros en tono de desafío y cada uno arguye su defensa:

—Yo tengo una hebilla original; yo mi elegante ribete blanco; yo un taco como para zapato de avispa...

De vez en cuando un tosco zapato negro se mezcla a ellos, pero comprendiendo pronto su democracia zapateril, va a ocultarse humildemente a un rincón de la sala, mientras el desafío de los elegantes continúa.

### La ola

A medida que las manecillas del reloj giraban hacia la hora indicada, en el cartel del ascensor para la aparición de los modelos, va aumentando y agrupándose la cantidad de zapatos, hasta formar una ola compacta que se distribuye en dos corrientes: una a derecha, y otra a izquierda de un camino trazado por dos gruesos cordones que continúan a lo largo del salón el trayecto de una angosta alfombra.

Cuando las manecillas señalan la esperada hora las miradas se dirigen hacia un cuarto especial cuya puerta debe abrirse.

Ya está.

Aparece por fin una mujer, alta, elegante, garbosa y la acoge un murmullo prolongado.

Con una mano puesta en la barba y la otra graciosamente aposentada en la cadera, avanza cadenciosa entre las dos filas de espectadores.

Y la ola, como un cuerpo que no tiene voluntad, se mueve con ella, la sigue contemplándola.

Se atropellan los zapatos unos contra otros. Todos quieren ocupar la primera línea.

Quieren observar de cerca el peinado, las medias, la tela, el bordado, el lazo: todo lo que la modelo lleva encima, y continúa siguiéndola a lo largo del

salón. (Con una modelo no hay necesidad de guardar las buenas formas y no es ya caso de una mala educación recorrerla con la mirada de arriba abajo.)

Y la modelo, como compenetrada de la influencia decisiva que ejerce sobre las damitas crepusculares, se contonea más y parece decir a la ola con una sardónica sonrisa: "Ahora a la izquierda, ahora a la derecha, para atrás, para adelante, damitas crepusculares..."

Y las damitas, no menos dóciles a sus órdenes que los planetas a las del sol, describen la misma órbita que la muñeca de carne y hueso que lleva un vestido a la última moda y después de lucirlo un momento se pierde en el cuartito de donde salió dejando atrás suyo una fuga de zapatos distinguidos hacia el ascensor.

### El regreso

Luego las crepusculares, saturadas de ideas para el nuevo vestido de la temporada, atraviesan de nuevo la calle Florida luciendo una vez sus lujos. Se detienen en una confitería de moda a tomar un liviano aperitivo alcoholizado y satisfechas de su excursión se distribuyen en automóviles, tranvías y coches y se vuelven a sus hogares convencidas acaso de que el paraíso es un lugar con ascensores y muñecas lujosas que caminan ondulando...

*Tao Lao*

### Las mujeres que trabajan, 20 de junio de 1920

En la Capital Federal trabajan, según el último censo, más mujeres de lo que a simple vista se sospecharía.

Sobre un total de 1.132.352 personas que ocupan su tiempo en diversas tareas, con profesión determinada, o sin ella, 505.491, casi la mitad, son mujeres.

Pasan, sin embargo, de 200.000 las mujeres que trabajan sin profesión determinada, aunque alcanzan también a 170.000 los hombres que se hallan en iguales condiciones.

He aquí, por orden de profesión e importancia numérica, las profesiones y los oficios más concurridos:

#### Personal de servicio doméstico

Respetando la democracia, alta señora de la cantidad, abren el cortejo las mujeres del personal de servicio... Pasad, estiradas españolas de bustos de madera, pulcras francesas de buen sueldo y poca tarea, largas inglesas de ojos fríos, contadas criollas de brillantes zapatos y largos domingos, robustas italianas de buena cocina, menudas japonesas decorativas... Pasad con vuestras armas al hombro: escobas, plumeros, cepillos, sapolios, jabones, linos, llaves, etc.

Sumáis un ejército de 79.781 mujeres y estáis, gracias al número, en mayoría absoluta, sumando casi los cuatro quintos del personal doméstico total.

### Las educadoras

El capricho femenino quiere que el segundo grupo importante de mujeres que tienen mayoría femenina en sus ocupaciones esté representado por las educadoras. El salto es brusco, pero ya lo dijo Dickens, que a ellas no les gustaba hacer las cosas a medias...

Así, pues, las maestras, directoras y profesoras de enseñanza secundaria, que son casi 6.000, representan las tres cuartas partes de la cantidad general de educadoras.

En las demás tareas que se relacionan con la instrucción y la educación, las mujeres descienden bruscamente de proporción, para representar apenas un tercio del total: esto ocurre en la cifra englobada por estudiantes, celadoras, institutrices, y profesiones diversas.

### Las telefonistas

Son pocas, pero bravas y acaparadoras: ¡668 mujeres entre 121 muchachos!...

Esto explica la algaraza de los tubos cuando uno se los aplica contra la oreja...

### Las profesiones sanitarias

Dentro de esta profesión general se llevan mayoría absoluta las enfermeras y parteras.

Englobadas con otras especialidades pasan de 2.000 sobre un total de 7.176 personas.

Esta proporción, respetable, no deja de tener algún parentesco con la abrumadora mayoría de las domésticas, pues una enfermera suele ser la etapa más inteligente de una progresista fámula.

### Industrias y artes normales

Las mujeres que se dedican con frecuencia a los oficios de aguja, y exceptuando el de sastre, tienen en todos ellos la mayoría absoluta.

También constituyen mayoría en la tarea de cigarreros, aparadores de calzados, empaquetadores, hiladores y telaristas, peinadores y posticeros, planchadores y plegadores, y lavaderos.

Cerca de 70.000 mujeres están ocupadas en las más variadas industrias de la Capital, sin excluir las tareas de maquinista y minervista, realizando la cuarta parte de la actividad industrial.

### Letras y ciencias

Puede calcularse aproximadamente que, de cada 300 mujeres que trabajan con profesión determinada, una se ocupa de ciencias y letras, representando así un tres y fracción por mil en esta actividad femenina.

El hombre, con relación a sus otras tareas, representa casi el ocho por mil.

Y la sexta parte del total de los cultores de las letras y ciencias es femenino.

### Bellas artes

Aquí ya la proporción desciende a la séptima parte, siendo 1.078 el número que representa a las mujeres, sobre un total de 7.686 artistas.

Pero no es ésta la más baja proporción como se verá en seguida.

### Comercio

En el comercio la mujer está menos representada de lo que se sospecharía: apenas 11.711 mujeres, sobre un total que se aproxima a cien mil almas dedicadas a esta actividad, lo que significa una octava parte larga, femenina, de la cantidad total.

Las dactilógrafas tienen mayoría dentro de esta rama del trabajo.

*Tao Lao*

### La impersonal, 27 de junio de 1920

¿Quién es la impersonal? Todos la conocemos: es la eterna imitadora, abundante en toda gran ciudad y superabundante en la pequeña ciudad que de gran ciudad oficia.

Es la muchacha que imita a sus heroínas de novela, y se suicida por un fútil amorío o lleva en verano sombrero de terciopelo, y en invierno zapato de seda; es la muchacha que imita el peinado de su señora y la señora que imita la esfinge desde un palco caro, y la empleada que quiere ser confundida con la niña bien que se viste como su artista preferida, y la artista que se empeña en parecer una colegiala, y la colegiala que une a su cabello suelto los tacos desmesurados.

La impersonal circula a cada paso por las calles de Buenos Aires, busca como las cañas, como ellas flexibles al halago, como ellas alargadas de inútil orgullo, de obscura vanidad.

Si los figurines señalan una moda nueva, que obedezca a necesidades materiales o psicológicas de otras civilizaciones, la impersonal la adoptará de inmediato sin consultar ni su comodidad, ni sus medios, ni si conviene a sus tareas.

Y si la impersonal es completamente pobre, caerá en la ridiculez de dar las formas más novedosas a telas viejas y ajadas, arrastrando así, sobre su propio

cuerpo, la tristeza de su pobre alma expuesta a la mirada aguda del que pasa.

Si la impersonal es novia, exigirá de su futuro esposo la casa regiamente puesta de su amiga "Z", y no querrá casarse sin que las bodas adquieran un brillo tal que eclipse a las de "X".

Si la impersonal es madre, sacrificará a sus criaturas vistiéndolas con ropas que traben sus libres movimientos, porque la línea elegante de un trajecito visto en Palermo así lo exige, o cargará a su niña con una capota ridícula llena de lazos y plumas, o vestirá de seda a los pequeños para que jueguen en la arena, o les dejará sufrir frío porque las medias cortas quedan bonitas y llegará hasta pintar la cara de sus criaturas para que aparezcan más bellas que las de sus vecinos.

La impersonal ocultará sus ideas, si las tiene; su origen, si no es ilustre; su pobreza, su oficio, sus lecturas preferidas, sus gustos personales.

Hablará como los demás hablan, adoptará la misma letra que los demás, dirá sus mismas frases, no se atreverá a defender a su amiga calumniada, ni sostendrá una idea con firmeza, si esta idea, en sus labios, parece apagar lo que en su círculo se llama femenino pudor.

Y, en resumen, la línea de la impersonal, en cualquier categoría social que se la encuentre, estriará en la ausencia de fuerza sentimental.

Sí, porque sacrificar la íntima vida del cuerpo y del alma a los detalles externos no es ya carecer solamente de originalidad intelectual, sino de la fuerza sentimental necesaria para hacer prevalecer la propia conveniencia y la propia defensa a las sugerencias frívolas del ambiente.

Digamos que en Buenos Aires la impersonal tiende a desaparecer aun cuando con tanta frecuencia se tropiece aún con ella.

Porque la civilización es un trabajo de clasificación; así, a mayor número de impersonales corresponde menos civilización, y a menor número de impersonales mayor civilización.

Así, conquistar la personalidad, que diferencia y separa, es adueñarse de la propia alma y escucharla, atendiendo a las voces más sanas, hondas y fuertes de la vida.

Pero como la impersonal no ha comprendido esto todavía, no tiene ni el respeto de sí misma, ni el respeto de la ajena personalidad.

Es por eso que lo que más gracia le causa es el espectáculo de un alma que se asoma sin miedo al rostro, a la palabra o al gesto.

*Tao Lao*

---

**La costurerita a domicilio, 5 de julio de 1920**

“Sale a la calle a la misma hora en que lo hacen las estrellas...” Esto ya está bastante bien y ha hecho gastar sesudas carillas a los poetas lánguidos.

Demuestra, cuando menos, una dosis de buen gusto que no escasea en la chica: gracioso peinado, copiado a las personitas que forman la aristocracia de su barrio, y observado prolijamente en el cine, gracias a la bienaventurada fila de adelante, que, para fortuna de la costurerita, no está más allá de medio metro y permite ver hasta cómo se hunden las horquillas en la envidiada y elegante cabeza.

Trajecito obscuro, lo que afina la silueta y le da cierto chic; detalles imitados a las mismas artistas de cine; zapatos y medias caros —un sacrificio de la familia—; carita fresca y un poco tosca; esas cosas que tiene la inmigración.

Nada de sombrero; guerra al sombrero; abstención heroica del gremio, propiciada por los puños del padre, obrero orgulloso de su condición y pronto a descargarlos sobre la muchacha a la primera intontona de llevar sobre su cabeza esa cosa ridícula que él satiriza en una frase dialectal dedicada a la niña fifi que encuentra a su paso...

**El atado**

La costurerita lleva un atado que la delata.

El atado antes de ser envuelto en papel madera o en hule negro (último procedimiento de buen gusto) ha sido bien comprimido. ¡Qué de enojos entre las rosadas, celestes y blancas prendas estranguladas, incrustadas unas en otras, bajo el nervioso piolín, obligadas a una promiscuidad de cárcel de gobernación!

En el tranvía la costurerita lo pone sobre su falda y calcula el precio de las docenas: poca cosa: el hilo está caro, hay muchas costureritas, el trabajo no es permanente...

Y el tranvía la arrastra a través de la ciudad, bajo el paquete, escasamente promisorio, y que procura hacer lo menos visible que se pueda.

**El pozo**

¡Oh costurerita! Tu destino no es muy amplio, ya que el pozo en que te ahogas es una corbata...

No me ocultarás que tú perteneces a la categoría femenina que se enamora del hombre y no de “un hombre”, y que el hombre que te atrae, así, en abstracto y sin personalidad definida, está representado por una corbata elegante.

No me digas que no; es una corbata que a su vez representa un sueldo de empleado de doscientos y doscientos cincuenta pesos y que realiza para ti la ejecución de un sueño dorado.

¡Luego el muchacho de la corbata tiene tan linda letra! ¿Te acuerdas de aquellos pequeños sobres?

Oh, la "S" de la palabra "Señorita", primer arranque de la pluma, cuando la mano, fresca aún, se inicia con garbo en el trazo... Y esas letras que se van afinando y que ahora no más parecen quedarse en la palabra "Señora", suprimida la "t" altanera que domina la palabra con petulancia, y la "i" del punto antipático, pues te hace burla, como si fuera una confirmación detestable.

En vano tus hermanos, muchachotes afiliados a las bibliotecas avanzadas, llegan a tu casa silbando el himno de los trabajadores, y si encuentran al hombrechito de la corbata en la esquina, lo mismo que tu padre con el sombrero de la niña fifí, se vuelcan por una pulla de dos... O te avisan, con una frase despectiva, que tu sueño dorado imita prolijamente al buzón en la calle, y que solamente la boca es demasiado pequeña para que le quepan las cartas del barrio... Sí; todo eso es en vano... La corbata es elegante y muy bien hecho el nudo... El traje que acompaña a la corbata es de irreprochable corte; las manos que salen de los puños, blancas y delicadas como los sueños de mujer; y el perfume que emana de sus cabellos, cuando se quita el sombrero, no tiene nada que ver con el olor nauseabundo que, en días de trabajo, trae tu primo, el carnicero, que te mira con tanta languidez.

### Los paraísos artificiales

La costurerita los tiene como cualquier otra, más que cualquier otra. Vaya a saberse por qué ella

necesita tanto de los paraísos artificiales...: Fenómenos, ha de ser, debido a la música que produce una máquina de coser en acción, bajo los mismos pies, durante algunas horas seguidas.

Parece que aún no se ha estudiado bien la influencia de ciertas músicas sobre el sistema nervioso; pero ésas son cosas de los sabios... Los paraísos artificiales de la costurerita están de acuerdo con la música que los provoca; así pues, no van muy allá: bailes de sociedad, noches y tardes de cine, algún picnic aislado.

En las tardes de cine, las costureritas se reúnen en grupos y se van a ver a las humildes norteamericanas que, como en los cuentos de hadas, son arrebatadas hacia el quinto cielo por un millonario; justamente como antes lo eran por un príncipe.

¡Qué de dar vueltas la cabeza en los intervalos!

¿Será aquél, el muchacho melancólico que está en la puerta, el millonario que viene en busca de la linda prima del carnicero? ¿Será el chauffeur que está en la calle, fingiendo que aguarda pasajeros, y que se ha parado allí, por extravagancia de aristócrata, nada más que a verla pasar?

¡Y aquellos bailes de los sábados por la noche, cuando el muchacho que baila mucho con ella le confiesa que es estudiante de medicina y ha venido a su barrio sólo por ella, sólo porque un día la siguió, a ella y a su paquete, a través de la ciudad, para descubrir el lejano nido en que vive!

¡Cómo crece, y se agranda, y se ilumina entonces la corbata!... ¡Ser la esposa de la corbata de un médico!

Oh morfina, cocaína, éter, opio y otras minucias de los paraísos artificiales: la costurerita, gracias a la música de la máquina, no os necesita.

Y no digáis que el mundo está mal hecho...

*Tao Lao*

**La madre**, 11 de julio de 1920

Esto que voy a referir no es un cuento; apenas si constituye el relato de un hecho simplísimo, común. Les ocurre con frecuencia a los individuos que el menor detalle, la más insignificante observación, recogidos en circunstancias dadas, adelantan su evolución espiritual de golpe. Haciéndoles comprender cosas y pensamientos que estaban en su mundo subconsciente, desde varios años, como madurando.

Esos hechos son a modo de nudos practicados en el hilo íntimo de aquella evolución espiritual, y el recuerdo tropieza continuamente con ellos.

Pues es el caso que tenía yo una prima a la que llamaremos Enriqueta, si nadie se opone.

Enriqueta, mi prima, era la muchacha más fría del mundo: ojos claros, tan claros que parecían perderse en la luz; pequeña nariz fina, labios que eran apenas una línea rosada.

No se sabía si era o no inteligente, pues no hablaba ni opinaba nunca.

Todo estaba para ella bien hecho y, cuando algo parecíale mal, su opinión se hacía sentir en la acción y no en la palabra.

En la escuela fue como otros tantos; un cerebro que recibe lo que otro da: fácil negocio...

Así, pues, Enriqueta vivía como al margen de la casa, sin estorbar, sin presionar, sin dar ni pedir.

En cambio yo era como una lámpara demasiado viva y monopolizaba el espacio casero, saltando aquí, diciendo un verso por allá, revolviendo opiniones, aturdiendo a preguntas, inventando mentiras novelescas; siempre andaba yo, por culpa de mi imaginación traviesa e inventora, con cuentas atrasadas que saldar.

La familia había convenido que yo era la gloria de la casa y llevaba mi cargo con cierta dignidad protocolar.

Es verdad que en aquel tiempo imaginaba que la gloria era cosa tan solemne y pesada que para evitar que el cuello se quebrara en un descuido, al soportarla, era menester llevarlo erguido, tieso; más o menos, como suelen hacerlo esas habilísimas mujeres que se ponen sobre la cabeza un gran atado de ropa y se balancean pacientemente para mantenerlo en equilibrio.

Enriqueta era, dentro de la casa, una valla opuesta a mi torrente; suerte de orilla que mira pasar el agua indiferente, y la limita sin esfuerzo.

Nos queríamos sin entendernos, acaso con mutua bondad, pero yo la querellaba continuamente.

Una mañana en que la vi saltar de la cama con gran agilidad, sufrí como una sorpresa.

Reí de ella en grande, aconsejándole con la superioridad que me daba la consideración de toda la familia nuestra, que se ejercitara en el salto, todos los momentos, pues un día de éstos, al querer levantarse se encontraría con que sus piernas no articulaban ya, transformadas en piedra.

Debo prevenir que ya comenzaba yo mis pinitos literarios y abusaba de la imagen y la comparación escuchándome satisfecha.

¡Aquella rara prima mía vio morir a su padre sin derramar una lágrima!... Vamos: tonta, fría y hasta mala.

Estuvimos luego separadas más de siete años.

Cuando la vida nos acercó de nuevo supe que se había casado... ¿con quién? Tuve la sensación de que su marido sería muy alto y muy flaco y me extrañó grandemente que se hubiera casado y sobre todo tuviera ya cuatro chicos.

Fui a verla.

Me recibió con su imperceptible risa de siempre; un beso en la mejilla más liviano que el roce de un tul; me mostró su casa con pocas palabras; me presentó a su marido que no era ni alto, ni flaco, ni pálido.

Su niña mayor tenía aproximadamente seis años. ¡Qué espléndida criatura! Acaso nunca la vi más bella: los ojos vivísimos, negros y profundos, contrastaban con el cabello rubio, caído en grandes tirabuzones; las carnes rosadas y firmes pujaban por vencer la piel en una potencia vital asombrosa... ¡Y era tan dulce!... Me enamoré de la criatura; repetía a mi prima a cada instante: no se parece nada a ti; la has robado; la cigüeña que te la trajo no trató contigo.

En cambio el hijito segundo era de lo más feo y desabrido que imaginar se pueda: muy roja la cara, los ojos azules y redondos como dos bolitas de vidrio; desviaba la mirada; casi blanco el cabello a fuerza de ser rubio, y hosco y reconcentrado como la madre.

Huyó de mí cuantas veces quise acercármele.

Los más pequeños me interesaron poco.

Cuando me retiré de la casa, y al recordarla en conjunto, se me aparecía como una sombra que des-

tacara una luz fascinante: la hermosa criatura aquella... La mayorcita... Los demás, incluso mi prima, no me habían tocado el corazón.

Volví a la casa, cargada de paquetes, una y varias veces.

Cuando entraba los chicos me recibían gritando alegremente: ¡la tía! ¡la tía! Pero la tía daba un tirón de orejas a éste, un beso a aquél, y poniendo sobre las faldas a la criatura maravillosa, le enseñaba versos, le acariciaba el cabello y le besaba la punta de las uñas.

Fue así como una tarde, mientras la criatura, como los gatos mimados, hacía un ovillo en mi falda, el niño de los ojos redondos y el rubio cabello como estopa, sentóse en un rincón de la habitación y con los ojos fijos y muy abiertos miró a su hermana en mis brazos...

Y yo, al contemplarlo inmóvil como una pequeña estatua, hosco y huraño como siempre, razonaba con mi clara inteligencia, con mi perspicacia de observación: está hecho de la misma piedra que la madre; allí se está quieto sin que un solo músculo de la cara se le mueva... Las bolitas de sus ojos como su alma... Hielo puro.

Fue entonces cuando mi prima se me acercó, y en voz baja, rápidamente como si las palabras se le escaparan, me dijo:

—Pobrecito; está mirando a su hermana en tu falda como una gulosina; porque es tan feo y defectuoso, ¿no lo acaricias nunca!

No podría expresar cómo fueron dichas estas palabras: gráficamente las representaría por una línea muy fina quebrada en ángulos.

Recuerdo ahora que la sangre me acaloró el rostro como si me hubieran sorprendido hurtando.

La vergüenza horrible, la vergüenza de no entender un sentimiento claro que estaba ante mis ojos ciegos, me estrujó el corazón.

Y aquella frase certera, precisa, que descubría la verdad mía y la del niño, me tuvieron como un instante anonadada.

Luego, de un salto estuve al lado de la criatura: le cubrí de besos los ojos torcidos y los cabellos ásperos y las manos rojas con desesperación...

Sí, yo era muy inteligente, muy perspicaz; decía muy bien los versos, pero el corazón humilde e instintivo de mi prima había entendido, y sin falla, mucho más que yo.

Desde entonces mis ideas sobre la inteligencia humana han cambiado mucho.

*Alfonsina Storni*

**La médica**, 18 de julio de 1920

Entre los tipos femeninos característicos de nuestro ambiente, la médica constituye uno de los más evolucionados.

Médicas son, en efecto, casi todas las mujeres que en nuestro país encabezan el movimiento de ideas femenino más radical, y médicas son las que abordan las cuestiones más escabrosas: problema sexual, trata de blancas, etc.

Esta liberalidad de ideas ya no extraña en nuestro medio y propiciada también por un crecido grupo de otras profesionales, se ha iniciado, pues, en parte, por el conocimiento de la materia humana, por el contacto diario con su infinita miseria, que es la puerta abierta a todas las aspiraciones ideales.

Obsérvase que cuanto más el hombre se acerca a penetrar y comprender las fuentes de la vida, más crece, acaso por convicción de su impotencia, el deseo de dejar en obras ideales las huellas de sus pasos.

Con frecuencia la vanidad personal, que es la propulsora y la palanca de la acción, no es más que la burda careta humana con que se oculta a sí mismo el íntimo deseo de no morir cuando el cuerpo muere, y de multiplicar la propia personalidad en la personalidad ajena, imprimiendo en ésta sus ideas y tendencias.

Luego la médica, en virtud de sus estudios, que le abren puertas para ascender a otros superiores,

era la llamada a abandonar más pronto que otras toda clase de falsos conceptos sobre la verdadera naturaleza humana, sobre las pasiones, debilidades, caídas morales, etc.; sobre todo ese obscuro mundo que tanto ha enturbiado la vida, por incompreensión sistemática de su interior mecanismo, que no es más que la falla observable continuamente en la naturaleza: ya sea planta que no da frutos, tierra que no produce, ciclón que destruye... etc.

Para apreciar el mundo moral de un sujeto, la sanción social y de costumbres, no basta ya el estudio, como no basta a la más alta virtud del alma: la tolerancia.

Luego, para la médica, el problema es otro y mucho más amplio, y de ésta, su elasticidad ideológica, ha debido nacer su empeño por elevar el mundo moral femenino en nombre de los más humanos principios.

Porque la gran conquista a que la mujer debe aspirar es, por sobre todas, su libertad moral.

Hace tiempo que se viene observando una evolución del pudor femenino.

Nunca se le ha exigido a la mujer tanto pudor como se le está exigiendo ahora.

El pudor de que antes se enorgullecían las mujeres era muy inferior, muy mezquino, muy a ras de tierra, porque estaba desprovisto de autocriterio y no obedecía a la libre elección.

Era, al fin, el mísero pudor del esclavo, que no roba porque sabe que si roba le aguarda la rueda que mata.

Pero el pudor que va a exigírsele ahora es ya de carácter espiritual, libre, electivo y consciente.

Es el pudor que impide la mentira, porque la mentira es pobre en esencia e indigna de un ser libre; es el pudor que impide el robo por la clara conciencia de que viola el derecho de posesión; es el pudor, en suma, que sube del instinto sometido al pensamiento y la conciencia, y mezclado al mundo espiritual aclara todos los hechos de la vida: desde el más bajo hasta el más alto.

Posiblemente nada ofenderá tanto a la mujer futura como que se diga despectivamente: "son cosas de mujeres".

Porque esta frase lapida la honestidad intelectual de la mujer; la caracteriza como cosa blanda y sin consistencia moral ideológica.

"Cosas de mujeres" son todos esos escamoteos, aparentemente sin importancia, permitidos a la honestidad espiritual femenina sin que sufra falla esta honestidad.

Es verdad que las mujeres han llegado a su mayor edad en la vida del mundo, pero este mayorazgo trae aparejado con su libertad grandes responsabilidades.

No encontraron las mujeres ya su mundo moral hecho a fáciles recetas y deberán hacérselo, más amplio, a costa de grandes sufrimientos.

Todo esto lo entenderán, y con facilidad, un día, todas las mujeres, como ahora lo entienden las que están más cerca del dolor y de la naturaleza humanos.

Y es por eso que, en nombre del derecho de la maternidad, un pequeño grupo de mujeres pide ya la igualdad moral para ambos sexos.

*Tao Lao*

## La emigrada, 1º de agosto de 1920

Entre las gentes que llegan a estas tierras como emigrante, hay un tipo genuino: el de la muchacha que viene sola.

Esta muchacha es la que se queda en las grandes ciudades como criada familiar o en los institutos de salud e higiene como mucama.

Es la misma que, en las romerías y bailes populares, sufre el vértigo del terruño y al compás de la amada música regional se olvida de los plumeros y las cacerolas, resucitando así su ambiente familiar.

## El aumento

La ciudad produce en la emigrada rápidos efectos: como una planta trasplantada que no sabe qué hacer con la exótica savia que recibe, se resuelve de golpe por dar un estirón hacia arriba. (En verdad que esto del estirón es una imagen, pues lo que a la emigrada le ocurre es que se pone zapatos de tacos altos.)

Bien, pues: ya aumentó de estatura y la planta revolucionada sigue de transformación invariable, que consiste en mejorar sus hojas a costa de sus frutos, convirtiendo su savia, que estaba acostumbrada a dar sombríos racimos, en vistosa hojarasca.

Pronto toma la emigrada gusto por la poca tarea y el lujo externo. (Al país donde fueres haz lo que vieres) y día a día van llegando las blusas de vistosa seda, la larga cadena de oro con reloj "que marcha". La cartera de malla de plata y los gruesos collares de cuentas.

Pero esto es en el primer período; en el segundo los colores se apagan; el cuero de los zapatos se afina y tiende a armonizar con el tono del vestido: el modelo que en el primero fuera su compañera de pieza, se ha trocado, en el segundo, por la propia niña de la casa, y llegando a este punto de su viveza asimiladora pide aumento de sueldo.

### La disminución

Allá en su tierra la emigrada tenía personalidad: se llamaba María, Juana, Rosa, etc. Y era una de los seis o siete miembros de una familia; resultaba así la flor de un pequeño jardín, suponiendo una esperanza, una posibilidad, un nuevo hogar a formarse.

Su vida sufría el peso de la tradición y se movía cuidadosa, y vigilada entre la iglesia que blanqueaba a lo lejos y la tierra que se ennegrecía cerca, muy dura y cansada.

Los árboles del camino podrían decir: la que pasa se llama María, o Juana, o Rosa, pero los árboles de Buenos Aires sólo dicen que la que pasa es una libreta de ahorros.

### La carta

La emigrada se os suele acercar con un sobre en la mano; es rectangular como todos y viene lleno de inscripciones que lo ocupan de extremo a extremo.

De entre la danza de sus letras negras ella no ha descifrado más que una cosa; su nombre, que en mitad del sobre le comprueba que aún existe y que se llama María, Juana, o Rosa.

No ha abierto ella ese sobre, y os lo tiende inviolado, recordando acaso aquella opinión paterna de que las mujeres no necesitan saber leer, opinión esta que, substanciosamente compartida por sus parientes o amigos masculinos, la suele dejar con las manos limpias después de algunos años de constantes excursiones al banco donde tiene sus ahorros.

### La mentalidad

Un caso: una de estas muchachas entra al servicio de una persona que al ponerla al corriente de sus tareas le advierte: "Tenga cuidado de no introducir los dedos en este toma corriente, pues podría usted quedar muerta".

Pero en cuanto la señora se retira ella sospecha que la quieren tomar por ignorante.

¿Cómo es posible que la muerte, una cosa tan grande, quepa en un agujero tan chiquito y tan redondo?

¡Si sabrá ella de lo que se muere! Se muere de una puñalada, se muere ahogado, se muere en la cama después de haber rezado muchas veces, pero no

se muere por poner el dedo en un hoyo que se parece mucho a los que ella hacía con el dedo índice en el suelo... Así...

Y para reírse de quien la toma por ignorante, pone el índice en el toma corriente con toda su alma.

### La vida es buena

Dicho sea en honor de la verdad el cuartucho en que habitualmente duerme la emigrada es un altísimo mal ventilado, donde apenas cabe su cama jaula y su baúl.

También sea dicho en honor de la verdad, con alguna frecuencia, el sueldo no llega a fin de mes y la comida escasea.

Pero a pesar de la poca luz del cuarto, y el baúl que se esconde debajo de la cama, y el amigo que la estafa, y la familia que está lejos, y el marido que tarda en llegar, la emigrada canta todo el día a voz en cuello y si le ofrecéis volver al terruño, no quiere, y si le preguntáis algo sobre su vida, os contesta que la vida es buena.

Y en fin, si ella lo afirma debe ser verdad.

*Tao Lao*

### El amor y la mujer, 22 de agosto de 1920

Empiezo este artículo con el paraguas abierto... Pero os ruego, oh divinas, que no hagáis llover sobre mí otra cosa que flores.

En tal caso el paraguas se dará vuelta y las recogerá; muchas gracias.

Ya estoy con vuestras flores sobre las manos, y gratamente embriagado por su perfume puedo hablar del amor, y de vosotras, y de cómo lo concebís.

Regocijáis por lo pronto, de ser todavía las celosas vestales del romanticismo. (Es muy lindo ser vestal, el tul blanco cae divinamente y lame el rosado pie, con delicada gracia.)

Vuestra imaginación se interpone así entre la realidad y el sueño como un elástico de poderosa resistencia que apaga y suaviza los choques.

¿Más flores? Gracias de nuevo. ¿Qué es el amor, divinas?

Descendamos desde el dorado romanticismo en que estábamos a un cínico; después de todo el salto no es tan brusco. El cínico suele ser un romántico desesperado; una especie de trovador medieval que estaba cantando sus estrofas a su blanca amada, al suave fulgor de la blanca luna, y lo corrieron los perros.

Este cínico, romántico corrido, os diría: "El amor es la trampa que el universo tiende a los se-

res vivientes para engañarlos y obligarlos a perpetuarse”.

Ascendamos desde un cínico hasta un filósofo y abramos los oídos: “El amor es, como todo lo existente, un aspecto relativo y visible de lo absoluto invisible; por lo tanto, toda definición sería falsa”. (Enterados, ¡oh!)

Un escéptico diría... (No, no se puede repetir qué diría un escéptico: algunos ingleses lo han definido de una manera terrible.)

Un espiritualista sentenciaría que “el amor es la porción divina que separa al hombre de la bestia”.

Y un lírico habría de afirmar que “el amor es el estado espiritual que tiende a procurar la felicidad de otro ser, con olvido absoluto de sí mismo”.

Y a este paso, en la gran cacerola de las definiciones (imagen modernista), cada uno intentaría meter su cucharada y acabaríamos por no saber nada del amor.

Pero allí están, han estado siempre las mujeres para impedirlo.

Ellas han dicho desde antiguo la última palabra en amor: es decir, que el amor debe vivirse y no comentarse; con la ventaja de que, para dar a entender esto, ni siquiera emplearon palabras, se valieron de los hechos.

Con lo que las mujeres van a resultar los verdaderos filósofos, pues, al fin de cuentas, la suprema filosofía consiste en destruir la filosofía con la vida.

¡Nuevas flores? ¡Gracias, gracias, muchas gracias!

Pero ahora viene lo triste: malas lenguas, quiero decir, malas plumas, afirman que resultáis, mujeres,

los supremos filósofos por casualidad, así como quieren decir por ahí que Hernández, el autor de *Martín Fierro*, resultó genio por casualidad; esto es sin la intervención del albedrío, de la propia razón; por simple concurrencia de fenómenos y circunstancias ajenas a la voluntad.

Se dice contra vosotras que quedáis aferradas a la vida, deshaciendo con la vida toda filosofía, defendiendo el amor con ferocidad instintiva, adorándolo como razón principal de la existencia, embelleciéndolo, adornándolo y magnificándolo con la imaginación, deseándolo ardiente y enorme, avasallante y ciego, por incapacidad intelectual para la vida desde afuera en su justo equilibrio, y remontaros así a la razón fría y al pensamiento austero y prevenir la realidad, que según aquellas malas plumas, es cosa diferente a lo que la pasión femenina desea.

Así, comparan la condición voluptuosa de la mujer a la de ciertas razas inferiores que viven solamente para amar y satisfacer sus pasiones, y hasta pretenden que el alto sentimiento de la maternidad es instinto puro.

Con lo que resultáis, nada menos, que el lastre de la humanidad, la fuente, el pozo sentimental y básico en que el hombre cae, y se renueva después de haberse apartado de la vida, volando por las altas regiones del pensamiento, desde donde vuelve, después de largas incursiones, y según testigos oculares, con un gran frío y como un pollito mojado, a buscar en la mujer el calor santo de la tierra, la vida misma.

Y no digáis ahora que no os he vengado del razonamiento masculino, pues vosotras, apegadas a la

tierra, nunca tenéis la desgracia de parecer un pollito mojado.

Pareceréis cualquier otra cosa, hasta un plumero invertido si lleváis un gran sombrero y la falda estrecha, pero eso de pollito mojado es una silueta que sólo cuadra al hombre después de una excursión por los altos cielos de la idea...

Y cierro el paraguas, pues, por si aún permanecierais en enojo conmigo, os declaro ahora que no os temo enojadas, sino mansas y suaves.

Una dulce canción inglesa dice: "Yo tengo miedo de un beso"...

*Tao Lao*

### **La irreprochable**, 5 de julio de 1920

Tengo una singular simpatía por la mujer que sale a la calle, en todo irreprochable: desde el fino matiz de la piel y el dulce brillo de los ojos, hasta el más pequeño detalle de su cartera, a servir de blando descanso a los ojos del que pasa.

Verdad es que la vida es muy compleja y varia, y por consiguiente, cada uno tiene derecho de entender la caridad a su modo.

Benefactoras de la humanidad son, sin duda, aquellas hábiles mujercitas que se pasan media hora delante del espejo, nada más que para rizarse las pestañas y arquearlas en sentido contrario al globo del ojo, corrigiendo así la obra de la mano, sin duda zurda, que les restó medio milímetro de elipse a sus órbitas oculares.

Y claro está, fuera crueldad de orden estético no procurar la adquisición forzada del medio milímetro, o aun menos, que, por fenómeno óptico, consiguen las bien arqueadas pestañas.

Además, como en Buenos Aires no hay bosques, si exceptuamos los de Palermo, que están muy retirados, y los que se ven en postales y cuadros en las vidrieras, y que, claro está, no se mueven por mucho viento que sople, aquellas benefactoras han pensado, sin duda, en lo caritativo que resulta proporcionar a la mirada del que pasa el espectáculo feliz de una selva

tupida de grandes pestañas, en cuyo centro dos lagunas azules, o verdes, o grises, completan la ilusión de la pródiga naturaleza.

Para llegar a este resultado los aceites de nuez, almendras, ricino y otros muchos, han inundado durante la noche el pie de cada pestaña, a modo de las acequias que, desbordando, inundan el pie de cada árbol y fertilizan el terreno propicio al nuevo árbol (o a la nueva pestaña).

Con este procedimiento, repetido durante meses, se ha logrado el aumento de ocho pestañas por ojo, si el cálculo de una amiga mía no me engaña, amén de un considerable crecimiento del arbolito pestaña.

Otras tareas, todas conocidas también, en uñas, piel, cabello, mejillas, prendas interiores y exteriores, absorben largo tiempo a la irreprochable para salir, como tal, a la calle a efectuar compras, o a tomar té, o simplemente a estrenar el último traje.

Observad esa manera de caminar, ¡qué paso discreto y medurado! Si lo fijáis con el metro veréis que no excede de treinta centímetros; la cabeza, graciosísima, forma, con respecto del cuello, un ángulo ligeramente obtuso de 105 grados (cantidad constante); la mirada va sonámbula; la boca hierática; la selva de los ojos triunfante...

El corte del vestido es irreprochable: los zapatos, a fuerza de finos, señalan los dedos del pie, fieles a su forma; las medias transparentan un rosado nácar; el sombrero se ajusta a la cabeza como su molde; los guantes, golosos de los dedos, sólo están separados de aquéllos por una imperceptible capa de aire; toda ella parece, en suma, escapada de un baño de cera.

Y si la veis a las cuatro de la tarde, cuando sale de su casa, y la encontráis a las siete, cuando regresa, observaréis que ni un cabello se ha movido de su sitio y que el umbral que la dejó, resplandeciente y correcta, la recibe sin rebaja alguna del tanto por ciento estético.

He aquí una estadística que me dio una amiga calculada, ésta, para tres o cuatro horas de estada en la calle, incluso visitas a tiendas y té:

Movimientos aproximados que cuesta mantener la irreprochabilidad callejera

Miradas al espejo (distintas clases, tamaños y lunas)	25
Miradas en los cristales de las vidrieras	60
Estiramiento de guantes	12
Cuidado de que los alfileres no escapen de su sitio	10
Humedecimiento de los labios	30
Afirmación especial de la pechera con un tironcito	5
Llevada de las manos a las horquillas que sostienen el velo	18
Reposición de polvos (muy discreto)	2
Enderezamiento de las cuchillas de las medias	2
Lustrada furtiva de zapatos, restregándolos contra la parte posterior de la pierna	6
Imprevistos con respecto a carteras, cuellos, pliegues, etc.	50
Total de movimientos	220

Lo que nos hace deducir que, si después de dos años de esta táctica para mantener la irreprochabilidad callejera, este fervor estético alcanzara el premio de un esposo, este esposo representaría, en el supuesto que la irreprochable hubiera salido a la calle nada más que dos veces por semana, cerca de 45.000 movimientos "ad-hoc", lo que significa un desgaste muscular, con su correspondiente acumulación de toxinas capaz de despertar el celo literario de cualquier moralizador higienista. "N'est pas."

Y luego, que se atreva a afirmar alguien que un hombre no vale nada...

*Tao Lao*

### **¿Existe un problema femenino?,**

26 de septiembre de 1920

Hace tiempo se viene agitando en todo el mundo algo que podríamos llamar el problema femenino. Pero no debemos olvidar que, con frecuencia, las cosas toman palabras para diferenciarse de las otras cosas, y que, quitando la capa de estas palabras, resultan no diferir en absoluto de aquéllas.

Así, mujeres y hombres, han dado en decir que existe un problema femenino, pero quitando el adjetivo separador, vemos que no existe un problema femenino; que sólo existe un problema humano.

Que exista un problema humano no es, por otra parte, privativo de nuestra época: el problema humano ha existido siempre con crisis y calmas aparentes, ya que aquellas crisis eran preparadas por estas calmas.

Nuestros momentos son de profunda crisis y tan revueltas están las aguas que, no pudiendo abarcarla en bloque, se han separado sus problemas: ¡problema femenino, problema social; sinnúmero de problemas!

En lo que al problema femenino respecta no hay, detrás de él, en verdad, nada más que una crisis de la familia, y esta crisis de la familia contiene, en sí, todos los problemas.

Observamos que la familia se disgrega: los padres pierden su autoridad antes de tiempo, los niños

no obedecen sin razonamientos personales, las mujeres quieren hacer su vida, los hombres no saben mandar, han perdido sus fuerzas morales y la familia carece de un ideal profundo que encierre todas sus energías en un solo cauce.

Podríamos hallar infinitos hechos a que atribuir esta disgregación de la familia, que caracteriza y define nuestra época.

Pero, detrás también de estos hechos, sólo hallaríamos uno: el eterno problema humano de renovación indefinida.

El árbol humano ha madurado sus frutos y, podridos éstos, se abren y dejan caer al suelo las semillas.

Da mucha pena ver el árbol viejo, que tanto trabajo tuvo para madurar, pudriendo sus hermosísimos frutos, pero éstos no pueden contra sí mismos; se abren sin remedio.

¿Que quién hubiera podido detener la crisis de la familia?

Cuando el mundo pagano, en medio de sus gases deletéreos, vio crecer la dulce florecilla cristiana, tuvo conciencia de que el perfume de esta flor, nacida para conservar aún parte de la humanidad, mataría toda su belleza creada, toda su intelectualidad.

Pero la florecilla cristiana era un producto de los gases deletéreos, y si éstos tuvieron la fuerza necesaria para crearla, ésta llevaba en sí, también, la fuerza necesaria para vencerlos.

Como momento humano, esta disgregación de la familia se parece a la última época pagana y está preparando, no sabemos con certeza, qué nueva fuerza, que ha de poner fin a su falsedad y a su relati-

va inmoralidad. Falsedad e inmoralidad hemos dicho y no nos pesan los términos: si la familia no se hace con el propósito de sacrificar todos los intereses de sus miembros a una sola orientación, la familia no existe sino como fórmula, como residuo de una organización social que tuvo su razón de ser en otros momentos, como fácil molde al cual se procura adaptar la vida de varios sujetos; aunque la intimidad ideológica de aquéllos lo desprecie, deprima y deforme continuamente.

La profunda hipocresía social que importa una familia así constituida permite su íntima anarquía.

El problema femenino, que es uno de sus aspectos, desaparecerá al solucionarse, si se soluciona, la crisis de la familia.

Supongamos la familia definitivamente disgregada: supongamos que los hijos no lleven ya el apellido de los padres, y que los hombres no se vean en la obligación moral de atender a la subsistencia de la familia.

El hombre en este caso habría perdido toda su autoridad sobre la mujer, porque no siendo el proveedor material del hogar, le faltaría la fuerza ejecutiva en que, conforme a la organización actual de la familia, se basa su derecho a la autoridad.

Esta absoluta disgregación, que obligaría a la mujer a procurarse ineludiblemente su propia subsistencia, habría solucionado de hecho el problema femenino.

Pero, mientras la familia no vire en el sentido de adoptar totalmente los antiguos moldes en que las mujeres perdían su personalidad, para que fuera mayor la de sus esposos, o bien la familia no se rompa

del todo y se asiente la organización social sobre una moral absolutamente opuesta a la presente, el problema femenino formará parte integrante de esta crisis de la familia, que estamos sufriendo.

Si está o no está en crisis la familia podemos deducirlo por el simple hecho de que una pareja de esposos vote por dos partidos antagónicos.

¿Cómo podría conciliarse la intimidad ideológica de la familia con esta discordancia de su orientación ideológica?

Si ha llegado el momento de que las mujeres sean fuertes y resistan la vieja organización de la familia, deben serlo para serlo con provecho y originalidad del todo: viviendo conforme a sus propios impulsos, hundiéndose de lleno en la aspereza por la lucha de la vida, arriesgándolo todo para obtenerlo todo.

No queremos decir en esto que estemos en contra de las actuales libertades de la mujer. Las hemos propiciado siempre, creyendo que, al concederlas, se procedía con inteligencia y penetración del cambiante minuto presente.

Pero nos ha parecido esto una inteligencia inútil.

Nos explicamos: opinaríamos que nuestra civilización está como un organismo gravemente enfermo al que se le están aplicando distintas inyecciones. Sin inyecciones se muere; con inyecciones se muere igualmente, pero cree que vive.

El problema femenino, resuelto de la mediocre manera actual, permitiendo una que otra libertad a la mujer de orden moral, civil o político, vendría a ser una de las tantas inyecciones alentadoras.

No negaríamos jamás esta inyección por una interpretación demasiado humana de la vida, pero tendríamos la clara conciencia de que no se trata de un caso curable por esta inyección, sino de un mortal problema del cuerpo cansado, que quiere disgregarse totalmente para tomar luego nuevas fuerzas.

*Tao Lao*

**Las lectoras**, 17 de octubre de 1920

Hablando hace pocos días con un librero muy inteligente, nos indicó que, por lo general, en Buenos Aires la mujer selecciona moralmente sus lecturas, mucho más que el hombre.

Por de pronto, los autores que, aunque dudosos, podrían ser solicitados por las señoras y señoritas, sin mengua para su dignidad, no tienen gran número de compradoras.

Picada nuestra curiosidad, recorrimos algunas librerías indagando al respecto y he aquí el resultado de nuestra información, que, si no es absolutamente exacta, por cuanto no comprende una investigación prolija en todas las librerías de la Capital, puede servir para dar una idea general sobre las lecturas que prefiere la mujer de Buenos Aires, que día a día va afinando y elevando su gusto.

Hay que descontar, claro está, de esta anotación, una cantidad enorme de mujeres que, como los hombres, leen por leer lo primero que cae a mano, sin guía alguna, y que, más que lectores, son hojeadores de revistas, folletines y novelones.

De las mujeres que podríamos considerar lectoras, con asiduidad e inteligencia, las niñas que no pasan de veintidós años y que entran a los negocios de librería generalmente acompañadas de sus mamás, agotan la literatura blanca: Ardel, Alanic, Chante-

pleure, Jean de la Brète, Hugo Conway, Carlota Braemé, Henry Greville, etc.

La poesía tiene escasas compradoras en este grupo, prefiriendo sin excepción los poetas líricos.

Las madres de estas niñas son absolutamente reacias a las indicaciones del librero y no aceptan firmas nuevas; las que entran solas frecuentemente eligen los libros por la ilustración de la tapa y el título.

Las jóvenes que pasan los veintidós años ya tienen criterio propio y son, desde luego, mucho más amplias. Entre los franceses prefieren a Paul Bourget, Pierre Loti, Colette Iver, H. Balzac, Marcelle Tinayre, Rolland, Prevost.

Entre los españoles a Martínez Sierra (enorme preferencia), Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Ricardo León, Jacinto Benavente, Palacio Valdez, Juan Ramón Jiménez; los italianos, si exceptuamos algunos, como D'Annunzio y Farina, muy difundidos, son poco solicitados, posiblemente por ser desconocidos para el grueso público.

Anatole France y Oscar Wilde tienen escasísimas lectoras; las que compran estos autores son generalmente asiduas clientes de clásicos y de toda novedad literaria.

Hay libros cuyas ediciones son en gran parte agotadas por mujeres: *Las desencantadas*, de Pierre Loti, cuya edición en francés alcanza aproximadamente a 300.000 ejemplares, es un libro continuamente asediado por la lectora bonaerense.

La Biblioteca de LA NACIÓN era muy solicitada por el elemento femenino que todavía no se ha dado a leer con pasión los autores rusos más geniales y más difundidos en estos últimos años.

En general tiene gran preferencia también por la literatura mística oriental e hindú, siendo escasísimo el grupo comprador de filósofos y sociólogos.

Entre las formas de la literatura preferidas ocupa el primer puesto la novela, después el cuento, en seguida el verso y por último el teatro.

Los poetas simbólicos y místicos son muy leídos. Entre los americanos Nervo es el más solicitado, después Darío.

Una gran cantidad de mujeres tiene marcada preferencia por la literatura femenina: novela y verso.

Puede deducirse de esta rápida anotación que la lectura preferida por la mujer está bien de acuerdo con su íntima naturaleza.

Ella quiere sentir sin pensar demasiado: literatura mística, sentimental, psicológica, romántica, pasional, he aquí sus preferencias, exigiendo por lo general que la lectura hable a su imaginación, a sus sueños, a sus problemas psicológicos, más que a la razón pura.

La gran mayoría de los hombres no escapa tampoco a esta norma, pero lo que debe señalarse como característico de la lectora es que se mantiene en cierto término medio: ni asciende a la gran literatura ni desciende a la pésima, y lee evidentemente para deleitarse, entretenerse y no para saber, evitando sistemáticamente la lectura científica, aun aquella que se combina con la imaginación para producir la obra de alto vuelo fantástico, como también los autores sutilmente irónicos, satíricos y festivos.

Entre los escritores nuestros más difundidos son leídos con preferencia por mujeres Manuel Gálvez y Martínez Zuviría, sobre todo este último.

*Tao Lao*

---

## La complejidad femenina,

14 de noviembre de 1920

La complejidad femenina parece obedecer a tres factores principales: uno de ellos orgánico, el otro motivado por la educación, y el tercero económico.

La primera causa o factor, esto es, el orgánico, radicaría en su sistema nervioso extremadamente impresionable, y sujeto por esto a influencias contradictorias, a variaciones bruscas, a saltos violentos, a empaques inesperados.

El otro factor estriparía en los infinitos velos con que la educación ha cubierto el alma femenina, agravando así esta condición orgánica de la impresionabilidad y la contradicción.

La mujer civilizada, claro está, por lo mismo que es civilizada, no se abandona a la verdad de su naturaleza.

Sus principios morales, sus principios religiosos, su armadura social, pesan continuamente sobre su verdad íntima, y en cuanto ésta quiere salir a flote, ya se ve ahogada por las trabas de la civilización.

Esto, que alcanza también al hombre en su vida de relación para con los demás seres humanos, no lo traba en cuanto al amor se refiere.

El hombre ama con libertad y, suelto, en este sentido, su instinto, su complejidad es menor que la mujer.

Mientras el hombre, desde que sus instintos despiertan, los realiza sin complejidades morales de importancia, la mujer va domándolos, desviándolos, y con gran frecuencia ni siquiera se da cuenta de ellos, tomando sus manifestaciones por señales de evidente romanticismo.

Este mundo moral en que la mujer se escuda para salvaguardia de la moral colectiva, de la estabilidad de la familia, y, por consecuencia, del Estado, es una de las causas más visibles de su complejidad.

Así podemos observar en la vida diaria que cuando una mujer desea realizar algo que su mundo moral, falso o verdadero, le prohíbe, se vale hábilmente de recursos y ardidés que dejen a salvo ese mundo moral.

Si una joven se enamora de un hombre, no se lo dirá jamás, no tomará ella la delantera en ese asunto, porque su moral se lo impide.

Se lo insinuará, en cambio, de las más ingeniosas maneras, porque esta insinuación está permitida, sancionada, consentida por su moral.

Y esta tarea, gratísima a la mujer, de la insinuación, es mucho más complicada que la confesión lisa y llana de un sentimiento.

La mujer, en este caso, recurre a su belleza, a su coquetería, inicia un juego de si es o no es, conservando siempre una puerta de escape ante un posible fracaso de sus ardidés, que pondrían en relativo peligro su moral.

En cuanto al tercer factor, el económico, es de una importancia suma.

La mujer libre, económicamente, adquiere mucho de la manera de ser masculina. Su inde-

pendencia fundamental la hace prescindir del hombre, y sus ideas frente a aquél son más libres, más claras.

Más dueña de su verdad interior, por lo mismo que está más cerca de la libertad, sus propósitos no girarán exclusivamente alrededor de la conquista masculina.

Pero en la mujer sin más dotes que ella misma, su condición de sometido, económicamente, también aumentará su complejidad.

Porque todo sometido es más complejo que el sometedor.

Los servidores, pertenezcan a cualquier sexo, suelen tener idiosincrasia femenina.

El sometido, claro está, aguza su imaginación, llega a crear una enorme imaginación: necesita de esta imaginación para estar en equilibrio con la fuerza del sometedor.

A la autoridad de éste se opone el ardid de aquél.

La complejidad femenina ha sido creada en parte, pues, por el mismo hombre y puede ser considerada inmoral desde que es considerada la mayor defensa de la mujer.

Quitarle a ésta su complejidad significa abandonarla sin sus legítimos recursos, dada la constitución ideológica y moral de nuestros momentos.

Que pueda discutirse esta manera de entender la posición ideológica femenina frente a la masculina, que se sienta el deseo de renovarla, de transformarla, no importa desconocer que la mujer, en su lucha por la vida, ha empleado —y legítimamente— sus armas de defensa.

Una mujer sencilla, es decir, absolutamente ingenua, altamente pura en su verdad, sería hoy, más que nunca, una mujer fracasada.

En la lucha de hombre a mujer y de mujer a hombre, la gran arma actual de la mujer es su disimulo, y mientras la mujer no tenga en su mano la verdadera fuerza, la de imponer normas a la conciencia moral humana, sólo se salvará con su complejidad bien manejada.

Esto no quiere decir que no haya mujeres a quienes esta complejidad parezca de calidad inferior y luchan por destruirla en sí mismas, por limpiarse de ella, por no especular, en una palabra, con las ventajas del sexo.

*Tao Lao*

---

## Un simulacro de voto, 5 de diciembre de 1920

Hace dos semanas se realizó en esta capital, por segunda vez, un simulacro de voto femenino, con motivo de las elecciones municipales.

Este acto, organizado por la Unión Feminista Nacional, para darse cuenta del interés de nuestras mujeres por el voto, no es, claro está, un hecho que pueda revelarnos el verdadero pensamiento de éstas, pues sólo han sufragado unas 6.000 mujeres.

Desde luego que las mujeres que han concurrido a este ensayo de voto pertenecen en general a los grupos menos oprimidos por conveniencias sociales.

Así, las señoras que presidían las mesas vieron acercarse a ellas a personas femeninas de figuración, que votaron y no quisieron que sus nombres figuraran en las listas.

Este número de señoras fue bien reducido.

En general las votantes han pertenecido a la clase media y obrera, justamente las que han estado más cerca de la propaganda desarrollada por las instituciones feministas de la Capital.

Las mujeres han votado por las listas de los partidos en boga, pues siendo un voto de pulsación y de ensayo, hubiera sido inútil agregar lista propia de mujeres.

Se trataba de conocer, más o menos, cuál sería la tendencia de las mujeres nuestras en el supuesto

caso de que se les concediera el voto, y, para ello, era menester que votaran las listas masculinas conocidas.

Los dos simulacros de votos realizados en esta Capital hacen sospechar que, si se concediera el voto a la mujer, no se haría más que duplicar los votos actuales sin alterar su proporción.

Seguramente, el número de votantes sería muy superior al de los dos simulacros realizados, porque los mismos hombres serían los encargados de velar para que las mujeres de su familia no se abstuvieran.

Y es más que seguro que, en los primeros años, las mujeres, cuyos esposos tuvieran intereses creados en un partido los acompañarían con su voto.

La pequeña mayoría socialista observada en los dos simulacros de voto, desaparecería en cuanto el voto tuviera valor legal, pues hay que tener en cuenta que las obreras votantes suman un 25 % que no tiene su equilibrio en la clase opuesta.

Cabe también preguntarse si las mujeres no se organizarían para votar a otras mujeres, con listas e ideales propios.

En caso de llegarse a esto se tardaría algo, no sólo en el nuestro, sino en todos los países, pues este trabajo de preparación sería lento.

Por el momento, aun en los países que andan rápido, la máquina política sigue armada por el pensamiento masculino, y las mujeres, como en el caso de Norteamérica, sólo han sido parte del peso sobre los platillos de la balanza.

El voto de la mujer hasta ahora no supone, pues, una conquista material de verdadero peso. Es, sí, una conquista moral.

Ha obedecido, más que a necesidades y propósitos materiales, a una evolución ideológica, a un cambio intelectual de apreciación de la mujer.

Es una devolución que la inteligencia del hombre hace a lo que impuso la fuerza.

Se ha dado el voto a la mujer más que como arma, como una confirmación práctica de igualdad.

Y le ha sido dado cuando el hombre ha palpado la torpeza de la fuerza; con un poco de vergüenza, parecería, del empleo de la fuerza.

Es inútil discutir ya si para bien o para mal; si con razón o sin razón. Parecería también que los pueblos en que las mujeres votan no se hacen ya grandes ilusiones respecto de la democracia.

Por lo menos su acción demuestra que no temen empeorarla.

Posiblemente el núcleo de estos pueblos de América consista en creer que aún puede ser empeorada, lo que no deja de ser una grata ilusión. Mientras tanto, veamos las mujeres que han concurrido al simulacro de voto realizado en Buenos Aires.

Contra lo que se pudiera creer la gran mayoría está formada por argentinas, y el tanto por ciento mayor lo dan las casadas, en cuanto a estado se refiere, y las jóvenes de 18 a 30 años, en lo que a edad respecta.

Se ve, por lo menos, que no son las solteras feas y olvidadas las que más han votado.

He aquí el detalle:

Han sufragado 5.915 mujeres, distribuidas así:

### Nacionalidad

Argentinas .....	75 %
Italianas .....	9,2 %
Españolas .....	9 %
Rusas .....	2 %
Francesas .....	1,6 %

El resto lo componen mujeres de muy diversas nacionalidades.

### Estado

Casadas y viudas .....	49 %
Solteras .....	41 %

### Edad

De 18 a 30 años .....	72 %
De 30 a 40 años .....	16 %
De 40 a 50 años .....	7 %
De 50 a 81 años .....	5 %

### Profesiones

Quehaceres domésticos .....	47 %
Obreras .....	25 %
Profesiones liberales e intelectuales .....	14 %
Empleadas .....	8 %

*Tao Lao*

---

## ¿Por qué las maestras se casan poco?,

13 de marzo de 1921

Es considerable el número de maestras que se quedan solteras o que se casan tarde, si bien una buena parte se casa tan bien o mejor que las mujeres de cualquier otra profesión.

Aquel fenómeno, frecuente en la Capital y en provincias, no deja de ser digno de observación puesto que la maestra es tan agraciada como cualquier otra joven y posee, además, la ventaja de tener entre manos un medio seguro de ganarse la vida.

Sin embargo, la obrera, la empleada, la joven que se ocupa de las tareas de su casa, suelen casarse más jóvenes y en mayor número. Es claro que perteneciendo, por lo general, la maestra a la clase media, se case menos que la obrera, puesto que el hombre obrero se casa también más joven, y en mayor número, que el de la clase media; pero no es lógico que se case menos que la empleada, ponemos por caso.

Las razones que hemos podido catalogar en un rápido examen de este asunto, se reducen a cuatro principales factores: un factor económico, otro intelectual, otro social y otro moral.

---

## El factor económico

Es fenómeno bien conocido ya que mientras más seguridad económica hay en la mujer, menos prisa tiene por casarse.

Un sentimiento de cualquier clase tiene infinito número de causas externas que lo precipitan, lo enfrían, o lo avivan.

Más fácil le será entrar en estado de amor, o en estado propicio al de casamiento, a una joven necesitada del apoyo económico masculino, que a quien pueda ir sosteniendo su vida material con sus propios esfuerzos. Quien tenga necesidad de casarse hallará menos defectos en sus pretendientes, los disculpará antes, los investigará más dócilmente, y en una palabra, cerrará los ojos más pronto y amará o creará amar con más facilidad, que quien sea pausada en ver y elegir. Claro está que esta condición de querer elegir bien no siempre es una virtud.

Su exceso puede conducir a perderlo todo por mucho buscar.

Pero este factor económico no tiene solamente esta faz; muchas maestras sostienen, ellas solas, su casa. Su casamiento, entonces, importa el abandono de seres necesitados; bien es cierto, por otra parte, que en esta condición se encuentra una porción de mujeres de distintas profesiones y oficios y que, por la misma causa, retardan su casamiento o no lo realizan nunca.

### El factor intelectual

Es curioso señalar cómo el factor intelectual, es decir, el conocimiento, la intelectualidad, propios de una maestra, son un impedimento para su casamiento, en vez de favorecerlo y estimularlo.

Salvo reducidos casos los hombres desean una esposa "lo menos intelectual posible". Su sola prevención de que la maestra puede ser intelectual detiene la declaración en boca del buen muchacho que concurre a una fiesta familiar. Luego, la mujer, como recién comienza a saber, no pierde la ocasión de lucirlo, y suele incurrir en esos pequeños defectos de pedantería, que, el hombre, por lo mismo que los tiene en abundancia, no quiere tolerar en ella.

El buen muchacho va al baile familiar a bailar, y no a discutir la ubicación de un río en un mapa, y así, se declara a quien mejor baila, y no a quien mejor intenta discutirle geografía.

Luego, entre nosotros, frecuentemente la mujer vale, en igualdad de condiciones, más que el hombre.

Por poco que la menor causa haga resaltar ese valor, aun en cosas triviales, la mujer se hace si no antipática, indiferente.

### El factor social

A lo anteriormente apuntado viene a agregarse algo muy importante: la vanidad social.

Este mal, muy nuestro, y acaso uno de los peores, no es privativo de la mujer maestra, pero la perturba también.

La maestra se encuentra en una situación especial: por lo que económicamente gana, por lo que sabe, por lo que está en condiciones de leer, de adquirir, aspira más de lo que su medio social le permitiría.

El empleado común ya es poco o lo considera poco para ella.

Echa ojos sobre el profesional, sobre su título: médico, abogado, ingeniero.

A su vez éstos echan ojo sobre los apellidos o las fortunas y el desencuentro se produce.

Podría agregarse aquí que no siempre hay vanidad en esta aspiración; acaso muchas veces haya un lógico deseo de encontrar en el esposo un espíritu cultivado, y una mayor ventaja económica.

Es así como la maestra suele resultar "mucho" para el simple empleado y "poco" para el profesional. Si bien no es difícil su unión con éste, sobre todo en capitales de provincia, donde familias distinguidas, pero pobres, viven del sueldo de las muchachas maestras.

### El factor moral

No hay que olvidar que, en medio de todo, una ocupación de varias horas, con un fin elevado, es ya, en sí, un motivo de vida.

Un corazón femenino, tierno, tiene ya, en esta tarea cerca del niño mucho de la función maternal tan necesaria a la vida de la mujer.

Hemos pues de incluir esta causa entre las que contribuyen a que las maestras suelen quedarse solteras, causa esta de las más honrosas, si las hay.

*Tao Lao*

---

**La mujer como novelista**, 27 de marzo de 1921

En estos últimos tiempos ha llamado la atención, en todos los puntos del mundo civilizado, la multiplicación extraordinaria de la mujer novelista.

Sería ilógico suponer que la inteligencia femenina se haya despertado ahora; pero, para escribir con alguna propiedad, hacía falta a la mujer abandonar, siquiera en parte, las tareas del hogar y asomarse a observar la vida.

Esto es lo que ha hecho en estos últimos años, en que ha sido llamada a más duras tareas y a más hondas reflexiones.

Ignoramos, por otra parte, si la literatura agregará con esto algún valor nuevo a su copiosa cosecha: si la sensibilidad femenina es rica, la sensibilidad pura no basta para la obra de arte, que supone, además, una cerebración robusta, una observación prolija y profunda, una capacidad de convertir el hecho aislado en una consecuencia, y relacionar, en suma, las verdades relativas con las verdades absolutas.

Todo gran artista es, en el fondo, filósofo, y la primera condición —aparte de la excepcional inteligencia que esta actitud supone— para observar la vida con ojos claros y penetradores, estriba en analizarla con desprendimiento absoluto de la moral personal.

Un espíritu dominado por las ideas morales corrientes, y convencido de que la vida se resuelve con fórmulas dadas y principios inmutables, carecerá de claridad y grandeza para penetrar, entender, descifrar las pasiones humanas, fuentes de toda gran literatura.

Si la mujer, pongo por caso, educada en un ambiente familiar, limitado, honesto, en una palabra, quisiera escribir una novela, sus personajes no podrían ofrecer otro matiz y otro interés que el de su vida limitada; no podría, lógicamente, entrar a tratar fenómenos psicológicos que desconoce, y resolvería cuanto problema planteara su novela con las vulgares y comunes normas por las que su vida se rige.

Ahora bien: este criterio puede producir obras sanas, gentiles, delicadas, espirituales, poéticas, morales, bien escritas, etc.; pero carecerán siempre del gran rasgo que se advierte, justamente, por el atrevimiento con que el alma realmente profunda se sumerge en la vida para sacar a luz sus verdades más tremendas y más ásperas.

Si algo inagotable se ofrece al estudio del hombre es, justamente, la lucha de éste con su instinto.

Quien suponga, por prejuicio moral, que esta lucha no debe ser revelada, comentada, realizada, sintetizada, hecha arte, en una palabra, no podrá ser jamás un novelista de peso.

Es por esto que, generalmente, la mujer novelista produce obras incoloras, falsas, de un romanticismo estrecho y pobre.

Y es que una comprensión profunda supone, también, una vida profunda.

Lo que se lee, lo que se observa no basta: nada se entiende tanto como lo que pasa a través del propio sentimiento; pero soltar el sentimiento, entregarlo a todos los impulsos, subir y bajar con la vida, avanzar y recular con ella, ascender hasta lo sublime y caer en la infamia, es romper con los moldes morales que embellecen a la mujer.

Se ha dicho que una vida extraordinaria es, casi siempre, complemento del genio.

¿Cómo podría la mujer, delicada por naturaleza, limitada por el ambiente y por su propia sensibilidad, vivir esta vida extraordinaria que le haría comprender, ahondar, zambullirse por así decirlo, en los más interesantes y hondos tumultos del alma humana?

Si posee fortuna, y para lograr aquello rompe con todo, quizás le fuera posible lograrlo; si carece de ella y debe vivir de lo que gana, la vida económica se le hará difícil y oscura.

Luego, una vida extraordinaria destruye en la mujer lo que la hace más preciada: su feminidad.

¡Qué enorme fuerza en beneficio de su pasión necesitará la mujer escritora para destruir en ella su feminidad, que es justamente, su inevitable adorno para el amor!

Es por esto quizás; es quizás también porque la resistencia y la coordinación cerebral de la mujer —no acaso, su comprensión— son menores que las del hombre, que, hasta ahora, el genio femenino no ha surgido.

No quiero decir por esto que no haya mujeres novelistas con rasgos geniales; las hay...

Quiero decir que no ha surgido, todavía, la mujer que pueda ponerse al lado de las grandes cumbres literarias masculinas.

¿Vendrá mañana?

Es aventurada la respuesta: asistimos a un despertar nervioso de la curiosidad y la observación femeninas.

Acaso la gran novela femenina logre escribirse, pero será siempre en detrimento de la persona, de la mujer, que en la escritora vive.

Esto, mientras nuestra civilización subsista.

*Tao Lao*

### **La mujer enemiga de la mujer,**

22 de mayo de 1921

Se ha dicho por ahí que los hombres, en sus relaciones de amistad, y en su posición de lucha frente al sexo femenino, tienen establecida una especie de masonería y se protegen, encubren y defienden entre ellos.

No deja de ser curioso que siendo los hombres los menos dañados moralmente por sus infracciones a la moral corriente, hayan establecido esta solidaridad tácita, mientras que las mujeres, más necesitadas de piedad, de comprensión y de perdón, por lo mismo que el concepto público es más duro y exigente con ellas sean, en las cuestiones en las que la piedad humana es más necesaria, enemigas sistemáticas.

Las mujeres madres, cuya condición especial debiera ensanchar su corazón y hacerles comprender que toda mujer dueña de una vida a dar se convierte de hecho en una compañera de dolor, de angustia, de zozobra, perdonan difícilmente a la madre llamada ilegal, esta condición, y contribuyen con su impiedad a sacrificar una reputación o una pequeña vida.

¿Es que la mujer es íntimamente mala? Pero ¿cómo, mala?

Es la mujer la que primero derrama lágrimas leyendo una novela sentimental; es la primera que protege al perrillo abandonado, es la primera que defiende al hijo de la reprimenda paterna.

Sin embargo, cuando en un grupo de señoras se comenta, pongo por caso, que por la acera de enfrente acaba de pasar una criatura de trece años acompañada por un hombre de cuarenta, de siete u ocho mujeres presentes, una sola defiende a la niña mujer y ataca al hombre maduro, consciente, éste, del daño que hace; el resto, la carga de epítetos, y el corazón de la mujer, el hondo corazón de la madre, no aparece para proteger, siquiera con la palabra, a la criatura que pasa.

Pero la moral femenina tiene sus curiosidades, sus paradojas, sus complejidades: ¿qué niña, qué mujer honesta no ha llorado y amado la vulgar y romántica figura de Margarita Gautier? En la novela, allí donde la reputación personal de la que lee no tiene mengua que sufrir al solidarizarse con la suerte de un personaje, el corazón femenino se ha entregado a su verdad humana: ha sentido y sufrido la desgracia de la mujer desdichada. En la vida, el prejuicio moral le hubiera impedido acercarse siquiera a ver el drama interior de una mujer puesta al margen de la sociedad.

He aquí que esta falta de la piedad de la mujer para con la mujer sea una falta de carácter intelectual.

Hay un concepto de la vida, el concepto filosófico, que por deficiencia mental escapa con mayor facilidad a la mujer que al hombre.

No es que le falte a la mujer capacidad para entender, pero acaso le falte experiencia para comprobar.

Limitado su campo moral, los fenómenos morales que la rodean se limitan también; por eso, fuerza

es confesarlo, la gran piedad es de carácter masculino, puesto que es de carácter filosófico.

La piedad femenina está reflejada en este hecho: un niño llora porque desea algo que no le conviene; la madre, por no causarle un pequeño dolor, se lo da, y lo enferma o lo mata.

A falta de educación del carácter y a carencia de buena disciplina mental, hay que achacar tanta enemistad de mujer a mujer.

Porque la natural competencia que, por ser sujetos elegibles, se ha establecido desde antiguo entre las mujeres, obligándolas a destacarse sobre las demás, por ser, o aparentar ser, más bellas, más virtuosas, más elegantes que sus competidoras, lo que obliga a la exageración del defecto, o de la falla moral de la enemiga, podría desaparecer, o suavizar solamente, por una fusión entre la educación moral del carácter y la disciplina mental femenina.

No quiero decir con esto que sea conveniente o necesario hacerlo.

Hace mucho tiempo que los hombres y las mujeres viven sobre la tierra y a pesar de la copiosa palabra humana sus idiosincrasias fundamentales no han sufrido gran vuelco y la vida continúa...

Analizo, más que proponerme dar normas, este fenómeno de la dureza del prejuicio femenino para con la mujer en debilidad manifiesta, siendo la mujer, como género, la más castigada por la opinión social.

Creo que de tener las mujeres educación filosófica hubieran establecido entre ellas una masonería de protección de sexo, procurando no agravar, aumentar, deformar el defecto femenino y aun encu-

briéndolo, disimulándolo por comprensión humana y piedad de gentes.

El primer argumento de una mujer sin educación filosófica contra esta masonería —lo estoy oyendo— sería éste: “Y entonces si las virtuosas obtienen el mismo concepto público que las no virtuosas ¿para qué sirve la virtud?”.

Es que la verdadera virtud, cuando existe, sólo se mira a sí misma y no se espanta de nada; tiende a levantar y no a deprimir. Si la virtud ha costado tanto para conservarla que endurece el alma y la cierra para comprender todo error, entonces tanto valía no tenerla.

Los tesoros no valen encerrados bajo las capas duras y pesadas de la tierra; valen en circulación, cuando pasan de mano en mano, dejando en cada una de ellas un poco de su bondad.

*Tao Lao*

## **El varón**, 12 de junio de 1921

Esto, más que un boceto femenino, podría considerarse un boceto masculino, pero como esta sección quiere tratar asuntos que interesen a la mujer, hemos pensado que hablar del varón es llenar cumplidamente un asunto que reúna la condición aquélla.

Vamos a detenernos un poco en la hermosa palabra: varón... Las palabras tienen, sin disputa alguna, una fisonomía, un valor, una sonoridad, que las hace agradables, simpáticas, repulsivas u odiosas; y es que una palabra es siempre un símbolo: evoca.

La palabra “varón” es poética, llana, vigorosa, decidida; sugiere ideas de fuerza ejecutiva, de tibia protección, de noble entereza.

Palabra usada en los libros sagrados, y en los bellos versos, parece significar al hombre provisto de las más bellas condiciones de hombría.

Porque no todos los hombres podrían cargar dignamente el título de varón y es éste justamente el tema de esta charla.

En esta sección y en otras muchas, donde se dicen tantas cosas tontas y repetidas sobre la mujer moderna, se ha insinuado que ésta no es ya la mujer idealizada por la imaginación y la leyenda, pero escasamente se ha dicho que el varón, también idealizado por la imaginación y la leyenda, ha desapare-

cido para ser reemplazado por el hombre simplemente, que tiene una aureola menos poética que la del varón.

En efecto: fue el varón como el brazo fuerte que envolvía a la familia para protegerla; ese brazo era descanso, confianza, sombra, nido, tibieza.

La mujer soñaba con el varón y era dulce el sacrificio de su voluntad, a él, en quien la palabra debía ser sabia y el corazón justo.

Si la mujer debía perder su personalidad para que la de él luciera y brillara, no era el hombre quien absorbía una vida y la quemaba en su provecho, era el varón porque al varón, y no al hombre, la mujer entregaba lo más valioso e íntimo de su ser: la personalidad.

Mientras la mujer pudo ver, supo ver, o creyó ver en el hombre el varón, fue sumisa y sacrificada; vivió para él y no lo discutió; se limitó a amarlo, a adorarlo y magnificarlo.

No he de discutir aquí si el varón existió efectivamente, tal como la ideología lo quiere ver, o la imaginación lo hizo existir: es verdad lo que se cree.

Mientras la mujer creyó que el varón existía lo respetó, y sólo cuando dudó de su valor como espíritu, como fuerza creadora, como valor orientativo, lo discutió y dejó de respetarlo; y lo amó, con locura aun, pero sin embeleso, con ardor, pero sin confianza.

Minúsculos varones reemplazaron a los grandes varones de la leyenda. En las familias de las ciudades modernas, se vio al varón, desprovisto de sus atributos, dormir feliz, mientras las hermanas y las

madres se encerraron a trabajar en la sombra para que los hombres de la casa parecieran varones.

Los minúsculos varones modernos hallaron blandos los almohadones y todas las felpas, y olvidados de que lo que les dio valor de varones no fue su condición natural de hombres sino las facultades morales para emplearlas, quisieron hacerse respetar y oír, según la vieja costumbre.

Pero ya no fue posible: las hermanas y las madres, si les dieron su influencia para un empleo, su dinero para un traje, su trabajo para costearles una carrera, le restaron su respeto.

Fue así como las jóvenes modernas empezaron a temer al matrimonio; tenían la experiencia durísima de sus hermanos y, sensibles siempre, temieron por ellas y por sus futuros hijos; así muchas prefirieron a la formación de una familia dudosa, la aceptación del amor dudoso.

Lo más sensible de todo esto es, acaso, su consecuencia artística; ¡era tan bello creer en el varón!

El corazón femenino, aun el más modernizado, lo buscó siempre y lo continúa buscando, dispuesto a entregarlo todo: pensamiento, voluntad, personalidad.

Pero mientras más grande y más alto fue su ideal de varón más dura y áspera fue para quien no podía alimentarlo.

Así, en los modernos tiempos, los hombres se quejan de que la mujer ha perdido todas las íntimas bellezas que la adornaron, y las mujeres piensan que no hay ya varones que merezcan este adorno, pues para ellos y por ellos este adorno existía.

Mientras tanto, actos, ceremonias, sentimientos que parecen cosa provisional, van alimentando, con pequeños e inferiores rellenos, los grandes vacíos de los corazones bien puestos, que no quieren aceptar lo que está en el ambiente...

*Tao Lao*

**Tijereteo**, 19 de junio de 1921

Saloncito de señoras de una confitería central, una mesita rodeada de damas jóvenes, elegantes, perfumadas. Entre ellas se advierte alguna pintora, alguna música, alguna escritora...

18 de la tarde.

—Sí; bien dice usted, debiéramos llamarnos las mal ubicadas; qué cosa lamentable es para nosotras este gran Buenos Aires; estamos como fuera de centro... No encajamos a perfección en ningún ambiente; para algunos nos falta, para otros nos sobra... Conservamos la delicadeza interior, propia de la mujer, pero hemos perdido las apariencias de esta delicadeza, sus modos, sus "trucs"...

—Es que Buenos Aires es intelectualmente muy chato; las mujeres carecen de matiz: son una cosa u otra; no tienen verdadera aristocracia.

—¿Y qué entiende usted por aristocracia?

—El arte de haber perdido el escrúpulo burgués.

—Explíquese.

—Ves; llamo burgués a todo lo que no ha sido levantado por las ideas, tocado por el espíritu, ennoblecido y agilitado por el arte...

—La comprendo muy bien, y le voy a referir algo que denota el espíritu burgués de nuestro am-

biente: un joven, delicado e intelectual, se enamora de una esposa digna y se lo hace saber enviándole un verso, como él, delicado y espiritual.

”Esta señora pasa el verso a su esposo y por poco lleva a su enamorado a un duelo... No se puede concebir procedimiento más burgués; en una sociedad verdaderamente culta esto haría el descrédito moral de una mujer; entre nosotros, resulta un modo heroico de defensa...

—No tan heroico... Cuando se pide ayuda...

—Hay que convenir que estamos en presencia de una mujer altamente honesta...

—Pero grosera; un verso merece consideraciones de otra especie.

—Según esto, usted afirmarí que las mujeres de Buenos Aires, en general, carecen de alma artística.

—No; poseen alma artística, pero sin cultivo, sin desarrollo; es un magnífico terreno pésimamente sembrado. Los espíritus se pierden todavía en las nebulosas de un arte también aburguesado.

—¡Qué ocurrencia! El arte es uno; no hay clases de arte.

—Amiga mía: las palabras no han sido hechas para entenderse. ¿No se dice arte superior, arte inferior, arte primitivo? Pues permítanme que pueda decirle arte aburguesado.

—¡Ah! Ya entiendo: se refiere usted al arte del repujado, al de los óleos lánguidos, de las ejecuciones mecánicas, del cuaderno de recortes ilustrado a pluma... De...

—Mejor diría yo arte doméstico.

—Es lo mismo. Todo lo doméstico es burgués.

—No podemos negar que somos mujeres y hemos caído en el arte doméstico y burgués de la critiquilla...

—La lengua femenina es siempre desobediente a quien la gobierna...

—Al contrario; muy obediente; obedece a lo más fuerte que hay en uno: el instinto. Todo lo demás es dorado más o menos sensible al agua de cloro.

—Pero está tremenda hoy; ¿qué dirían, si la oyeran, los espíritus a quien está zahiriendo?

—Me tendrían lástima. Créamelo. Una mujer que dice la verdad provoca siempre un poco de lástima.

—Sí; la verdad es siempre grosera. Molesta y resulta áspera hasta en la boca de los hombres. Por eso en la boca femenina debe estar siempre...

—La discreta mentira...

—Es más suave, más bella, más dulce, más social; en una palabra, más...

—Decente.

—Hija mía; use otra palabra. ¡Ésa está tan gastada! Se usa ya hasta en los avisos de los diarios ofreciendo y pidiendo pensión...

—¿Le molesta tanto el término? ¿No es usted persona decente?

—Oiga, mi buena amiga; yo soy la cosa y no la palabra. Así convenido, soy decente.

—Pero mal ubicada.

—Muy mal ubicada. Pésimamente ubicada; como está mal ubicado todo aquel que viva de ideas y de sentimientos, sobre todo, de “sus ideas y de sus sentimientos”. Pero en un hombre, con ser esto difi-

cil, es mucho más fácil que en una mujer. Imagínese, pues, si mi caso será un caso de matiz.

—Y el mío.

—Y el mío.

—Pero Buenos Aires no está todavía hecho a este estado avanzado de un espíritu.

—¡Cuidado! Todo lo avanzado es corrompido.

—Corrompido para quien no sea avanzado, convengamos.

—¿Pero usted es anarquista? ¡Horror! ¡Y cómo se lo tenía escondido!

—Todo artista es en el fondo algo anarquista: la manifestación violenta de la personalidad es la anarquía más simpática y más legítima de la naturaleza.

—No diga esas cosas. Se reirán de usted, la despreciarán, le negarán el derecho de vivir...

—Y de eso me quejaba, pues. Por eso decía que estábamos muy mal ubicadas, que teníamos en este ambiente casi todo por perder y nada por ganar: a las mujeres que entre nosotros se nos ocurre escribir, pintar, componer, pensar, sentir, las paredes se nos caen encima; nada nos responde, nada que sea afecto verdadero y calor de alma. No podemos tener verdaderas amistades femeninas porque las mismas mujeres nos confunden y temen. Luego yo, por mi parte, le pido a la amistad femenina una honradez que no encuentro, una altura de sentimientos indispensables para provocar mi amistad: la amistad sin competencia de sexo, amiga mía. Y no lo logro.

—Es preferible la amistad masculina; por lo menos se ve una aliviada de la preocupación del trillete.

—Pero estoy segura que tampoco encuentra la amistad masculina que quisiera y que el ambiente no se la perdona.

—Acaso: los hombres son, entre nosotros, demasiado latinos; luego, ya se lo dije anteriormente, por defectos de ambiente, sólo un contadísimos grupo ha aprendido a distinguir matices y con frecuencia nos sentimos molestas con una amistad que no comprende bien lo que se le pide.

—¿Usted hubiera querido que se reprodujera entre nosotras el fenómeno de los grandes y verdaderos centros intelectuales donde el sexo no molesta las ideas y las ansias espirituales del artista? ¡Qué ocurrencia!

—Sí; bastante mala. Pero no cuesta nada tener ocurrencias.

—Sí cuesta. Con una ocurrencia así cualquier amiga suya tiene el derecho de retirarse de su lado y decir para sus adentros...

—Sí, nada más que dos palabras: ¡qué estúpida! O, si ustedes quieren, algo peor.

—Vea, comentando días pasados asuntos nuestros, de toda índole, con uno de los espíritus más selectos del país, me decía: convéznase, amiga mía; el peor mal que nosotros sufrimos es el desconocimiento y la falta de respeto absoluto por los fenómenos espirituales. No es un desconocimiento o una falta de respeto social, es un desconocimiento íntimo, filosófico si usted quiere; no hay más que observar el criterio con que se aplican las leyes penales para venir en esto.

—¡Ah, pero ustedes lo quieren todo con mucha comodidad!

"Hagan el ambiente. Hagan a sus amigos y a sus amigas. Es cuestión de hablar, de defenderse. ¿No creen ustedes en el contagio de la palabra?"

"Son los mejores los llamados a hacer. ¿Por qué se quejan siempre de esta tarea que es una tarea de selección?"

—¡Muy bien, pero muy bien! Diga mi buena amiga, ¿usted observa en mi rostro rasgos cristianos muy pronunciados?"

—Cristianísimos.

—¿Y en qué me lo conoce?"

—En el arco de las cejas.

—Ah, si es por eso.

—(Una señora a otra en voz baja.) No haga una plancha ¿no ve que son pintados?"

*Tao Lao*

**Una carta, 24 de junio de 1921**

Mi querida: recibo tu carta tan llena de preguntas, y me apresuro a contestarla.

Sí; lo que te han dicho es cierto: he roto mi compromiso con Ernesto, pero las causas, mejor dicho, la causa, es muy distinta de la que supones.

Tan sencilla y simple es que te costará creerla y es que estamos habituados a considerar que las grandes cosas de nuestra vida han de ordenarse, moverse y encauzarse por las grandes cosas. Es un defecto de imaginación. No quiere el hombre creer que su vida, su felicidad o su ambición puedan ser destruidas por una ligera hoja que venía a su encuentro; traída por el acaso.

Es por esta razón que cuando alguien muere de repente, los deudos se lamentan de que no haya estado por lo menos un mes enfermo.

La dramaticidad del médico, del medicamento, de las bolsas de oxígeno, de los llantos, de las despedidas, harían más lógica una muerte, su aparatosidad, más de acuerdo con el dolor que provoca.

Me encontrarás, hoy, con manía de filosofar. ¡Qué quieres! Es lo único que les queda a los que han perdido la salsa vulgar que hace la felicidad de los hombres. Hay peligro en afinarse.

En fin, pues que estoy vacía de la vaciedad de amor, y este estado de ánimo, desesperante, me hace llorar a ratos, reír otros, y aburrirme el resto.

Te extrañan dos cosas, me dices: la primera que me haya comprometido, la segunda que roto mi compromiso una semana antes de mi boda.

Tienes razón de extrañarte: me había propuesto no amar, después de aquel hondo amor no realizado.

Una manía como otra, pero una manía que pudo favorecer por lo menos, el segundo hombre destinado a amarme...

No creas que no me interesa el amor. Vivo enamorada del amor. Pero estos hombres modernos, mi querida, ¿de qué pasta están contruidos?

Entrar a mirarlos por dentro es asomarse a una estantería de trajes hechos: todos son iguales.

Me enamoré de mi novio, o creí enamorarme de él, solamente porque lo supuse, no mejor que los demás, pero sí desigual.

No ha faltado el autor que no haya dividido el amor en grupos. Me parece un error. El amor es uno, sólo los sujetos que lo reciben son distintos: toma el color del temperamento que lo gasta; pero él en sí es inmutable.

Tengo amigas más que me dicen que amaron a distintos seres de muy distinta manera; deben estar equivocadas. Lo que creen modalidad sólo fue intensidad. La intensidad del amor definió su coloración.

Un ser dado despertó, sin duda, toda la capacidad de amor que había en sus almas; otros sólo tocaron algunos de sus resortes; he aquí la única di-

ferencia entre los amores que un mismo ser pudo sentir por valores humanos de distinta química.

Pero, mi buena Luisa, pierdo el tiempo en esta divagación sobre el amor y no te cuento el motivo de mi rompimiento.

Ah, soy muy estúpida, como buena soñadora. No doy en la vida un paso en firme. De engaño en engaño, de error en error, de sorpresa en sorpresa.

¡Ah, las maravillas de la inteligencia! Una gran inteligencia sólo sirve para apreciar mejor la facilidad con que nos engañan.

Te vas a reír de mí, pero tú sabes por otra parte cuán impresionable soy: hallo tonto todo lo que digo, pero no inverosímil.

Yo me enamoré de Ernesto, por causas ajenas a él mismo, por una delicadeza suya. Era en las malas horas nuestras. Papá había quebrado, Matilde huido de casa después del escándalo que tú conoces.

¡Yo misma fui puesta en la picota, y de qué manera!

Un día, después de charlar con Ernesto de todas estas vergüenzas mías, él me tomó la mano y me la besó con un profundo respeto, todo tembloroso. Entonces me habló de amor. He aquí su originalidad. Todos nos huían. El se acercaba humildemente.

Me impresioné. Pero sin embargo no tenía inclinación de amarlo. Me disgustaban algunas cosas suyas. Lo creía poco franco. Me decía, por momentos, que su manera de entender la vida no me complacía enteramente.

Sin embargo aquel beso me tenía agarrada. El insistió. Qué se yo lo que pasó en mí. La cuestión es que me pidió y nos comprometimos.

Viví horas de dulce ensueño. Nos veíamos poco, pero me escribía mucho. Sus ideas eran levantadas, delicadas, pero alguna vez, llevadas a la práctica, parecían vacilar. Algo que yo no definía bien me seguía molestando en él. Cuando nos desentendíamos, seriamente, en alguna apreciación, yo entraba en deseos de cortar, pero me acordaba de aquel beso, de las circunstancias que lo provocaron, y la ilusión de amor volvía. Tú sabes que Ernesto fue educado por gente muy severa. Hasta pasados los veinte años no se atrevió a pensar por su cuenta. Ideas de un puritanismo miedoso lo contenían.

Libertado luego, por sus lecturas personales, conservó en su vida una medida que me era muy grata.

Así estábamos cuando un buen día se me ocurrió interrogarlo sobre su pasada vida sentimental. Quería saber de sus novias, de sus amores, y hasta de sus locuras.

Se mantenía muy reservado; me aseguró que su vida sentimental era escasa y para demostrarme cuánta había sido su ingenuidad me contó un hecho: viajaba él con su madre y en el hotel donde se albergaban, una muchacha joven y bonita dio en perseguirlo.

Todo temeroso de que su madre se apercibiera, procuró evitarla, pero en momentos en que se hallaba solo ella entró en su habitación.

Oh, mi querida Luisa; no quieras saber más; la mucamita en cuestión era una "hábil" muchacha de hotel, y mi novio, sin pensar en el efecto que podía producirme, me revelaba que la había besado con el mismo beso que estaba decidiendo mi vida, y que me había hecho tolerarle tantas cosas.

Sentí una rara vergüenza por él y por mí, y en ese mismo momento dejé de amarlo.

Y es que ese insignificante detalle me reveló que, lo que yo había tomado por delicadeza íntima, era una modalidad, y lo que creía altura de sentimientos, solamente educación.

No supe pensar, no quise acaso pensar que aquello fue una cosa hecha a los veinte años por un muchacho inexperto; sufrí el desencanto antes de razonar, y ningún razonamiento posterior pudo destruirlo.

Ya ves, orgullo, gran orgullo, en primer término, y capricho y volubilidad hubo en mi resolución, pero ¿qué hacerle?

La ilusión de aquel beso, que era como la lámpara azul y mágica que vivía velando y suavizando mi amor, se había roto y mi voluntad no podía reconstruirla.

Tú supondrás que inventé un pretexto más serio para romper mi compromiso. Nadie puede creer que esto sea un pretexto serio. El, por supuesto, menos que nadie.

Y ahora te pido que no reveles una cosa así a persona alguna.

Tú comprendes que no tengo ningún interés en pasar por loca; me basta serlo, de vez en cuando, ante mí misma.

Te besa *Julieta*.

*Tao Lao*

---

TRAZOS BIOGRÁFICOS

---

---

29 de mayo de 1892: Alfonsina Storni nace en Sala Capriasca, pequeño pueblo de la Suiza italiana. Hija de Paulina Martignoni y Alfonso Storni. Sus padres habían contraído matrimonio en 1885 en Lugano y se habían trasladado a San Juan, lugar en el que los hermanos de Alfonso habían establecido una fábrica de soda. Ya con dos hijos deciden viajar a Suiza.

1896: los Storni regresan a San Juan con sus tres hijos.

1900: la familia Storni se instala en Rosario. Paulina abre en su casa una escuela particular. Al poco tiempo la familia se muda e instalan frente a la estación Sunchales (acceso norte a Rosario) un café al que bautizan "Café Suizo". Alfonsina colabora en el negocio familiar como lavacopas y mesera.

1904: Alfonso Storni cierra el Café Suizo ante el fracaso económico. Alfonsina con su madre y su hermana mayor hace trabajos de bordado y costura para sostener el hogar.

1906: muere Alfonso. Alfonsina comienza a trabajar en una fábrica de gorras.

- 1907: en Semana Santa representa un papel en *La Pasión*, dentro de la compañía teatral de Manuel Cordero (no abandonó sus tareas de costura en la fábrica).
- 1908: la compañía teatral de José Tallaví incorpora a Alfonsina en su gira por la República Argentina. Recorre Santa Fe, Santiago del Estero, Tucumán, Mendoza y Córdoba. Su madre contrae segundas nupcias con el señor Perelli y se instala a Bustinza (provincia de Santa Fe).
- 1909: Alfonsina se traslada a Coronda donde estudia en la Escuela Normal Mixta de Maestros Rurales. Trabaja como celadora en la misma escuela para poder mantenerse. Alquila una habitación en una casa de familia. Para complementar sus ingresos los fines de semana actúa en un modesto teatro de Rosario.
- 1910: Alfonsina recibe su título de maestra rural.
- 1911: trabaja como maestra en la Escuela Elemental N° 65 de Rosario, ciudad adonde se muda. Publica regularmente sus poemas en las revistas locales *Mundo Rosarino* y *Monos y Monadas*. Integra los círculos literarios de la ciudad. Al terminar el año escolar, renuncia a su cargo, y embarazada se traslada a Buenos Aires.
- 1912: en abril nace su hijo Alejandro Alfonso Storni.

- 1913: trabaja como cajera en una farmacia y en una tienda. Colabora con *Caras y Caretas*.
- 1914: trabaja como "corresponsal psicológica" en la firma importadora de aceites Freixas Hermanos, empleo que ejercerá por más de tres años.
- 1916: publica su primer libro de versos: *La inquietud del rosal*. Colabora en *La Nota*, *El Hogar*, *Mundo Argentino* y *Nosotros*.
- 1917: recibe el Premio anual del Consejo Nacional de Mujeres por el poema *Canto a los niños*. Se realiza en su honor un festival en el teatro Minerva del barrio de Flores. Es nombrada maestra directora del Colegio Marcos Paz.
- 1918: publica *El dulce daño*. Trabaja como celadora en la Escuela de Niños Débiles de Parque Chacabuco. Comienza a dar recitales en entidades barriales y en las bibliotecas del Partido Socialista.
- 1919: publica *Irremediablemente*. El director de *La Nota* le ofrece encargarse de la redacción de la sección Femenidades, que meses más tarde pasa a llamarse Vida Femenina. Alfonsina colabora semanalmente durante más de un año en dicha sección.
- 1920: realiza su primer viaje a Montevideo en compañía del matrimonio Gálvez. Es invitada por la Universidad de Montevideo para dar con-

ferencias en las que habla sobre Delfina Bunge de Gálvez y Delmira Agustini. Publica *Langüidez*, libro que alcanza dos ediciones y que es traducido al italiano. Gracias a éste, recibe el Primer Premio Municipal de Poesía, y el Segundo Premio Nacional de Literatura. Ingresa como colaboradora en *La Nación*. La mayoría de sus artículos son publicados en la segunda sección, en la columna Bocetos Femeninos, los días domingos. Alfonsina utiliza en casi todos estos escritos el seudónimo de Tao Lao. Esta actividad será ejercida a lo largo de 1920 y, con algunas interrupciones, durante 1921. En años posteriores seguirá colaborando para este diario con menos frecuencia. Sus artículos serán firmados con su nombre, y aparecerán en la sección literaria o en la revista. También colaborará con poesías. Adquiere la ciudadanía argentina.

- 1921: se crea para ella una cátedra en el Teatro Infantil Lavardén.
- 1922: frecuenta las reuniones organizadas por el pintor Emilio Centurión, que posteriormente se convertirán en el grupo Anaconda.
- 1923: es nombrada profesora de Lectura y Declamación de la Escuela Normal de Lenguas Vivas.
- 1924: la editorial Cervantes de Barcelona en su colección "Las mejores poesías del año", lanza una antología de Alfonsina Storni.

- 1925: publica *Ocre*. Por iniciativa de Alfonsina se realiza en Mar del Plata la Primera Fiesta de la Poesía. Integra el grupo de las poetisas que se presentan en Mar del Plata.
- 1926: obtiene una cátedra en el Conservatorio de Música y Declamación. Publica su obra en prosa *Poemas de Amor*. Frecuenta La Peña del Café Tortoni.
- 1927: se estrena en el Cervantes su pieza teatral *El amo del mundo*. Luego del fracaso de la obra, Alfonsina enfrenta a la crítica con su artículo "Entretelones de un estreno", en la revista *Nosotros*.
- 1930: realiza su primer viaje a Europa con su amiga y compañera del Conservatorio, Blanca de la Vega. Hace un viaje relámpago a su aldea natal. Escribe en *La Nación*, "Diario de navegación" y "Diario de viaje", artículos en los que expresa las vivencias de su viaje.
- 1931: publica *Dos Farsas Pirotécnicas*, libro que reúne dos obras teatrales, *Cimbellina en 1900 y pico*, y *Polixena y la Costurerita*. Para esta época ya había escrito varias piezas de teatro infantil.
- 1932: realiza su segundo viaje a Europa en compañía de su hijo. Frecuenta las tertulias de Signo en el hotel Castelar, donde conocerá a García Lorca en su paso por Buenos Aires en 1933.

- 1934: publica *Mundo de siete pozos*.
- 1935: se entera de que tiene cáncer y meses después es operada.
- 1936: Buenos Aires inicia los festejos del IV centenario de su fundación. Alfonsina participa con la conferencia "Desovillando la raíz porteña", que luego será publicada como ensayo.
- 1937: visita Bariloche y los lagos del sur. Escribe para *La Nación*, "Carnet de ventanilla", artículo en el que expresa las vivencias de su viaje por la Patagonia.
- 1938: en enero se reúnen en la Universidad de Montevideo Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y Alfonsina, para "hacer en público la confesión de su forma y manera de crear". Alfonsina titula su charla "Entre un par de maletas a medio abrir y las manecillas del reloj", la cual aparecerá en forma de libro. Publica *Mascarrilla y trébol*, y una antología poética. En octubre se traslada a Mar del Plata. El día 25 se suicida.